

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

CC

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

IRANDELLO

Y MAÑANA
LUNES

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

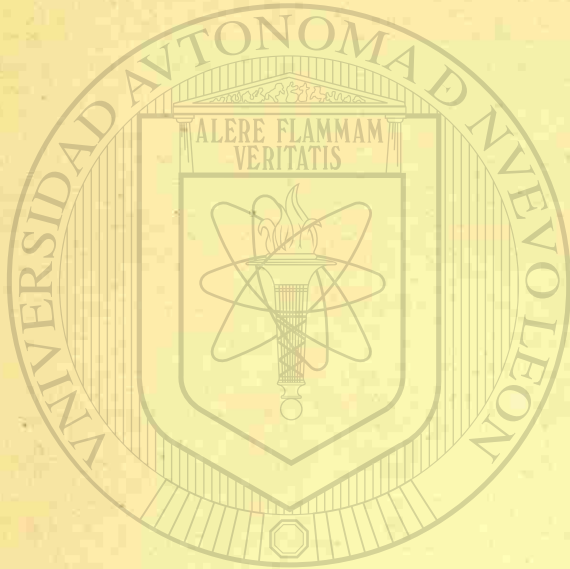
RAID
PQ4835
.I7
M382

1266





1020027138

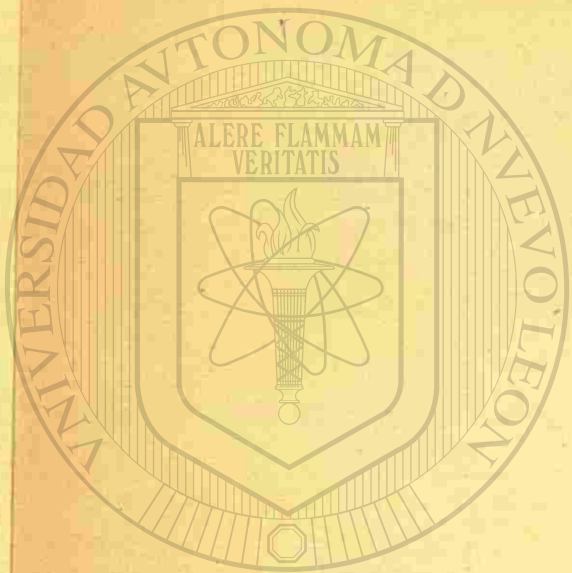


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Y MAÑANA, LUNES...

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor P 667 y
Núm. Adg. 31077
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 54 ®
Catalogó _____

LUIS PIRANDELLO

Y MAÑANA, LUNES...

TRADUCCIÓN DE

MIGUEL JIMÉNEZ AQUINO



EDITORIAL SEMPERE

Martí, C. C.-Valencia

85821

31077

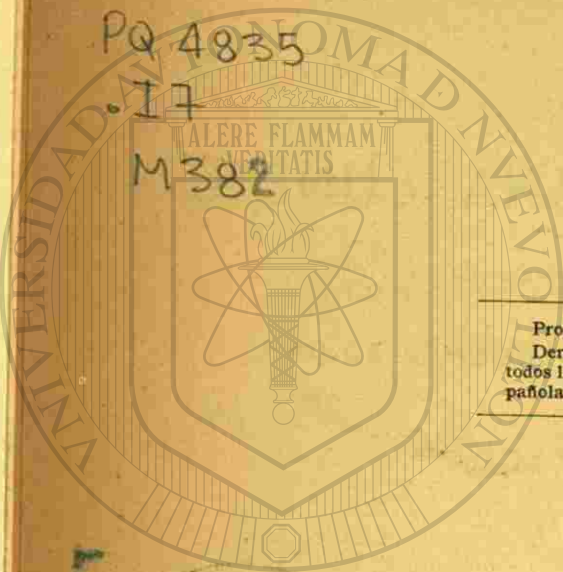
853

P.

PQ 4835

.I7

M382



Propiedad.
Derechos reservados para
todos los países de lengua es-
pañola.

UNO, QUE HA MUERTO EN LA
FONDA...

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO CÓVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRENTA ELZEVIRIANA, SEVILLA, 2.-VALENCIA

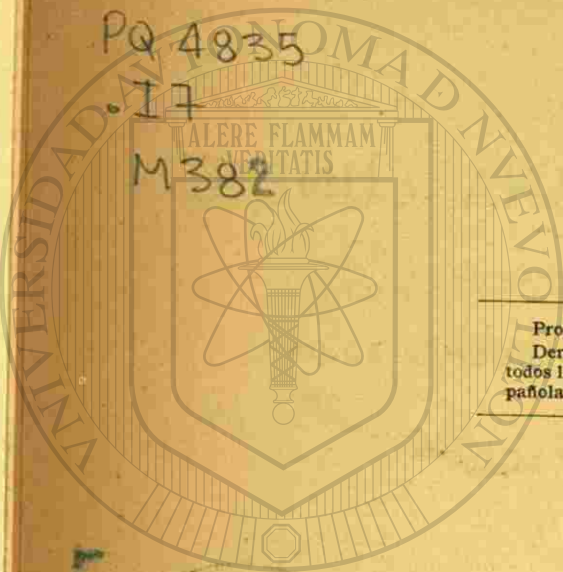
853

P.

PQ 4835

.I7

M382



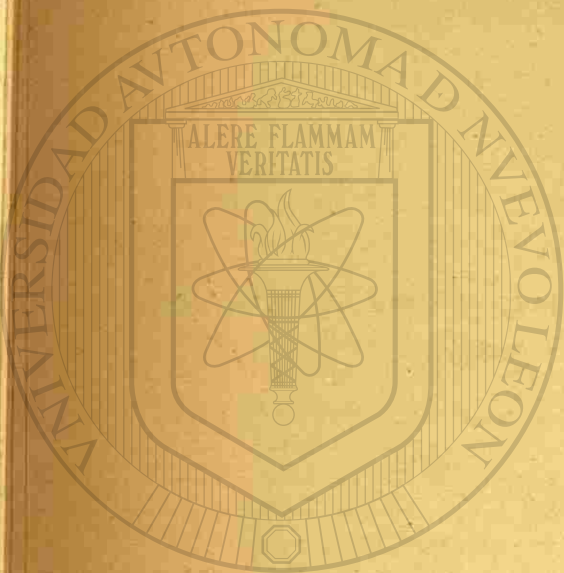
Propiedad.
Derechos reservados para
todos los países de lengua es-
pañola.

UNO, QUE HA MUERTO EN LA
FONDA...

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO CÓVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRENTA ELZEVIRIANA, SEVILLA, 2-VALENCIA



Ciento cincuenta alojamientos, en tres pisos, en el sitio más populoso de la ciudad. Tres filas de ventanas todas iguales, con rejas de antepecho y vidrieras y persianas grises, cerradas, abiertas, entreabiertas, encajadas. Asquerosa fachada. Pero si no lo fuese, quién sabe el efecto curioso que harían estas ciento cincuenta tabaqueras, cincuenta a cincuenta unas sobre otras, y la gente que allí se mueve dentro, a miraras desde fuera. Basta. La fonda no es de lujo, pero todavía decente y muy cómoda; ascensor, numerosos camareros, esbeltos y bien disciplinados, buenas camas, buen trato en el comedor, servicio de automóvil. Algún parroquiano (más de uno) se lamenta de pagar demasiado; todos, empero, al fin, reconocen que en otras fondas, si se gasta menos, se está peor y no se tiene la ven-

taja, que se desea, de alojarse en el centro de la ciudad. De las lamentaciones acerca del precio el fondista puede, por tanto, no preocuparse y responder a los descontentos que vayan a otra parte. La fonda está siempre llena de viajeros, y algunos, a la llegada del vapor todas las mañanas y de los trenes durante el día, es lo cierto que si se van a otra parte, no es porque lo deseen, sino porque allí no encuentran acomodo.

Son en su mayoría viajantes de comercio, hombres de negocios, gente de la provincia que viene a despachar en la capital algún asunto, ya pleito judicial, ya consulta en caso de enfermedad; clientes de paso, en suma, que no duran más de tres o cuatro días; muchísimos llegan por la tarde para partir al día siguiente.

Muchas maletas; pocos baúles.

Un gran tráfico; un continuo ir y venir, que empieza desde la mañana a las cuatro y acaba después de la media noche. El mayordomo aquí pierde la cabeza. En un momento, todo lleno; un instante después, tres, cuatro, cinco alojamientos vacíos: se va el número 15 del primer piso; el número 32, del segundo; el 2, el 20, el 45, del tercero; y, en tanto, dos nuevos viajeros se han alojado ahora mismo. El que llega tarde es fácil que encuentre desocupada la habitación mejor del primer piso; mientras quien ha llegado un momento antes

ha tenido que contentarse con el número 51 del tercero. (Cincuenta son los cuartos en cada piso; pero todo piso tiene el número 51, porque en los tres falta el 17; desde el 16 se salta al 18; y quien se aloja en el número 18 está seguro de no llevar consigo la desgracia.)

Aquí están los antiguos parroquianos a quienes llaman por su nombre los camareros, y que tienen la satisfacción de no ser para ellos, como todos los demás, el número de la estancia que ocupan; gente sin casa propia, gente que viaja todo el año, con la maleta siempre a la mano, gente que está bien en cualquier parte, pronta a todo evento y segura de sí.

En casi todos los demás hay una impaciencia rabiosa o un aire extraviado o una consternación ceñuda. No están ausentes sólo de su país, de su casa; están también ausentes de sí mismos. Así privados de los propios hábitos, alejados de los espectáculos y de los objetos conocidos, en los que diariamente ven y tocan la realidad acostumbrada y mezquina de la propia existencia, ahora no se encuentran ya, no se conocen ya; todo está como detenido en ellos, y suspendido en un vacío que no saben cómo rellenar, en el cual cada uno teme que puedan, de un instante a otro, presentárseles visiones de cosas desconocidas o sugerírseles pensamientos, deseos nuevos de una mezquina, extravagante curiosidad que

les hagan ver y tocar una realidad diversa, misteriosa, no sólo en torno a ellos, sino también en ellos mismos.

Despertados demasiado pronto por los rumores de la fonda y de la calle que está debajo, se lanzan a despachar con gran prisa sus negocios. Encuentran todas las puertas todavía cerradas: el abogado hasta dentro de una hora no baja a su despacho; el médico comienza a recibir a las nueve y media. Después, despachados los quehaceres, aturcidos, enojados, cansados, vuelven a encerrarse en su estancia con la desazón de las dos o tres horas que anteceden a la salida del tren; pasean, soplan, miran la cama, que no les invita a tenderse; las poltronas, el canapé, que no les invitan a sentarse; la ventana, que no les invita a asomarse. ¡Cuán extraño es aquel lecho! ¡Qué forma tan curiosa tiene aquel canapé! Y aquel espejo allí, ¡qué horror! Todos a un tiempo se acuerdan de un encargo olvidado: la maquinilla para la barba, las ligas para la señora, el collar para el perro; tocan la campanilla para preguntar al camarero direcciones e informaciones.

—Un collar de perro, con la medalla así y así para hacer grabar el nombre.

—¿Del perro?

—No, el mío, y las señas de la casa.

No entienden de todos los colores los camareros. ¡La vida entera pasada allí, la vida sin

descanso, movida por tantas vicisitudes, excitada por tantos menesteres! Hay abajo, por ejemplo, una pobre señora anciana, de luto, que quiere saber de todos, que pregunta a todos, sin resultado, *si por mar no se sufre*. Ha de ir a América, y no ha viajado nunca. Ha llegado ayer tarde, rendida, apoyada de un lado en un hijito y de otro en una hijita, ambos también de luto.

Particularmente los lunes por la tarde, a la hora de las seis, el fondista querría que en el *bureau* se supiese con precisión de cuántos departamentos se puede disponer. Llega el vapor de Génova, con la gente que repatría de América, y simultáneamente, del interior, el tren directo que más cargado viene de viajeros.

Ayer tarde, a las seis, se han presentado al *bureau* más de quince forasteros. No se ha podido dar colocación más que a cuatro en dos únicos departamentos: esta pobre señora de luto con el hijo y la hija, en el número 12 del segundo piso; y, en el número 13 de al lado, un señor desembarcado en Génova.

En el *bureau* el mayordomo ha inscrito en el registro:

Señor Pérsico (Juan), con madre y hermana, procedentes de Vittoria.

Señor Funardi (Rosario), empresario, procedente de Nueva York.

Aquella anciana señora ha tenido que sepa-

rarse con dolor de otra familia, compuesta como la suya de tres personas, y con la cual había viajado en tren, habiendo sabido por la misma la dirección de la fonda. Tanto más dolorida está cuanto que se ha enterado de que dicha familia hubiera podido alojarse en el cuarto de al lado, si el número 13, un minuto antes, tan sólo un minuto, no hubiera sido asignado a aquel señor Funardi, empresario, procedente de Nueva York.

Viendo a su anciana madre llorar cogida al cuello de la señora compañera suya de viaje, ayer tarde el hijo ha querido hacer la prueba de llevar al señor Funardi el ruego de que ceda a aquella otra familia su cuarto. Lo pidió en inglés, porque también él, el jovencito, es un *americano*, vuelto en unión de su hermanita de los Estados Unidos apenas hace cuarenta días, a consecuencia de una desgracia: por la muerte de un hermano que mantenía en Sicilia a la anciana madre; ahora vuelve al lado de ésta y con la hermanita, para siempre. La anciana madre llora; ¡ha llorado tanto, todo el largo viaje en el tren, que ha sido en sesenta y seis años su primer viaje! Se ha separado, destrozada el alma, de la casa donde ha nacido y envejecido, de la tumba reciente de su hijo, con el que ha permanecido sola tantos años, de los objetos más queridos, de los recuerdos del país natal, y ahora, viéndose en el trance de separarse también de Sicilia, se

agarra a todo y a todos: ayer tarde se había abrazado a aquella señora y no quería soltarla.

El señor Funardi no ha querido ceder. Ha centestado que no, con la cabeza, sin palabra alguna, después de haber escuchado el ruego del joven en inglés: un no de bravo *americano*, con las espesas cejas fruncidas, en la faz hinchada, amarillenta, erizada de barba incipiente, y ha subido en el ascensor al número 13 del segundo piso.

Por más que han insistido hijo e hija, no han conseguido convencer a la anciana madre de que tome ella también el ascensor. Cada invento mecánico le infunde espanto, terror. ¡Y pensar que ahora debe ir a América, a Nueva York! Pasar tanto mar, el Océano... Los hijos la exhortan a estar tranquila; le dicen que por mar no se sufre; pero ella no se fía; ¡ha sufrido tanto en tren! Y pregunta a todos, cada cinco minutos, si es verdad que por mar no se sufre.

Los camareros, las camareras, los mozos de cuerda, esta mañana, a fin de quitársela de encima, se han puesto de acuerdo para aconsejarle que se dirija al señor del cuarto número 13, inmediato al suyo, que ha desembarcado tan recientemente del vapor de Génova, de vuelta de América. En efecto, él que ha estado tantos y tantos días en el mar, que ha pasado el Océano, él muy bien, y ninguno

mejor que él, le podrá decir si por mar se sufre o no se sufre.

Pues bien; desde el alba—porque los hijos han salido a retirar los equipajes de la estación y se han puesto en movimiento para hacer algunas compras—, desde el alba la anciana señora abre su puerta tímidamente de cinco en cinco minutos, y saca la cabeza para mirar la puerta de la estancia de al lado, a fin de preguntar al hombre que ha pasado el Océano si por mar se sufre o no se sufre.

A la primera luz difusa y lívida que entra por el ventanuco del extremo del triste corredor, ha visto la anciana dos largas filas de botas, a derecha e izquierda. Delante de cada puerta un par. Ha visto que cada vez que se asomaba habían aumentado los huecos en las dos filas; ha sorprendido más de un brazo que se extendía de esta puerta y de aquella y retiraba el par de botas que tenía delante. Por fin, todos los pares han sido retirados. Sólo aquél de la puerta de al lado, precisamente aquél del hombre que ha pasado el Océano y del que ella tanto empeño tenía en saber si por mar se sufre o no se sufre, hélo allí todavía.

Las nueve. Han pasado las nueve; han pasado las nueve y media; han sonado las diez; aquellas botas, allí todavía, siempre allí. Solo, único par abandonado en todo el corredor, ante aquella sola puerta de allí al lado, todavía cerrada.

Muchos ruidos se han producido por aquel corredor, mucha gente ha pasado, camareros, camareras, mozos de cuerda; todos o casi todos los viajeros han salido de sus cuartos y muchos han entrado en ellos; todas las campanillas han sonado, siguen de rato en rato sonando, y no cesa un momento el sordo zumbido del ascensor, arriba y abajo, de este y de aquel piso a la portería; quien va, quien viene; y aquel señor, sin despertarse aún. Vienen ya cerca las once; aquel par de botas está todavía allí, delante de la puerta, allí.

La anciana señora no puede resistir más; ve pasar un camarero; lo detiene; le señala aquellas botas:

—¿Cómo es esto? ¿Duerme todavía?

—¡Bah—dice el camarero alzando los hombros—, se conoce que estará cansado... ha viajado tanto!

Y se va.

La anciana señora hace un gesto, como diciendo—¡Uhm!—y retira la cabeza de la puerta. Poco después vuelve a abrir y saca de nuevo la cabeza para mirar otra vez con extraño sobresalto aquellas botas allí.

Debe haber viajado mucho verdaderamente aquel hombre; deben haber hecho en verdad mucho y mucho camino aquellas botas: son dos pobres botazas enormes, deformadas, descalcañadas, con los elásticos a ambos lados reventados, deshilachados: quién sabe qué de

fatigas, qué de penas, qué de cansancio por tanto camino...

Casi casi la anciana señora tiene la tentación de llamar con los nudillos a aquella puerta. Vuelve a retirarse a su cuarto. Los hijos tardan en regresar a la fonda. La ansiedad de ella crece de punto en punto. ¡Quién sabe si habrán ido, como le prometieron, a mirar el mar, para ver si está tranquilo!

Pero ahora, ¿cómo se puede ver desde la tierra si el mar está tranquilo? El mar lejano, el mar que no acaba nunca, el Océano... Le dirán que está tranquilo. Pero, ¿cómo creer a sus hijos? El solo, aquel señor de la estancia de al lado, podría decirle la verdad. Tiende la oreja; apoya la oreja en la pared por si logra percibir algún ruido de la parte de allá. Nada. Silencio. Pero ya es casi mediodía: ¿cómo es posible que duerma aún?

¡Calla!; suena la campana del comedor. De todas las puertas del pasillo salen los huéspedes que se dirigen a comer. La anciana señora se pega a la puerta para observar si hace impresión en alguno aquel par de botas que todavía está allí. No; nada; a ninguno choca; todos van por su camino, sin hacer caso. Viene un camarero a llamarla; los hijos están abajo, llegados ahora mismo; la esperan en el comedor. Y la anciana señora baja con el camarero.

En el corredor ahora no queda nadie; todas las estancias están vacías: el par de botas per-

manece esperando, en la soledad, en el silencio, delante de aquella puerta siempre cerrada.

Botas en pena.

Hechas para caminar, dejadas allí inútiles, tan estropeadas de tanto haber servido, parece que se avergüenzan y piden ser piadosamente quitadas de aquel sitio y retiradas al fin.

Al volver de la comida, casi al cabo de una hora, todos los viajeros se detienen, al fin, mediante la indicación llena de estupor y de miedo de la anciana señora, a observar el par de botas con curiosidad inquieta. Se nombra al *americano* llegado ayer tarde. ¿Quién lo ha visto? Ha desembarcado del vapor de Génova. Acaso la noche pasada no ha dormido... Acaso ha sufrido por mar... Viene de América... Si ha sufrido por mar, al atravesar el Océano, quién sabe cuántas noches habrá pasado insomne. Querrá reconfortarse durmiendo un día entero. ¿Es posible? En medio de tanta gritaría... Este es el punto a resolver...

Y el gentío crece en derredor de aquel par de botas delante de la puerta cerrada. Pero todos instintivamente se mantienen distantes, en semicírculo. Un camarero corre a llamar al mayordomo; éste manda llamar al fondista, y ambos, primero uno, luego otro, tocan a la puerta. Nadie responde. Se prueba a abrir la puerta. Está cerrada por dentro. Lllaman más fuerte. Silencio aún. No hay que dudar más. Es menester correr en seguida a avisar a la

comisaría; por fortuna está allí a dos pasos. Viene el comisario con dos guardias y un cerrajero; fuerzan la puerta; los guardias impiden la entrada a los curiosos, que empujan; entran el comisario y el fondista.

El hombre que ha pasado el Océano ha muerto, en una cama de la fonda, la primera noche que ha tocado tierra. Ha muerto en el sueño, con una mano debajo de la mejilla, como un pequeñuelo. Acaso de un síncope.

Tanta gente viva, todos aquellos a quienes la vida sin descanso junta aquí durante un día, movidos de los más opuestos negocios, impulsados por las más diversas necesidades, se apelonan ante una celdilla de colmena, donde una vida de improviso ha sido arrebatada. La nueva se extiende en toda la fonda. Acuden de arriba y de abajo; quieren ver, quieren saber, quién ha muerto, cómo ha muerto...

—¡No se entra!

Están dentro el juez y un médico forense. Por la hendidura de la puerta con el dintel—mirad, mirad—se entrevé el cadáver sobre el lecho—; mirad la cara... ¡huy!, qué blanca; con una mano debajo de la mejilla, parece dormir... como un pequeñuelo... ¿Quién es? ¿Cómo se llama? No se sabe nada. Se sabe solamente que vuelve de América, de Nueva York. ¿A dónde se dirigía? ¿De quién era esperado? No se sabe nada. Ninguna indicación aparece fuera de las cartas, que se le han

encontrado en el bolsillo y en la maleta. Empresario, ¿pero de qué? En la cartera, sólo sesenta y cinco liras, y unas pocas monedas sueltas en un monedero en el bolsillo pequeño del chaleco. Uno de los guardias acaba de colocar sobre la piedra de mármol de la cómoda aquellas pobres botas descalcañadas, que no caminarán más.

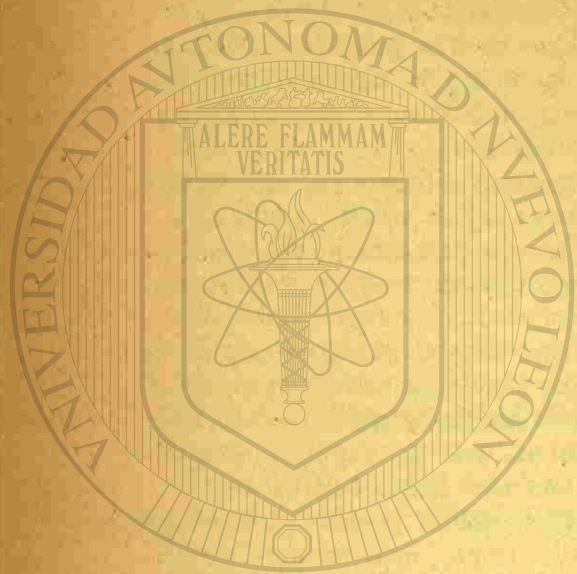
Poco a poco, por librarse de apreturas, empiezan todos a desfilarse, vuelven a sus cuartos, arriba al tercer piso, abajo al primero; otros se van a sus negocios, requeridos por sus necesidades.

Sólo la anciana señora, que quería saber si por mar se sufre o no se sufre, permanece allí, delante de la puerta, a pesar de los tirones que le dan sus dos hijos; permanece allí llorando aterrada por aquel hombre que ha muerto después de haber pasado el Océano, que también ella pronto, muy pronto, tendrá que pasar.

Abajo, entre las blasfemias y las imprecaciones de los carreteros y de los mozos de cuerda, que entran y salen de continuo, han cerrado en señal de luto el portón de la fonda, dejando abierto solamente el postigo.

—¿Cerrado? ¿Por qué cerrado?

—¡Bah! Por nada. Uno, que ha muerto en la fonda...

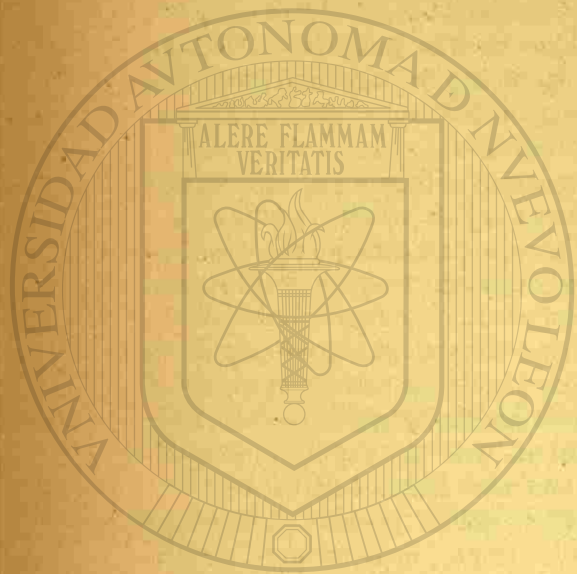


RÓMULO
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





RÓMULO
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En la sociedad que llamamos civil, y también histórica, la leyenda—es cosa sabida—no puede nacer ya; podría nacer y a menudo nace todavía humilde y se arrastra tímida entre el pueblo bajo; caracolillo que tiene los ojos en los cuernos y de pronto los retira entre el hervor de su espumosa baba, apenas con el dedo tieso y sucio de tinta un profesor de historia se los toca. Y cree el profesor de historia que en aquel dedo suyo tieso y sucio de tinta reside la santa verdad y que es un bien hacer retirar los cuernos al caracolillo: ¡Desgraciado! Y más desgraciados los hombres de la posteridad que tendrán minuto por minuto documentados los hechos de los abuelos y de los padres, que acaso, abandonados a la memoria y a la imaginación, poco a poco, como toda cosa lejana,

se hubieran teñido del azul de una cierta poesía.

En adelante, nada de poesía.

* * *

Sin el hermano Remo, sin la loba, sin vuelos de imaginación, he aquí a Rómulo como nos lo hacen conocer los historiadores, como lo he conocido yo, ayer, vivo.

Rómulo: un fundador de ciudad.

Y pensar que, mirando bien sus ojos de lobo, ¡oh, error!, se podía creer con fundamento que una loba lo había amamantado, pequeño, cerca de noventa años ha, y que frente a él un Remo, rival, aunque hermano, había tenido verdaderamente, y si no lo había matado sería porque Remo había decidido, pensándolo bien, morir antes, a tiempo, por sí mismo.

Pero basta. No andéis ahora buscando en las cartas geográficas la ciudad fundada por este Rómulo. No la encontraréis. La encontrará la posteridad, de seguro, dentro de tres o cuatrocientos años y marcada con un circulito un poco grueso de ciudad, acaso capital de provincia, con su pomposo nombre al lado: *Riparo*, y dentro de este circulito cada uno podrá imaginar las bellas cosas que allí habrá, calles, plazas, palacios, iglesias, monumentos,

con el señor gobernador y la señora gobernadora, si es que duran todavía estas sabias jerarquías sociales y si un terremoto antes (con ayuda de Dios que castiga las ambiciones de los hombres) no ha sacudido la ciudad desde sus cimientos; esperamos que no.

Por ahora la ciudad no es nada. Es decir, tanto como nada, no: es más que una aldea; desde ahora es un bello pueblecito, que pronto tendrá dos pequeñas iglesias.

Una, ya la tiene. Pequeña tienda en el principio, aplicada a iglesia por consejo de Rómulo; un solo altarcito dentro, un poquillo tosco, de vieja madera sahutada al tufo cálido del estiércol, una estampa del sagrado corazón de Jesús fijada al muro con clavitos; a lo mejor (es sabido, ¿pero qué importa?) Jesús nos inspira de veras, aquí dentro, su natividad.

Desde leguas de distancia, todos los domingos viene aquí con su mula un sacerdote a decir misa, todo sudoroso y empolvado, en el verano; arropado hasta los ojos y con el paraguas de seda verde, en el invierno, como en las oleografías, y la mula atada por la cabeza a la anilla de junto a la puerta, rociando babas y coceando a causa de las moscas culeras (que aquí en la tierra son la señal de las coces), espera, y, pobre bestia, al fin, no sabe lo que es oficio divino y le parece una cosa muy fastidiosa que dura mil años.

La otra iglesia, la nueva, estará pronto

terminada y será una verdadera hermosura, con campanil y todo, tres altares y el púlpito y la sacristía; todo, en fin; iglesia de verdad, levantada de planta para iglesia, mediante un tanto por cabeza de todos los habitantes del pueblo.

Cuando esto sea ciudad, ninguno de tantos hijos suyos sabrá nada de este Rómulo primer padre de ellos; ni cómo ni por qué ha nacido la ciudad; ni por qué aquí y no en otra parte. Y con toda seguridad les diré yo que he conocido este Rómulo, ayer, viejo de noventa años, enorme, con una cara que debe ser aquella misma que me imagino presentará la tierra, vista desde lo alto de un globo, cuando las montañas comienzan a parecer lo que son verdaderamente, arrugas de la corteza.

* * *

Sobre la tierra, en un lugar cualquiera, no se consigue ya volver a ver esta tierra y este lugar como eran antes de que la ciudad allí estuviese. Borrar la vida es difícil, cuando la vida en un lugar se ha manifestado e impuesto con tanta impedimenta de pesado aspecto, casas, calles, plazas, iglesias.

Allí estaba el desierto, un dichoso desierto. Hombres que como una cinta desenvolvían la vida desde muy lejos, pasaron alargando la

cinta por este desierto: una vereda. Y carros comenzaron poco a poco a pasar, en la soledad, por este camino, y algún hombre a caballo, armado, que volvía en torno los ojos precavidos, del miedo de que se descubría ahora, por primera vez a él solo, la vista de tanta soledad, tan lejana y desconocida para todos. Silencio en torno y abierto bajo la vasta profundidad del cielo.

Cuando, de aquí a cuatrocientos años, timbres de tranvías eléctricos, bocinas de automóviles resuenen y estrepiten entre la confusión de las calles holladas, iluminadas por lámparas de arco voltáico, con reverberos y reflectores de vidrios, de espejos en los portales, en los escaparates de las lujosas tiendas, ¿quién ha de pensar en una lámpara sola, en el cielo, la Luna, que en el silencio y en la soledad miraba desde lo alto la cinta blanca de la vereda en medio del desierto desmesurado, y los grillos y las ranas, que chirriaban y croaban solos? ¿Quién pensará, entre las charlas vanas del café, en las cigarras que, rabiosas entre los segados rastrojos, cortaban con su monótono chirrido el denso aire de los eternos días estivales?

* * *

Carros, hombres a caballo, alguno muy raro a pie, pasaban, y todos sentían un espan-

to embrutecedor, angustioso, que poco a poco se iba haciendo opresión intolerable. ¿Qué era para ellos aquella vereda? Longitud de camino; distancia que recorrer. ¿Quién podía pensar en detenerse allí?

Un hombre; este viejo de ahora. Entonces, en sus treinta años de edad, yendo un día de verano dominado de pensamientos, que lo traían fuera del consorcio con los otros hombres, a buscar en la soledad su dicha, tuvo el valor de detenerse; de detener aquí, en medio de la vereda, la sombra de su cuerpo. Y acaso aquello fué para él el término de su aburrimiento. Pensó quizás que allí muchos como él, al pasar, habrían sentido la necesidad de un poco de reposo, de un poco de alivio y de ayuda. Y diría «aquí».

Miró en derredor para investigar, para observar aquello que antes había mirado con los ojos distraídos del que pasa y no piensa en detenerse; miró con la idea de su presencia allí, no durante un solo momento, sino de una manera estable, y probó a respirar aquella atmósfera entonces desierta, a ver en torno aquellas cosas, como las que deberían ser aire y espectáculo suyos de todos los días, aquí con él y para él. Y con el valor que le nacía dentro para extenderse e imponer en torno su dominio, consideró si la tristeza infinita de fuera, de aquella soledad muda y desnuda, que en aquella estación estaba dispuesto a resistir,

la podría sobrellevar también, no ahora, sino en el invierno, con el cielo airado, con el frío, en los eternos días de las lluvias, cuando la soledad se hiciera más triste y pavorosa.

* * *

Habla por medio de apólogos el viejo; y cuenta que, de pequeño, tenía una hermanita, malucha e inapetente, que hacía penar mucho a su madre para tenerla contenta.

En cierto día, mientras él jugaba enloquecido, la madre lo llamó desde el umbral de la puerta, en que estaba sentada; lo llamó y le dijo que con delicadeza, con precaución, se sorbiese de un huevo que ella tenía en la mano la clara solamente, que estaba a medio cocer; sólo la clara, que a la hermanita malucha e inapetente le repugnaba.

Pues bien; con aquel sorbito que hubiera debido descoronar apenas el huevo, él, en la furia de aquel juego interrumpido, sin quererlo, sin hacerlo a intento, se había echado dentro todo el huevo, clara y yema, todo cuanto tenía, dejando con ojos desencajados por la sorpresa y con el cascarón en la mano, vacío, a la madre y a la hermanita.

* * *

Lo mismo ahora aquí, en la vereda.

Cuando dijo «aquí», no tenía de ningún modo en el pensamiento este pueblecito de hoy, ni la ciudad de mañana. Pensaba en estar solo aquí, al servicio de todos los que pasaban; él solo para ofrecerles auxilios y para encontrarlo él. Pero en aquella primera inspiración suya, surgida allí en medio de la vereda, creía que aquello era únicamente para él, para su asno, para su forja de carretero y de herrador, ambiente para una sola choza de paja que, si la empresa le salía bien, hubiera después convertido en una casita de piedra, y de ningún modo pensó que dentro de aquel ambiente pudiera haber todo este pueblecillo de hoy, ni menos la ciudad de mañana. Nada de esto había en aquella primera inspiración suya. Mas tanta había sido su firme resolución de levantar allí aquella primera choza de paja, que por fuerza otros habían de sentirse atraídos al mismo lugar.

Empero cuando una necesidad que no se ha tenido en cuenta se opone a una ilusión, aquella necesidad nos parece un fraude.

Ahora lo veremos: luego que aquel hombre, desafiando los horrores de la soledad, durante meses y meses, había conseguido hacer que se detuviesen delante de su choza de paja los carros que pasaban, y levantada después poco a poco la casita de piedra, y hecho venir su mujer y sus hijos, había con-

seguido que se sentaran bajo el emparrado los carreteros a beber vino, del que como muestra pendía una botella con una rama de señal en la puerta, y a comer en tosca escudilla campestre las comidas guisadas por la mujer, mientras él atendía a reparar una rueda o un muelle de cualquier carro o a herrar la mula o el caballo; otro hombre había venido a la vereda, un poco más abajo, para levantar enfrente de la suya una nueva casa.

Porque un país (ahora el viejo lo sabe bien y lo puede decir por propia experiencia), un país nace así.

No es nada verdad que los hombres se junten para darse consuelo y ayuda en sus necesidades. Se juntan para hacerse la guerra. Cuando una casa surge en un punto, no se le pone otra casa al lado como una compañera o una buena hermana; de frente se le pone, como una enemiga, a quitarle las vistas y la respiración.

El no tenía el derecho de impedir que otra casa surgiera allí. La tierra sobre la cual surgía no era suya. Pero esta tierra era antes un desierto. ¿Qué vida tenía? La vida que él le había dado. Y la usurpación y el fraude que el otro había venido a cometer, no era de la tierra, sino de la vida que él a esta tierra había dado.

—¡Esto no es tuyo!—podía únicamente decirle el otro.

—Bueno. ¿Pero qué había aquí antes para tí?—podía gritarle él—. ¿Y hubieras tú venido aquí, si antes no hubiera venido yo? ¡Aquí no había nada; y tú vienes de pronto a robarme aquello que yo he puesto aquí!

Demasiado, en verdad, sin embargo—debía reconocerlo—, demasiado había puesto aquí para uno solo.

Todos los carros que pasaban, a menudo en larga fila, se detenían ahora para él solo; y cien brazos necesitaría tener para atender a tantos. La mujer no se podía tener ya en pie de fatiga; y asimismo él, aquellos dos únicos brazos que Dios le había dado, no se los sentía ya a la tarde de tanto cansancio. Y es que allí había lugar y trabajo no sólo para otro, sino aunque fuese para tres o cuatro más.

El viejo ahora dice que lo hubiera preferido. Sí, hubiera preferido que juntos otros tres o cuatro hubieran venido, y no aquel solo sujeto. Tres o cuatro hubieran sido compañeros y se hubieran dividido el trabajo; y su mujer acaso ahora estaría viva y no hubiera muerto de cansancio. Pero aquel único fué por fuerza enemigo suyo, un enemigo irreconciliable, imposible de aguantar y dispuesto a conquistar, cuchillo en mano, todo lo que pu-

diera de aquella vida que él había hecho nacer allí sobre la vereda, y que era suya. Enfrente de tres o cuatro juntos, él habría bajado los brazos y buscado y establecido con ellos un convenio; y ciertamente habría sido por ellos reconocido y respetado como el principal y como el caudillo. De aquel único le fué a veces preciso defender su vida encarnizadamente, para no dejarle tomar nada sino aquello sólo que no conseguía ya contener en sus brazos. Pero el resultado fué funesto: se le murió su mujer del exceso de fatiga.

—¡Dios!—dice el viejo, de pronto, alzando una mano con el índice recto.

Y deja en sombra los casos y los acontecimientos pasados, cuya causa reconoce en Dios, ya que es obligación de los hombres aceptar aquéllos por muy dolorosos y crueles que puedan parecerles. Los sucesos pasan y vano es recordarlos con protesta ante esta verdad: que la justicia de Dios triunfa siempre.

Rómulo no puede hablar de otro modo. Debe reconocer Rómulo que fué justicia de Dios la muerte de la mujer: que Dios ciertamente lo quiso castigar por su mucha ambición. Porque, al fin, el triunfo de la justicia divina debe Rómulo reconocerlo en sí mismo, puesto que—muerto Remo—casóse en segundas nupcias con la mujer de éste. ¿Y por qué murió Remo? Pues también él por castigo de Dios, por un gran miedo que Dios le infundió;

murió porque comprendió que el hombre contra el cual había venido a ponerse, ahora, destrozado por la muerte de su mujer, habría de descargar seguramente sobre él el furor de su desesperación.

¿Había Dios de permitir que un castigo suyo resultara excesivo y por tanto injusto, dejando que aquel otro hombre se aprovechase de cuanto ahora a él, con la muerte de su mujer, le iba a faltar? El castigo, que era dolor para él, debía ser miedo para el otro, y tanto lo fué, que se murió. Rómulo no dice otra cosa.

Añade, empero, que entonces, en las dos casas enemigas, pobladas las dos de hijos, a los cuales no se les había permitido hasta ahora acercarse los unos a los otros para jugar juntos; en las dos casas enemigas quedaron, aquí un hombre sin mujer, y allá, una mujer sin hombre. Y el uno vestido de negro ve a la otra vestida de negro, y en el corazón del uno y de la otra he aquí que Dios hizo brotar la caridad, una recíproca necesidad de ayuda y de consuelo.

Y así terminó la primera guerra.

* * *

Rómulo balancea la cabeza y sonríe.

Ve en su mente cómo—después de las dos primeras—nacieron las otras casas de este

pueblecillo, cuando los hijos de una y otra parte crecieron, y algunos se casaron entre sí y otros llevaron de lejos, quién la mujer, quién el marido.

¡Ah, una por aquí, otra por allí, cuántas casas! ¡No propiamente enemigas! No. Desunidas, sí. La espalda propiamente no, no se la vuelven; pero la una se vuelve un poco de flanco, la otra de través, como si entre ellas no quisieran verse cara a cara y se diseminasen aquí y allá enfadadas y cada una por su cuenta. En fin, que con el andar de los años, entre ésta y aquélla no surge una tercera en medio, como pacificadora, para reunir las.

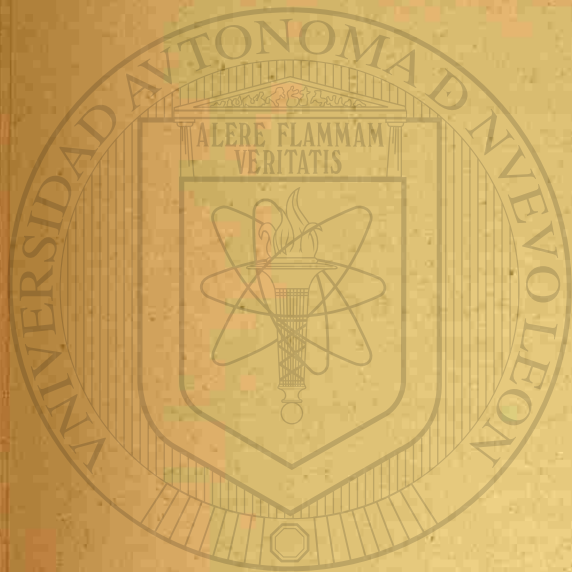
—Por esto—dice Rómulo—, las calles antiguas de las pequeñas poblaciones son todas torcidas, y en ellas toda casa desentona.

Por esto, sí. Pero después viene, ¡oh, Rómulo!, la civilización con planos reguladores, que obligan a las casas a estar en línea.

—La guerra alineada—dirás tú.

Sí; pero civilización quiere decir precisamente reconocimiento de este hecho; que el hombre, entre tantos otros instintos, que lo llevan a hacerse la guerra, tiene también aquel que se llama instinto de reunirse en rebaño, por el cual no vive sino con sus semejantes.

—¡Y ahora, en vista de todo esto, piensa tú si puede el hombre ser más feliz!



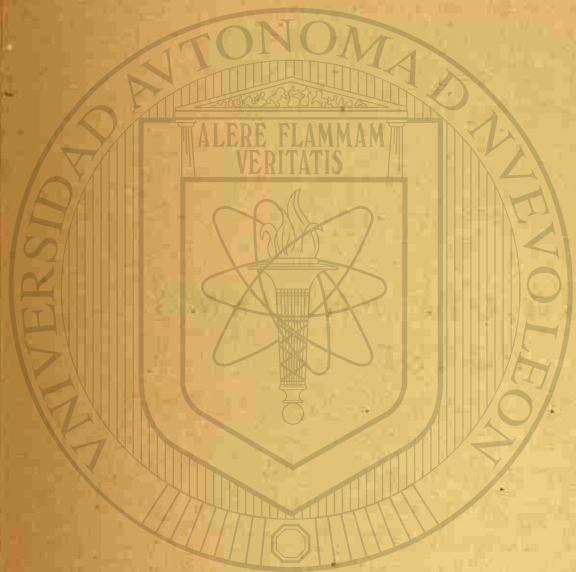
LA MANO DEL ENFERMO
POBRE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

¿Una vez sola? ¡Pero si yo he estado aquí lo menos tres veces! ¿Tres? Cinco... no sé. ¿Por qué os causa tanta impresión el hospital?

No tengo casa... No tengo a nadie...

Y luego, con perdón, gastar dinero (si es que se tiene) para procurarse un placer—reconozcamos que yo no lo haré nunca, porque los placeres míos no los compro con dinero—; pero, vamos, lo comprendo. Lo que no comprendo es que después del estrago, después del sufrimiento de una enfermedad, por añadidura se paguen las medicinas, el médico... Yo, por lo demás, no he tenido nunca que tomar a pecho las cosas llamadas placeres de la vida como las toman los demás; a no ser, este derecho de tener gratis la cura de las enfermedades que la vida me da.

Muchas, creo; mejor, sin duda.

Son la tarjeta de entrada; sin ellas no me hubieran recibido. Y debo también tenerlas muy buenas, a lo que parece; quiero decir, no pasajeras; porque... no están en el corazón; en el hígado, en los riñones, no están. Dicen que tengo echado a perder todo el organismo. Será verdad, pero no me importa; porque después de todo, si esto fuera verdad, no sería una gran perdición. La verdadera perdición es otra.

—¿Cuál?

¡Ah, queridos amigos, vosotros queréis saber demasiado! Al contrario de mí, que no quiero ya saber nada. Si he de deciroslo yo, cuál es la verdadera perdición, es señal de que no lo sabéis: será para mí; no es para vosotros. ¿Y por qué?

Yo, mirad, a los médicos que me han tenido en cura, no les he preguntado nunca de qué mal estaba afligido mi cuerpo, este pobre asno cansado que me lleva. Sé que le he hecho trotar demasiado, y por ciertos caminos, que a nadie habrá venido a la mente tomar. No digo más. Sólo me ha molestado, por esta razón, ser tenido por los médicos en el concepto de enfermo inteligente. La indiferencia, por mi parte, de saber el mal que me afligía, ha sido tomada por los médicos como muestra de confianza en su ciencia, ¿comprendéis? Me han visto siempre obediente echar fuera la lengua al menor requerimiento; gritar:

—*treinta y tres, treinta y tres*—cuatro, cinco, diez veces, soportando pacientemente la molestia de una oreja fría aplicada a mi espalda; abandonar mis miembros, como si no fueran míos, a los contactos demasiado atrevidos de sus manos bien lavadas, sí, pero, Dios mío, dedicadas al asqueroso servicio de todas las llagas humanas, y soportar los golpecitos fuertes de sus dedos a martillo, las punciones de sus jeringuillas y tragarme todas sus porquerías líquidas o en píldoras, sin quejarme nunca de náuseas o de fastidio, ni gritar:—*Dios mío, doctor, ¿qué es esto? ¡Qué amargo está, doctor!*—y así, pues, ¿quién más inteligente que yo? Un enfermo que alimente una confianza tan ciega en la ciencia médica, debe ser por fuerza, a juicio de ellos, inteligentísimo.

Dejemos este discurso. ¡Me da tanto gusto veros reír! ¿Qué decís? Pero no, acabemos; buen provecho os haga.

Bueno, será... será porque yo propiamente no he sabido jamás qué gusto se saca de dirigir preguntas a los demás para saber cómo son las cosas. Os las dicen como las saben ellos, como les parecen a ellos. ¿Estáis conformes? Pues que os aproveche. Yo quiero saberlas por mí, y quiero que entren en mí como a mí

31077

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

me parecen. ¿Es que las cosas en sí, fuera de nosotros, tienen un modo de ser suyo, un sentido, un valor? El modo es mío, el sentido está en mí, el valor es aquel que yo les doy. ¿Y por qué debo aceptar el que les déis vosotros? Perdonad. No sabré jamás nada que me sirva a mí preguntándolo a vosotros, porque vosotros no podéis nunca saber sino aquello que os parece a vosotros. ¿Y qué gusto voy yo a tener en saber las cosas al modo vuestro? Perdonad.

Ahora bien; el verdadero mal, amigos míos, es que las cosas están hoy y para siempre, arriba, abajo y alrededor, con el modo de ser, el sentido y el valor que los hombres les han dado. Así el cielo, así las estrellas; y el mar y los montes, así, y el campo y la ciudad, las calles y las casas... Dios mío, ¿qué queréis más? Nos oprimen ahora y siempre por fuerza con el fastidio infinito de esta inmutable realidad convenida y convencional sufrida por todos pasivamente. ¡Las haría pedazos! Os digo que sentarse sobre una silla ha llegado a ser para mí un suplicio inaguantable. Para aliviarlo un poco, se necesitaría por lo menos—¿me permitís que lo diga?—que la pusiera así, mirad, a lo largo, y me montara en ella a caballo. ¡Es mucho decir! Pero, ¿cuántos se esfuerzan en romper la costra de esta común representación de las cosas; de sustraerse al horrible fastidio de los espectáculos acostumbrados; de despo-

jar las cosas de las viejas apariencias que ahora y siempre por costumbre, por pereza de espíritu, poderosamente se han impuesto a todos? Sin embargo, es raro que al menos una vez, en un momento feliz, no haya ocurrido a alguno ver de improviso el mundo, la vida, con nuevos ojos; entrever en una súbita luz un sentido nuevo de las cosas; imaginar en un relámpago qué relaciones insólitas, nuevas, impensadas, se pueden acaso establecer con ellas, para que la vida adquiriera a nuestros ojos vívidos, refrescados, un valor maravilloso, diverso, mudable. Ay de mí; se recae pronto en la uniformidad de los aspectos acostumbrados, en el hábito de las acostumbradas relaciones; se vuelve a aceptar el mezquino valor de la existencia cotidiana; el cielo con su azul de siempre os mira, pasada la tarde, con las estrellas de siempre; el mar os adormece con su habitual murmullo; las casas os bostezan por acá y por allá con las ventanas de sus habituales fachadas, y con el habitual empedrado se os alargan bajo los pies las calles. Y yo paso por extravagante porque quiero vivir allí, en aquello que para vosotros ha sido un momento de desorden, un reciente y breve estupor de ensueño vivo, luminoso; allí, fuera de toda huella habitual, de toda costumbre, libre de todas las viejas apariencias, respirando siempre de distinto modo a pleno pulmón entre cosas siempre nuevas y vivas.

Se me ha descompuesto el corazón; se me han consumido los pulmones; ¿qué me importa? Seré extravagante, pero yo vivo. No tengo casa, no tengo nombre. ¿Voy al hospital? Os ruego creáis que no he ido nunca allí por mí, con mis pies: me han llevado siempre allí los demás en camilla, privado de sentido. Me he encontrado allí, y me he dicho en seguida:

—¡Ah, héme aquí ya! Ahora, hay que sacar la lengua...

Y de pronto, voluntario y obediente, en vez de lamentarme, la he echado fuera al menor requerimiento, para salir pronto del paso.

¡Qué efecto tan curioso hace la cara del hombre—médico o enfermero—mirada de abajo arriba, estando acostado en una cama, cuando la véis sobre vosotros con las dos ventanas de la nariz salientes y el arco de la boca que va encima a un lado y otro de la bola de la barbilla! ¡Y cuando esta boca os habla, y véis arriba y abajo la habitación de los dientes, el piquito de en medio del labio superior y el principio del paladar!

Y aún sin oír aquello que la boca os dice, os aseguro que se pierde el respeto a la humanidad.

Pero yo os he prometido hablaros de la mano de un enfermo pobre.

El proemio ha sido largo, pero acaso no del todo ocioso; porque así vosotros, al menos, no me preguntaréis ahora nada de aquello que os importaría más saber para conmoveos del modo acostumbrado, esto es, las noticias del hecho:

- a) quién era aquel enfermo;
- b) por qué estaba allí;
- c) qué enfermedad tenía...

Nada, queridos míos, de todo esto. Yo no sé nada de nada; no me he cuidado de saber nada, como acaso hubiera podido hacerlo preguntando a los enfermeros. Yo he visto únicamente su mano y no puedo hablar de otra cosa. ¿Estáis conformes? Pues entonces, comenzaré.

* * *

Fué en el hospital en que he estado la última vez. ¡Pero no pongáis esa cara tan afligida de imbéciles, porque no os cuento ninguna historia triste! Entre el hospital y yo—aunque no pueda sufrir a los médicos ni su ciencia—he sabido siempre establecer dulces y delicadísimas relaciones.

Figuraos que este hospital de que os hablo tenía la exquisita atención hacia sus refugiados de impedir que el uno viese la cara del otro, mediante un biombito de una sola cara,

o más bien un bastidor al cual se fijaba con tachuelas en los cuatro ángulos una tela de algodón, cambiada todas las semanas, lavada, estirada y siempre blanca. Ciertos días, entre todo aquel blanco, parecía que estábamos en una nube, y con la benéfica ilusión de la fiebre, que navegábamos en el azul que entraba por las vidrieras de las ventanas.

Todo lecho, en la larga crugía luminosa, aireada, tenía al lado a la derecha la defensa de uno de aquellos bastidores, que no llegaban más que a la altura de la almohada. Así que yo del enfermo que estaba a mi izquierda no podía ver ciertamente otra cosa que la mano, cuando sacaba el brazo fuera de las mantas y lo abandonaba sobre la cama. Me puse a contemplar con curiosidad amorosa aquella mano; y de ella, poco a poco, me hice contar la fábula que os voy a decir.

Me la contó con señales—se entiende—, acaso inconscientes, que de vez en cuando hacía; con las actitudes a que se abandonaba, flaca, amarillenta, sobre la blanca colcha, ora apoyada en el dorso, con la palma hacia arriba y los dedos entreabiertos y apenas contraídos, en actitud de total entrega a la suerte que la clavaba como a una cruz en aquel lecho; ora cerrado el puño o por hondo espasmo repentino o por un movimiento de ira e impaciencia, al que sucedía siempre un relajamiento de mortal cansancio.

Comprendí que era la mano de un enfermo pobre, porque, aun cuando cuidadosamente lavada como la higiene en los hospitales prescribe, conservaba todavía en la amarilla delgadez un no sé qué de sucio, imborrable; que no es suciedad propia de la mano del pobre, sino más bien pátina de la miseria, que ningún agua puede llevarse nunca. Se descubría esta pátina en los nudillos agudos y un poco escabrosos de los dedos; en los pliegues internos cartilagosos de las falanges, que hacían recordar el cuello de la tortuga; en las rayas de la palma, que son, según dicen, el sello de la muerte en la mano del hombre.

Y entonces me puse a pensar qué clase de oficio habría ejercido aquella mano.

No en verdad oficio rudo, porque era delicada y fina, femenina casi, no deformada ni contraída por parte alguna, sino acaso un poco en el índice, que aparecía excesivamente desarrollado en la última falange, y en el pulgar, un poco replegado hacia dentro y desde el nudillo a la base excesivamente curvado.

Noté que a menudo este pulgar se apretaba contra sí, como por hábito, a la presión de la punta del índice, como si el enfermo inconscientemente con aquella presión se reintegrase a una realidad lejana y la tocase allí, sobre aquel pulgar apretado en esta forma; la realidad de su existencia, cuando sano. Acaso una tienda impregnada del tufo particular de las

telas nuevas, colocadas por piezas, con orden, unas sobre otras en los estantes y sobre bancos y en las vitrinas; un mostrador; una mesa de cortador con su paño extendido y dibujado y unas gruesas tijeras encima; un gatazo gris bajo aquella mesa; los obreros sentados en fila acá y allá, dedicados a embastar, a coser a máquina, y él entre ellos. No le era grata acaso esta realidad; acaso no estaba él por completo en aquel oficio suyo; pero su oficio estaba no obstante allí en aquellos dos dedos, en aquel pulgar que contra sí siempre se apretaba, después de tantos años, por costumbre, a la presión del índice. Y aquí, ahora, para él constituía una más triste realidad el vacío, el ocio doloroso de aquella sala de hospital, la enfermedad, la espera aburrida y llena de angustia, quién sabe, acaso de la muerte.

Sí, indudablemente, aquella mano era la de un sastre.

Por otra señal de la misma comprendí luego que aquel sastre pobre debía ser padre desde hacía poco tiempo, debía tener un hijito.

Levantaba de vez en cuando debajo de las mantas una rodilla. La mano, antes inerte, se alzaba con los dedos temblorosos, y se paseaba sobre aquella rodilla en alto con una caricia circular, que no estaba ciertamente destinada a la rodilla.

—¿A quién podía ir dirigida aquella caricia?

Acaso se le representaba allí en la rodilla la cabeza de su hijito, que aquella mano suya solía acariciar; la amada cabecita de rizos frescos y suaves como la seda.

Indudablemente, los ojos del enfermo, mientras la mano ilusa, vacilante, simulaba sobre la rodilla la caricia, estaban cerrados, veían bajo los párpados la cabecita, y los párpados se hinchaban de lágrimas cálidas, que reventaban, por fin, sobre la cara que yo no veía. Pero, de pronto, la mano interrumpía la vaga caricia y desaparecía detrás del bastidor, después de haber levantado el borde de la sábana. Y poco después aquel borde era puesto en su lugar y bañado, no cabe duda, en un punto, por las lágrimas.

Ahora bien, esperad: sastre y padre de un niño. Luego veréis como la historia se complica un poco. Pero nada: no son siempre más que señales y actitudes de aquella mano.

* * *

Una mañana desperté yo tarde de uno de los letargos profundos, de plomo, que suelen seguir a los fuertes accesos de aquel mal, que es quizás el más grave de tantos como sufro.

Al abrir los ojos, vi en torno a la cama de mi vecino mucha gente, hombres, señoras, quizás parientes. Primero pensé que se habría

muerto. Pero, no. Ninguno lloraba, nadie se lamentaba. Por el contrario, hablaban con el enfermo y entre sí festivamente, aun cuando en voz baja para no molestar a los otros enfermos.

No era día de visita. ¿Cómo y por qué, pues, había llegado toda aquella gente hasta el lecho del enfermo?

No oí, no quise oír sus palabras. Además la contemplación de ellos me lastimaba los ojos en el aturdimiento que me había dejado el prolongado letargo. Medio cerré los párpados.

El cuerpo de una vieja gorda, que me volvía la espalda cerca del bastidor, principalmente el suyo... sí, enorme, y su saya ahuecada, toda de espesos plieguecillos y de cuadritos rosa y negro, me atormentaba, me pesaba como un delirio intolerable. Me parecía que nunca llegaba el momento de que todos se fuesen. Entre los párpados medio cerrados me parece entrever la alta figura de un sacerdote; no le hice caso. Tal vez recaí, más bien, recaí de seguro por largo tiempo en mi letargo. Los cuadritos rosa y negro de aquella saya me tejieron como una red, como una reja de prisión con barras de fuego y barras de sombra, y las de fuego me quemaban los ojos. Cuando volví a abrirlos, alrededor del lecho de aquel enfermo no había ya nadie.

Busqué su mano... ¿Qué era aquello? ¿En

su dedo anular un anillo? Justo, un cintillo de oro: una *alianza*. ¡Ah!, pillín, maridito... ¡Las bodas! Aquella gente había venido para hacer que se casara.

—Pobre mano, tú, tan amarilla, tan descarnada, con aquel signo de cadena... ¿De amor? No. De muerte... Verdaderamente, sobre una cama de hospital no se desposa sino en previsión de la muerte.

En efecto; el mal era incurable. Sí, me lo había dicho la mano, demasiado amarilla, demasiado descarnada, demasiado insegura en el tacto, en los movimientos. ¡Con qué lenta tristeza hacía girar ahora con el pulgar aquel anillo demasiado ancho en torno del dedo que lo ostentaba!

Y, sin duda, los ojos miraban lejos, aunque fijos en aquel cintillo de oro tan cercano; y la mente acaso pensaba:

—Este anillito... ¿qué quiere decir? Estoy para desligarme de todo y me ha querido atar... ¿A quién me ata? ¿Por cuánto tiempo? Hoy me lo han puesto en el dedo; mañana quizás vendrán a quitármelo...

La mano se alzó y se tuvo firme delante de la cara. Más cerca quiso ser mirada con aquel cintillo de un día, que hubiera podido decir tantas cosas y que decía una sola, triste, muy triste...

Mas acaso después pensó que una cosa, sin embargo, sí, ataba aquel anillo: ataba el

nombre de él a la vida de su hijo. Había nacido el niño antes de las bodas, y aquel hijito no tenía nombre; ahora lo iba a tener. Le quitaba, pues, un remordimiento aquel anillo.

Volvió con el pulgar a acariciárselo; luego, la mano, rendida, cayó otra vez sobre el lecho.

A la mañana siguiente no la ví ya: la adiviné a penas en un pliegue de la sábana, extendida sobre todo el lecho para defenderle de esas moscas que huelen la muerte desde una legua.

LA SEÑORA FROLA Y EL SENOR
PONZA, SU YERNO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nombre de él a la vida de su hijo. Había nacido el niño antes de las bodas, y aquel hijito no tenía nombre; ahora lo iba a tener. Le quitaba, pues, un remordimiento aquel anillo.

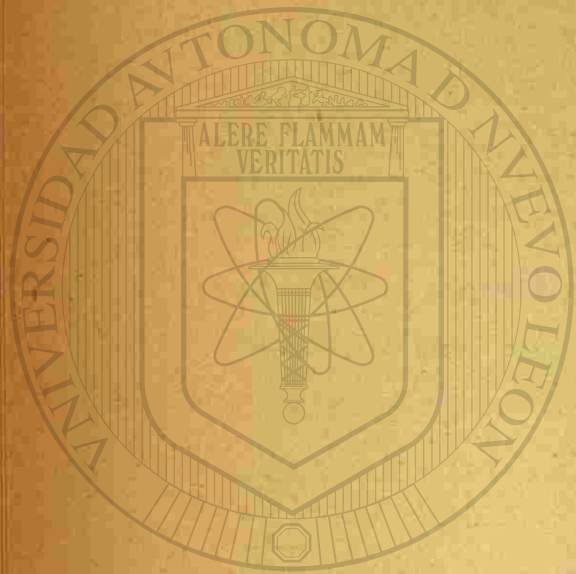
Volvió con el pulgar a acariciárselo; luego, la mano, rendida, cayó otra vez sobre el lecho.

A la mañana siguiente no la ví ya: la adiné a penas en un pliegue de la sábana, extendida sobre todo el lecho para defenderle de esas moscas que huelen la muerte desde una legua.

LA SEÑORA FROLA Y EL SENOR
PONZA, SU YERNO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¿Os lo imagináis, en fin? Es para enloquecer seguramente a todos el no poder averiguar quién entre los dos es el que está loco: si esta señora Frola o este señor Ponza, su yerno. ¡Cosa que se piensa no sólo en Valdana, ciudad desgraciada, plagada de forasteros excéntricos!

Loca ella o loco él; no hay término medio: uno de los dos debe ser loco por fuerza. Porque se trata nada menos que de esto... Pero no, es mejor explicarlo por orden.

Estoy, os lo juro, seriamente consternado de la angustia en que viven desde hace tres meses los habitantes de Valdana, aunque me importa muy poco de la señora Frola y del señor Ponza, su yerno. Porque si bien es verdad que les ha caído encima una grave desgracia, no lo es menos que uno de los dos,

si no ambos, ha tenido la fortuna de enloquecer y el otro le ha ayudado a ello, de tal manera, que, lo repito, no se logra averiguar cuál de los dos está verdaderamente loco; por cierto que consuelo mejor que éste no se puede dar. ¿Os parece poco el de tener bajo esta pesadilla a un vecindario entero? ¿Haber quitado todo sostén al sentido común para que nadie pueda distinguir ya entre realidad y fantasía? ¡Qué angustia, qué perpetuo espanto! Cada vecino ve delante de sí todos los días a aquellas dos personas; les mira la cara; sabe que uno de los dos está loco; lo estudia, lo analiza, lo espía y, ¡nada!, no se puede descubrir cuál lo está de los dos; dónde está el fantasma, dónde la realidad. Naturalmente, nace en cada vecino la sospecha perniciosa de que tanto vale en este caso la realidad como el fantasma, y que toda realidad puede muy bien ser un fantasma o viceversa. ¿Os parece poco? En el pellejo del señor Gobernador, yo, sin más averiguación, acordaría la extradición de la señora Frola y del señor Ponza, su yerno, por el bien del alma de los habitantes de Valdana.

* * *

Pero procedamos con orden.

Este señor Ponza llegó a Valdana, hará por ahora tres meses, como secretario del

gobierno. Se alojó en el caserón nuevo a la salida del pueblo, en aquel que llamamos «el Panal». Allí. En el último piso, un pabelloncito. Tres ventanas que dan al campo, altas, tristes (porque la fachada aquella, aunque nueva, al norte y sobre todas aquellas huertas grises, quién sabe por qué, resulta entristecida), y tres ventanas al interior, sobre el corral, al que da vuelta la balconada de la galería dividida por separaciones de rejas. Cuelgan de aquella balconada acá y allá una porción de cestillos, prontos a ser bajados con cuerdas, si hay necesidad.

Al mismo tiempo, empero, con asombro de todo el pueblo, el señor Ponza alquiló en el centro de la ciudad y justamente en la calle de los Santos, número 15, otro cuartito amueblado, de tres habitaciones y cocina. Dijo que era para que lo habitase su suegra, la señora Frola. Y en efecto, esta señora llegó cinco o seis días después, y el señor Ponza salió a recibirla, él solo, a la estación, y la condujo a dicha casa, y la dejó allí sola.

Ahora bien, se comprende que una hija, al casarse, deje la casa de su madre para ir a vivir con el marido a otra ciudad; pero que esta madre, después, no pudiendo resistir el estar lejos de su hija, deje su pueblo, su casa, y la siga, y que en la ciudad, donde tanto la hija como ella son forasteras, vaya a habitar a una casa aparte, esto no se comprende ya

fácilmente; o se debe admitir entre suegra y yerno una incompatibilidad tan grande que haga imposible la convivencia, aún en estas condiciones.

Naturalmente en Valdana así se pensó al principio. Y por cierto que el que perdió por esto en la opinión de todos fué el señor Ponza. Respecto a la señora Frola, si alguien admitía que acaso tuviera también en esto su parte de culpa, o por falta de indulgencia o por cualquier terquedad o intolerancia, todos consideraban y reconocían aquel amor materno que la traía cerca de su hija, aún viéndose condenada a no poder vivir a su lado.

Gran parte tuvo también, aunque sea duro y cruel decirlo, en esta consideración hacia la señora Frola y en el concepto que pronto se formó en el ánimo de todos acerca del señor Ponza, el aspecto de uno y otra. Rollizo, sin cuello, negro como un africano, con espesos cabellos erizados sobre la estrecha frente, densas y ásperas cejas unidas entre sí, gruesos mostachos relucientes de guardia, y en los ojos profundos, fijos, casi sin blanco, una intensidad violenta, desesperada, contenida con trabajo, no se sabe si de tétrico enfado o de odio a la presencia de los demás, el señor Ponza no es a propósito para conciliarse simpatías o confianza. Viejecita suave, pálida, es, por el contrario, la señora Frola de líneas finas, nobilísimas, y tiene un aire melancólico, de

una melancolía sin gravedad, vaga y gentil, que no excluye la afabilidad con todo el mundo.

Pues bien, de esta afabilidad, naturalísima en ella, la señora Frola ha dado inmediatas pruebas en la ciudad, y pronto en el ánimo de todos los vecinos ha crecido la aversión hacia el señor Ponza, ya que claramente se aparece a todos la índole de ella, no sólo dulce, afable, tolerante, sino también llena de indulgencia y conformidad para el tormento que el yerno le aplica, y también porque se ha venido a saber que no basta al señor Ponza relegar en una casa aparte a aquella pobre madre, sino que lleva su crueldad hasta el punto de privarla también de la vista de su hija.

Sino que «crueldad, no; crueldad, no»: protesta de súbito en sus visitas a los señores de Valdana la señora de Frola, poniendo sus manecitas delante, verdaderamente afligida de que se pueda pensar esto de su yerno. Y se apresura a decantar todas las virtudes de él, a decir de él todo el bien imaginable: qué amor, cuántos cuidados, qué atenciones tenía él, no sólo para su hija, no, sino también para ella, sí, sí, para ella misma, diligente, desinteresado... ¡Ah, no, cruel no, por caridad! Es sólo esto: que quiere toda, toda para él, a su mujercita, hasta el punto de que el señor Ponza, aún el amor que aquella hija debe tener (y él lo consiente, ¿cómo no?) a su madre, quiere que

le llegue, no directamente, sino a través de él, por medio de él, esto es. Sí, puede parecer crueldad esta manía, pero no lo es; es otra cosa, otra cosa que ella, la señora Frola, entiende muy bien y se lamenta de no saber expresar. Temperamento, eso es... pero, no; acaso una especie de dolencia... ¿cómo decirlo? Dios mío, basta mirárselo en los ojos. Producen a primera vista una horrible impresión aquellos ojos tal vez, pero lo dicen todo a quien, como ella, sabe leer en ellos; la plenitud, encerrada en ellos, descubren todo un mundo de amor, en el cual la mujer debe vivir sin salirse de él lo más mínimo, y en el que no debe entrar nadie más, ni aún su misma madre. ¿Celos? Sí, quizás; pero es una definición vulgar de esta totalidad exclusiva de amor. ¿Egoísmo? Pero es un egoísmo que se da por entero, como un mundo, a la mujer propia. Egoísmo, en el fondo, sería quizás que quisiera ella forzar este cerrado mundo de amor e introducirse violentamente en él, cuando ella sabe que su hija es feliz, adorada de este modo. Esto debe bastar a una madre. Por lo demás, no es ni pizca de verdad que ella no la vea, que no vea a su hijita. Dos o tres veces al día la ve: entra en el corral de la casa; toca la campanilla, e inmediatamente su hija se asoma allá arriba.

—¿Cómo estás, Tildina?

—¿Bien, mamá, y tú?

—Como Dios quiere, hijita mía. ¡Abajo, abajo el cestillo!

Y en el cestillo, una carta de dos palabras con las noticias del día. Y bien; le basta esto. Dura ya cuatro años esta vida, y a ella está ya habituada la señora Frola. Resignada, sí. Y casi no sufre ya.

* * *

Como es fácil comprender, esta versión de la señora Frola, este hábito que ella dice haber hecho de su martirio, redunda en desprestigio del señor Ponza, tanto más cuanto más ella pretende excusarle con su largo discurso.

Con verdadera indignación por tanto, y, ¿por qué no decirlo?, con miedo, las señoras de Valdana, que han recibido la primera visita de la señora Frola, acogen un día después el anuncio de otra visita inesperada del señor Ponza, que les ruega le concedan dos minutos sólo de audiencia para una «ineludible declaración», si es que no les causa molestia.

Con la cara sofocada, casi congestionada, los ojos más duros y más tétricos que nunca, un pañuelo en la mano que ciega por su blancura, igual que los puños y el cuello de la camisa, sobre el negro de la piel, de la pelambrea y del vestido, el señor Ponza, enjugándose de continuo el sudor que le corre de la

frente estrecha y de las mejillas sarnosas y violáceas, no por el calor, sino por la violencia evidentísima del esfuerzo que hace sobre sí mismo y por el cual también le tiemblan las gruesas manos de largas uñas, de esta en aquella sala, delante de aquellas señoras que le miran casi con terror, pregunta, ante todo, si la señora Frola, su suegra, ha estado a visitarlas el día anterior; luego, con pena, con esfuerzo, con agitación cada vez creciente, interroga si ha hablado de su hija y si ha dicho que él le impide en absoluto ver a su madre y salir de su casa.

Las señoras, al verle tan agitado, como es fácil imaginar, se apresuran a responderle que la señora Frola les ha hablado, es verdad, de aquella prohibición de ver a su hija, pero también les ha dicho todo el bien posible e imaginable de él, hasta el punto no sólo de excusarle, sino también de no atribuirle sombra alguna de culpa por aquella prohibición.

Sino que, en lugar de tranquilizarse con aquella respuesta de las señoras, el señor Ponza se agita más; los ojos se le vuelven más duros, más fijos, más tétricos; las gruesas gotas de sudor más espesas; y, por fin, haciendo un esfuerzo todavía más violento sobre sí mismo, viene a parar a su «declaración ineludible».

La cual es esta sencillamente: que la señora Frola, pobrecita, no lo parece, pero está loca.

Loca desde hace cuatro años, sí; y su locura consiste precisamente en creer que él no quería permitirle ver a su hija. ¿Qué hija? Ha muerto, ha muerto hace cuatro años su hija; y la señora Frola, justamente por el dolor de esta muerte, se ha vuelto loca; afortunadamente se ha vuelto loca, ya que la locura ha sido para ella el consuelo de su desesperado dolor. Naturalmente no podía consolarse sino así, esto es, creyendo que no es verdad que su hija ha muerto, y, por el contrario, que es él, su yerno, el que no quiere dejársela ver más.

Por puro deber de caridad hacia una infeliz, el señor Ponza alimenta desde hace cuatro años, a costa de muchos y graves sacrificios, esta piadosa locura: tiene, con dispendio superior a sus fuerzas, dos casas: una para sí, otra, para ella; y obliga a su segunda mujer, que por fortuna caritativamente se presta voluntaria a ello, a alimentarle también esta locura. Pero, en fin, caridad y deber hasta cierto punto; pues por su calidad de funcionario público, el señor Ponza no puede permitir que se crea de él, en la ciudad, esta cosa cruel e inverosímil: que él, por celos o por otra razón, prohíba a una pobre madre que vea a su hija.

Declarado esto, el señor Ponza se inclina ante el estupor de las señoras y se va a la calle. Pero no han tenido tiempo las señoras

de reponerse de este estupor, cuando reaparece la señora Frola con su aire dulce de vaga melancolía a pedir mil perdones, si es que, por culpa suya, las buenas señoras han experimentado algún susto por la visita del señor Ponza, su yerno.

Y la señora Frola, con la mayor sencillez y naturalidad del mundo, declara a su vez, pero en gran reserva, ¡por caridad!, porque el señor Ponza es un funcionario público, y precisamente por esto ella la primera vez se ha abstenido de decirlo, sí, que podría perjudicarle en su carrera seriamente; el señor Ponza, pobrecito—buenísimo, buenísimo, intachable secretario del gobierno, cumplido, preciso en todos sus actos, en todos sus pensamientos, adornado de tanta buena cualidad—, el señor Ponza, pobrecito, en este único punto no... no razona, vamos; el loco es él, pobrecito, y su locura consiste precisamente en esto: en creer que su mujer ha muerto hace cuatro años y en andar diciendo que la loca es ella, la señora Frola, que cree todavía viva a su hija. No, no lo hace por cohonestar en cierto modo delante de las gentes sus celos casi maniáticos y aquella cruel prohibición suya de que ella vea su hija, no; él cree, cree en serio, el pobrecito, que su mujer ha muerto y que ésta que tiene consigo es una segunda mujer. ¡Caso lamentabilísimo! Porque es muy cierto que, a causa de su exagerado amor, este hombre estuvo

hace tiempo en peligro de destruir, de matar a su joven y delicada mujercita; tanto, que hubo necesidad de quitársela a escondidas y encerrarla, sin que él lo supiese, en una casa de salud. Pues bien, el pobre hombre, que ya también por aquel frenesí de amor tenía gravemente alterado el cerebro, se volvió loco: creyó que la mujer se le había muerto de veras; y esta idea se le fijó de tal modo en el cerebro, que no nos fué posible quitársela, ni aun cuando, volviendo cerca de un año después, y tan lozana como antes, su mujercita, se la volvimos a presentar. La creyó otra; tanto, que se tuvo, con la ayuda de todos, parientes y amigos, que simular un segundo matrimonio, que le ha devuelto plenamente el equilibrio de sus facultades mentales.

Al llegar aquí, la señora Frola manifiesta tener alguna razón para sospechar que su yerno ha vuelto por completo a su juicio, y que finge, no obstante, creer que su mujer es una segunda mujer a fin de conservarla así toda para él, sin contacto con nadie, porque quizás aún le ataca de vez en cuando el miedo de que puedan de nuevo sustraérsela.

Pero, sí. ¿Cómo explicar, si no, todos los cuidados, las atenciones que tiene para ella, su suegra, si verdaderamente creyese él que es una segunda mujer la que está consigo? No debería sentirse obligado a tantos miramientos con una que, de hecho, no sería ya su suegra,

¿no es verdad? Se comprende que la señora Frola dice esto, no para demostrar aún mejor que el loco es él, sino para probarse también a sí misma que su sospecha es fundada.

—Y entre tanto—concluye con un suspiro, que sobre los labios se le convierte en una dulce tristísima sonrisa—, entre tanto la pobre hija mía ha de fingir que ella no es ella, sino otra; y yo también me veo obligada a fingirme loca por creer que mi hija sigue aún viva. Me cuesta poco, gracias a Dios, porque mi hija, ahí está, sana y llena de vida; la veo, la hablo; pero estoy condenada a no poder vivir junto a ella, y también a verla y a hablarle desde lejos, porque él pueda creer o fingir que mi hija, Dios nos libre, está muerta y que la que tiene consigo es una segunda mujer. Pero vuelvo a decir, ¿qué importa si con este pacto hemos logrado devolver la paz a ambos? Sé que mi hija es adorada y está contenta; la veo, le hablo; y me resigno por amor a ella y a él a vivir así y a pasar también por loca. Paciencia, señora mía...

* * *

Y ahora, digo: ¿no os parece que en Valdanna nos esté indicado permanecer con la boca abierta y mirarnos unos a otros en los ojos, como insensatos? ¿A quién creer de los dos?

¿Quién es el loco? ¿Dónde está la realidad? ¿Dónde el fantasma?

Podría decirlo la mujer del señor Ponza. Pero no hay que fiarse si delante de él dice ella que es la segunda mujer: como tampoco se puede uno fiar si, delante de la señora Frola, confirma que es su verdadera hija. Se debería cogerla aparte, y a los cuatro vientos hacerle decir la verdad. No es posible. El señor Ponza—sea o no él el loco—es realmente celosísimo y no permite a nadie que vea a su mujer. La tiene allá arriba, como en prisión, bajo llave; y este hecho habla, sin duda, en favor de la señora Frola; pero el señor Ponza dice que se ve obligado a obrar así, y que su misma mujer también se lo impone, por miedo de que la señora Frola no se les meta en casa de improviso. Puede ser una excusa. Es además un hecho que el señor Ponza no tiene ni siquiera una criada en su casa. Dice que lo hace por economía, obligado como está a pagar el alquiler de dos casas, y se somete por esto a hacer por sí mismo la compra diaria; en tanto, su mujer, que a decir de él no es la hija de la señora Frola, se somete asimismo por piedad hacia ésta, es decir, hacia una pobre vieja que fué suegra de su marido, a atender a los quehaceres de la casa, aún a los más humildes, privándose de la ayuda de una criada. A todos les parece esto demasiado. Pero también es verdad que este estado de cosas puede ex-

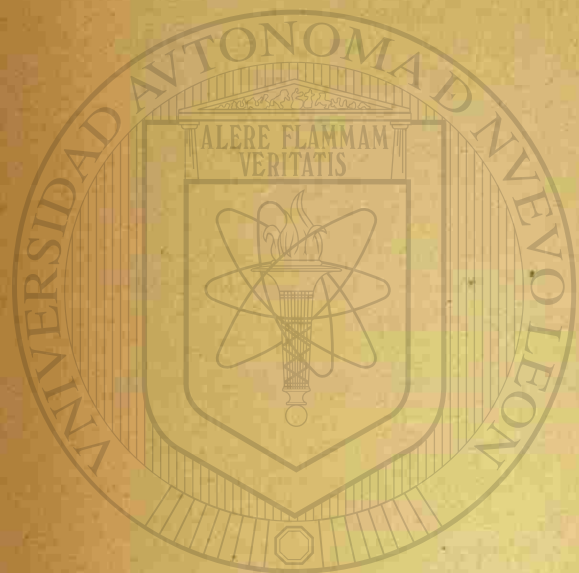
plicarse, si no por la piedad, por los celos de él.

Entre tanto, el señor gobernador de Valdana se ha satisfecho con la declaración del señor Ponza; mas ciertamente el aspecto y en gran parte la conducta de éste no deponen en su favor, al menos en concepto de las señoras de Valdana, más propensas todas ellas a prestar fe a la señora Frola. Esta, en efecto, viene presurosa a enseñarles las cartitas afectuosas que le echa abajo en el cestillo la hija, y también otros muchos documentos privados, a los que, sin embargo, el señor Ponza niega todo crédito, diciendo que le han sido falsificados y remitidos para confirmarla en el piadoso engaño.

Cierto es esto, de todas maneras: que demuestran ambos, el uno para la otra, un maravilloso espíritu de sacrificio, muy conmovedor; y que cada uno tiene para la presunta locura del otro la consideración más exquisitamente piadosa. Razonan ambos a dos a maravilla; tanto, que en Valdana a nadie le habría venido a las mientes decir que cualquiera de ellos era loco, si no lo hubieran dicho ellos mismos: el señor Ponza de la señora Frola, y la señora Frola del señor Ponza.

La señora Frola va a menudo a buscar a su yerno al gobierno para pedirle algún consejo, o le espera a la salida para hacerse acompañar de él a cualesquiera compras: y

mucho más a menudo, por su parte, en las horas libres, y todas las tardes, el señor Ponza va a buscar a la señora Frola al cuartito amueblado; y cuando alguna vez, por acaso, el uno se tropieza con la otra en la calle, inmediatamente, con la mayor cordialidad, se juntan; él le da la derecha y, si se cansa, le ofrece el brazo, y van así, juntos, entre el enojo airado y el estupor y la consternación de la gente que los estudia, los analiza, los espía y, ¡nada!, no logra todavía de ningún modo comprender cuál de los dos es el loco, dónde está el fantasma, dónde la realidad.



LA ALCOBA EN ESPERA

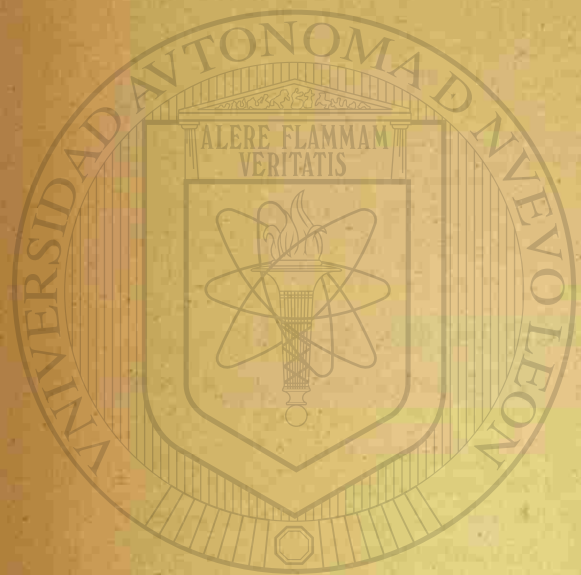
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CARILLA ALFONSINA
Bibliotecas de la Universidad Autónoma de Nuevo León
VIA DE ACCESO A LA BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

Se da, sin embargo, luz todas las mañanas en esta alcoba, cuando una de las tres hermanas, a turno, viene a hacer limpieza en ella, objeto por objeto, sin hablar, sin ruido, con un cuidado y atención demasiado minuciosos para cada cosa, porque no quedaba con el aspecto que ella quería, lo que nada tiene de extraño para nosotros. La sombra, por todos los lados, a penas han vuelto a cerrar las persianas y las maderas de la ventana, se hace de pronto espesa como en un subterráneo; y de pronto, como si aquella ventana no se hubiera abierto durante años, se echa encima el espesor de esta sombra, convertida en el hálito sensible del silencio vacío y suspenso sobre muebles y objetos, los cuáles, a su vez, parece que conservan todo el día el susto propio de aquel cuidado demasiado minucioso con el que han

sido desempolvados, limpiados y puestos en orden.

El calendario de pared cercano a la ventana queda sabiendo que le han arrancado otra hoja, y pesaroso como si le pareciese una inútil crueldad que se le haga señalar la fecha en aquella sombra vacía y en aquel silencio. Y con pavor parece que desgrana su monótono tic-tac un viejo reloj de bronce, en forma de ánfora, sobre la piedra de mármol de la cómoda.

Sobre la mesilla de noche, no obstante, la botellita del agua, de cristal verde dorado, coronada de su largo vaso boca abajo, recibiendo a través de la oscuridad que la rodea un rayo de luz de la ventana de enfrente, parece que se ríe de todo aquel susto esparcido en la alcoba.

Es, en realidad, algo brillantemente vivo sobre aquella mesilla de noche.

La risa de la botellita del agua viene, sí, sin duda, del rayo de luz, pero acaso porque con este rayo de luz pudo la botella descubrir sobre la iluminada losa de mármol los gestos de las dos figuritas de una caja de fósforos puesta allí, desde hace catorce meses, para que esté pronta a la necesidad de encender la vela, aunque desde hace catorce meses descansa inútil sobre la palmatoria de hierro esmaltado, en forma de trébol, con mango y boquilla de latón.

En espera de la llama que debe consumirla se ha puesto amarillenta aquella vela sobre el trébol de la palmatoria, como una virgen ya madura. Y es cosa de apostar que las dos figuras picarescamente gesticuladoras de la caja de cerillas han comparado aquella vela con las tres hermanas solteronas que vienen, un día cada una, a limpiar y a poner en orden la alcoba, como si verdaderamente alguien la habitase desde catorce meses a esta parte.

Vamos, aunque intacta todavía, pobre vela virgen, deberían cambiarla las tres hermanas, si no precisamente todos los días, como hacen con el agua de la botellita (que por esto mismo está tan viva y pronta a reír en cualquier rayo de luz), al menos cada quince días, cada mes, ¡vamos!, para no vérla tan amarillenta, para no ver en esa amarillez los catorce meses que han pasado sin que nadie haya venido a encenderla, al acostarse, sobre aquella mesa de noche.

Y verdaderamente es una mentecatez deplorabile, porque no sólo el agua de la botellita, sino todo, lo cambian aquellas tres hermanas: cada quince días las sábanas y los almohadones de la cama, hecha y vuelta a hacer todas las mañanas con amorosa diligencia, como si realmente alguien hubiera en ella dormido; dos veces por semana, la camisa de dormir, que todas las noches, después de doblado el embozo de las mantas, se saca de la

bolsa de raso colgada de una cinta azul a la cabecera del blanco lecho, y se extiende sobre el mismo con el faldón de atrás debidamente levantado. Y han mudado, ¡oh, Dios!, también hasta las zapatillas delante de la butaca al pie de la cama. Seguro: las viejas, dentro de la mesilla, y en su puesto, allí sobre la alfombrita, un par nuevo, de terciopelo, bordado por la última de las tres hermanas. ¿Y el calendario? Aquél allí, cerca de la ventana, es ya el segundo. El otro, del año pasado, se ha sentido quitar uno a uno todos los días de los doce meses, uno cada mañana, con inexorable puntualidad. Y no hay peligro de que la mayor de las tres hermanas, todos los sábados, a las cuatro de la tarde, se olvide de entrar en la alcoba para dar cuerda a aquel viejo reloj de bronce de sobre la cómoda, que con tanto pavor rompe el silencio con su tic-tac y mueve las dos manecillas sobre el cuadrante, pasito a paso, que no se vea, como si quisiera decir que no lo hace adrede, por gusto suyo, sino forzado por la cuerda que le dan.

Las dos figuritas gesticuladoras de la caja de cerillas evidentemente no ven, como pueden verlo el viejo reloj de bronce con su blanco ojo redondo del cuadrante y el calendario desde lo alto de la pared con el número rojo que señala la fecha, el lúgubre efecto de aquella camisa de dormir extendida sobre la cama y de aquellas dos zapatillas nuevas

en espera sobre la alfombrita de junto a la butaca.

En cuanto a la vela fijada sobre el trébol del candelero, ¡oh!, esa se encuentra tan rígida y absorta en su amarilla tiesura, que no se cuida de las burlas de aquellas dos figuritas gesticuladoras ni de la risa de la panzuda botellita, sabiendo bien qué cosa está esperando allí, aún intacta y tan amarilla.

¿Qué espera?

El hecho es que hace catorce meses que las tres hermanas y su madre enferma creen que pueden y deben esperar en esta forma el *probable* retorno del hermano e hijo Cesarino, subteniente de complemento del 25° de infantería, que partió para la Tripolitania (van corridos más de dos años) y allí fué destacado en el Fezán.

Desde hace catorce meses, es verdad, no han tenido más noticias de él. Hay más. Después de tantas investigaciones angustiosas, súplicas e instancias, ha llegado, por fin, del Alto Mando de la colonia la comunicación oficial de que el subteniente César Mochi, después de un combate con los rebeldes, no encontrándose ni entre los muertos, ni entre los heridos, ni entre los prisioneros, de lo cual se ha logrado tener noticia cierta, debe ser considerado como desaparecido sin haber dejado rastro alguno.

El caso ha despertado al principio mucha

lástima en todos los vecinos y conocidos de aquella mamá y de aquellas tres hermanitas. Poco a poco, sin embargo, la lástima ha ido enfriándose, y ha empezado en su lugar una cierta irritación, en alguien también una verdadera indignación; por esto que parece «una comedia», es decir, por aquella alcoba mantenida tan puntualmente en orden, hasta con la camisa de dormir extendida sobre el lecho destapado; parecía que con esta comedia querían aquellas cuatro mujeres negar su tributo de lágrimas a aquel pobre joven y ahorrarse a sí mismas el dolor de llorarlo muerto.

Demasiado pronto han olvidado vecinos y conocidos que ellos, ellos mismos, a la llegada de la comunicación del Alto Mando de la colonia, cuando aquella madre y aquellas tres hermanas habían comenzado a llorar muerta a la amada persona, lanzando gritos desgarradores, las habían estado persuadiendo gran rato y con argumentos, a cual más eficaz, a que no se desesperaran así. ¿Por qué llorarlo muerto—les habían dicho—si claramente en aquella comunicación se anunciaba que el oficial Mochi entre los muertos no había sido encontrado? Había desaparecido; podía volver de un momento a otro; aún después de pasado un año, ¿quién sabe? En Africa fugitivo, oculto... Y también les han ido a aconsejar y casi a impedir que aquella madre y aquellas tres hermanas se vistieran de negro, como

ellas querían en aquella incertidumbre. De negro, no, les han dicho; ¿para qué este mal agüero? Y a la primera esperanza de aquellas pobrecitas, que se expresaba aún en forma de duda: «quién sabe... sí, quizás esté vivo», se han apresurado a responder:

—¡Claro que estará vivo! ¡Y lo está ciertamente!

Pues bien; ¿no es natural, por tanto, faltando de veras todo fundamento de certeza a la suposición de que el amado joven esté muerto, y forjada, en su lugar, como todos han querido, la ilusión de que está vivo, aquella pobre mamá enferma, aquellas tres hermanas den, cuanto más puedan, consistencia de realidad a aquella ilusión? Y eso precisamente es lo que hacen al dejar la alcoba en espera, arreglándola con cuidado minucioso, sacando todas las noches del saquito la camisa de dormir y extendiéndola sobre la cubierta de la cama con el embozo levantado. Porque si se han dejado persuadir de no llorarlo muerto, de no desesperar de verlo vivo, deben por fuerza verlo a él, vivo para ellas, a él, que realmente puede llegar de un momento a otro; y tan ciertas están ellas de eso, que hasta le preparan todas las noches la camisa de dormir allí, sobre la cama, sobre aquella camita de él, que se vuelve a hacer todas las mañanas, como si él de verdad hubiera dormido en ella por la noche. Y por eso también Margaritina, esperándolo siempre, no

se ha contentado únicamente con bordarle las nuevas zapatillas, sino que las ha puesto allí al pie de la butaca, para que él apenas vuelto las encuentre dispuestas en el lugar de las viejas.

Perdonad un momento:

—¿Es que acaso no se han muerto aquel hijo vuestro, aquella hija vuestra, cuando han salido para sus estudios en aquella lejana ciudad?

¿Ah, me excomulgáis? ¿Apagáis mi voz gritando que no se han muerto de ningún modo? ¿Que estarán de vuelta a fin de año y que mientras tanto recibís puntualmente noticias tuyas dos veces por semana?

Calmaos, sí, vamos, lo creo de veras. Pero, ¿cuánto va a que pasado el año, cuando vuestro hijo o vuestra hija vuelvan, con un año más de edad, vosotros os quedáis estupefactos, aturdidos, delante de ellos, y vosotros, vosotros mismos, como para rechazar una duda que os espanta, con las manos abiertas, exclamáis?:

—Dios mío, ¿pero eres tú mismo? ¡Santo Dios, qué distinta vuelve!

No sólo distinta en el alma, o sea en el modo de pensar y sentir, sino también en el metal de la voz, también en el cuerpo, en el modo de gesticular, de moverse, de mirar, de sonreír...

Y con turbación os preguntáis:

—¿Pero, cómo? ¿Eran estos sus ojos? Po-

drías jurar que su nariz, cuando se fué, era un poco más grande...

La verdad es que vosotros no reconocéis en vuestro hijo o en vuestra hija, vueltos al cabo de un año, aquella misma realidad que les dabais antes que partiesen. Ya no existe, ya ha muerto aquella realidad. Y sin embargo, no os vestís de luto por esta muerte y no lloráis... No lloráis, en verdad, aunque os cause pena este otro que vuelve a vuestra casa en lugar de aquel hijo que se os fué; este otro, que no podéis ni sabéis reconocer ya.

Vuestro hijo, aquél que conocíais antes que se fuese, ha muerto, creedlo, ha muerto. Sólo la existencia presente de un cuerpo (¡y, para eso, tan cambiado!) os hace decir que no. Pero bien lo advertís vosotros: aquél que partió hace un año era otro; aquél no ha vuelto...

Pues bien; precisamente igual que no vuelve más a su mamá y a sus tres hermanas este Cesarino Mochi, partido hace dos años para la Tripolitania y allí destacado en el Fezán.

Ahora, bien sabéis vosotros que la realidad no depende de la presencia o de la no presencia de un cuerpo. Puede el cuerpo estar presente, y haber muerto para la realidad que vosotros le dabais. Lo que constituye la vida, pues, es la realidad que vosotros le dáis. Y por eso realmente puede bastar a la mamá y a las tres hermanas de Cesarino Mochi la vida que él seguía teniendo para ellas allí, en la

realidad de los actos que practicaban para él, en aquella alcoba que lo espera en regla, pronta a acogerlo tal cual era antes que partiese.

¡Ah!, no hay peligro para aquella mamá ni para aquellas tres hermanitas de que él vuelva cambiado en otro, como ha sucedido con vuestro hijo a fin de año.

La realidad de Cesarino es inalterable allí en su alcoba y en el corazón y en la mente de aquella mamá y de aquellas tres hermanas, para las cuales, fuera de ésta, no existe otra realidad.

* * *

—Titi, ¿a cuánto estamos del mes?—pregunta desde su sillón la mamá, enferma, a la más pequeña de las hijas.

—A quince,—responde Margarita, alzando la cabeza del libro; pero no, no está muy segura, y pregunta, a su vez, a las dos hermanas:—A quince, ¿no es verdad?

—A quince, sí—confirma Nanda, la mayor, desde el bastidor.

—A quince—repite Flavia, que está cosiendo.

Sobre la frente de las tres hermanas se dibuja la misma arruga, ante aquella pregunta de su madre, a la que han respondido.

En la calma de la vasta estancia del come-

dor, velada su luminosidad por blancos visillos de muselina, ha entrado un pensamiento, que de costumbre, no estudiada, sino instintivamente, se mantiene lejano de las cuatro señoras: el pensamiento del tiempo que pasa.

Las tres hermanas han adivinado el por qué de este pensamiento pavoroso en la mente de la madre enferma, abandonada sobre el butacón; y por eso han arrugado la frente.

No es ya por Cesarino. Es por otra persona, no de la casa, pero que en la casa, mañana acaso, ¿quién sabe?, podría ser la dueña: Clarita, la novia del hermano. Es ella, sí, la que, quizás demasiado, les hace pensar en el tiempo que pasa.

La mamá, preguntando a cuánto se está del mes, ha querido contar los días que han pasado desde la última visita de Clarita.

Venía antes todos los días la amada niña (niña verdaderamente Clarita para aquellas tres hermanas ancianas), casi todos los días, con la esperanza de que hubiese llegado la noticia; porque estaba segura, más segura que todas, ella, de que la noticia tenía que llegar pronto. Y entraba alegre entonces en la alcoba del novio, y en ella dejaba siempre una flor y una carta. Sí, porque seguía escribiendo, según costumbre, todas las tardes a Cesarino. Las cartas, en vez de echarlas al correo, venía a dejarlas allí para que las encontrase Cesarino rápidamente, apenas llegado.

La flor se marchitaba, la carta permanecía.

¿Pensaba Clarita acaso, al encontrar bajo la flor mustia la carta del día precedente, que también el perfume de ésta se había desvanecido sin embriagar a nadie? La ponía en el cajón de la pequeña escribanía de junto a la ventana, y en su lugar dejaba la nueva carta y encima de ella una nueva flor.

Duró mucho, meses y meses, esta delicada atención. Pero un día, la pequeña viene con más flores, sí, pero sin carta. Dijo que había escrito también la tarde precedente, y por cierto más largo de lo acostumbrado, y que todas las tardes le seguiría escribiendo, pero en un cuadernito, porque su mamá le había hecho notar que era un inútil despilfarro de papel de cartas y de sobres.

Verdaderamente lo era: lo que importaba era el pensamiento de escribir a diario; que hacerlo en papel de cartas o en el cuaderno, era lo mismo, y si no precisamente lo mismo, vamos, poco menos...

Sino que, con aquella carta diaria, comenzó también a faltar la visita diaria de Clarita. Primero, tres veces; después, dos; luego, dispuso venir una sola vez por semana. Más adelante, con la excusa del luto por la muerte de la abuela materna, estuvo más de quince días sin venir. Y al cabo, cuando—no espontáneamente, sino conducida por las tres hermanas—

volvió a entrar por primera vez vestida de negro en la alcoba de Cesarino, ocurrió una escena inesperada, que por poco no hace estallar de angustia el corazón de aquellas tres infelices. Toda de un golpe, apenas entrada, se desplomó sobre el lecho de Cesarino, rompiendo en un llanto desesperado.

¿Por qué? ¿Qué le había dado? Permaneció luego aturdida, como extraviada ante el estupor angustioso de aquellas tres hermanas pálidas, lívidas; dijo que no sabía ella misma lo que le había dado, lo que le había sucedido... Se excusó; echó la culpa a su luto, al dolor por la muerte de su abuela... Dios mío, sí, ¿qué le pasaba? Había sido una tontería... Una locura imprevista... Volvió, de todos modos, a venir una vez por semana.

Pero las tres hermanas experimentaban ahora una cierta repugnancia a llevarla, así vestida de luto, a la alcoba en espera; y ella tampoco entraba por sí, ni rogaba a las tres hermanas que la llevaran. Y de Cesarino, casi no hablaban.

Tres meses hace que vino de nuevo vestida de claro, primaveral, lozana como una flor, toda encendida y vivaz como en el buen tiempo, desde el que las tres hermanas y su pobre mamá no habían vuelto a verla. Llevó muchas, muchas flores, y quiso ella misma, con sus manos, colocarlas en la alcoba de Cesarino, distribuyéndolas en vasitos sobre la pequeña

escribanía, sobre la mesita de noche, sobre la cómoda. Dijo que había tenido un buen sueño.

Permanecieron con su ansiedad, oprimidas y casi espantadas de la vivacidad exuberante, de la renacida alegría de la jovencita, aquellas hermanas cada vez más pálidas, más lívidas, aquellas que en la negrura de las sombras de la alcoba en espera respiraban únicamente su propia vida. Comprendieron, apenas cesado el primer aturdimiento, que se les arrancaba con violencia cruel la vida que reflorece prepotente en aquella niña y que no podía ser ya detenida en el silencio de aquella espera, a la que ellas con tanto orden minucioso, con los religiosos cuidados de sus manos suaves y frías daban todavía, y, tenazmente, querían dar siempre una apariencia de vida, tanta como bastase a ellas. Y no hicieron ninguna oposición, cuando Clarita, fingiéndose ruborosa, dijo que le había nacido una gran curiosidad de saber qué había escrito a Cesarino en sus primeras cartas de más de un año de fecha, encerradas en el cajón de la escribanía.

Más de ciento debían de ser aquellas cartas, ciento veintidós o ciento veintitrés. Las quería releer; las tendría después conservadas ella, para Cesarino, juntas con los cuadernitos. Y a diez por vez, se las fué llevando todas a su casa.

Desde entonces las visitas se fueron distanciando. La anciana mamá, enferma, mirando

fijamente el brazo del butacón, cuenta los días que han pasado desde la última visita; y es curioso que, tanto para ella como para las tres hijas cejijuntas, estos días pasaban y parecían demasiados, mientras por Cesarino, que no vuelve, el tiempo no pasa jamás; era como si hubiese partido ayer, o más bien como si Cesarino no hubiera en efecto partido, sino que sólo hubiera salido de casa y debiera volver de un momento a otro, para sentarse a la mesa con ellas y después irse a dormir en su camita.

* * *

El golpe lo recibe la pobre mamá con la noticia de que Clarita tiene otro novio.

Era de esperar aquella noticia, porque ya hacía dos meses que no se dejaba ver. Pero las tres hermanas, menos viejas, y, por tanto, menos débiles que la mamá, se obstinaron en decir que no, que esta traición no se la esperaban. Quisieron a toda costa contestar al golpe, ellas, y dijeron que Clarita se había echado otro novio, no porque Cesarino haya muerto y ella no tuviera, por tanto, razón alguna de esperar todavía su vuelta, sino porque después de dieciséis meses se ha cansado de esperarlo. Dijeron que su mamá se muere, no porque el nuevo noviazgo de Clarita le haya hecho perder la ilusión, cada vez más firme,

del regreso de su hijo, sino por la pena que su Cesarino sentirá, a su vuelta, con la traición cruel de Clarita.

Y la mamá, desde el lecho, dice que sí, que muere con esta pena; pero en los ojos tiene como una risa de luz.

Las tres hijas le miraban aquellos ojos con desazonada envidia. La madre, dentro de poco, irá a ver desde allá si el hijo existe; se librá de esta ansia de la larguísima espera; tendrá la certeza, ella; pero no podrá volver a decírselo a sus hijas.

Querría decir, la mamá, que no hay necesidad de venir a decir nada, porque ella está ya segura de que encontrará allá a su Cesarino; pero no, no lo dice; siente una gran piedad por sus tres pobres hijas que se quedan solas y tienen tanta necesidad de seguir creyendo que Cesarino está todavía aquí, vivo, para ellas, y que un día u otro debe volver; y por esto disimula dulcemente la luz de sus ojos, y hasta lo último, hasta lo último quiere permanecer sumada a la ilusión de las tres hijas. Y para que también su último suspiro dé aliento a esta ilusión, y siga viviendo en ellas, con el postrer hilito de su voz, suspira:

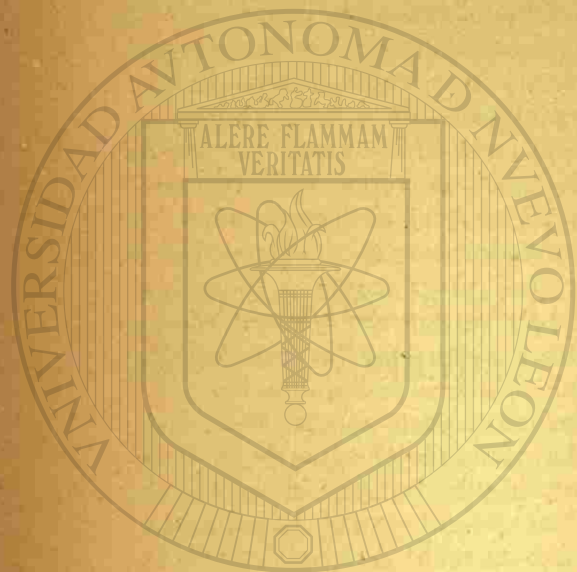
—Se lo diréis... que lo he esperado tanto...

* * *

A la noche, cuatro cirios funerales arden a los cuatro ángulos del lecho, y de rato en rato tienen un leve chisporroteo, que hace vacilar apenas la larga llama amarilla.

Tan profundo es el silencio de la casa, que los chisporroteos de aquellos cirios, aunque tan leves, llegan desde allí a la alcoba en espera, y aquella vela amarillenta, fija desde hace dieciséis meses al trébol de la palmaria, aquella vela que sirve de irrisión a las dos figurillas gesticuladoras de la caja de cerillas, a cada chisporroteo parece como si hiciera un esfuerzo muscular para atraer hacia sí las llamas de los cirios, a fin de velar también ella otro muerto allí, sobre el lecho intacto.

Y... un desquite, para aquella vela. Esta noche no se ha cambiado el agua de la botellita, ni sacado de la bolsita, ni extendido sobre las mantas desembozadas, la camisa de dormir. Y marca la fecha de ayer el calendario de pared. Se ha detenido un día, y parece que por siempre, en la alcoba, aquella ilusión de vida. Y sólo el viejo reloj de bronce, sobre la cómoda, sigue taciturno, y más medroso que nunca, hablando del tiempo en aquella tenebrosa espera sin fin.



MIENTRAS EL CORAZÓN
SUFRÍA

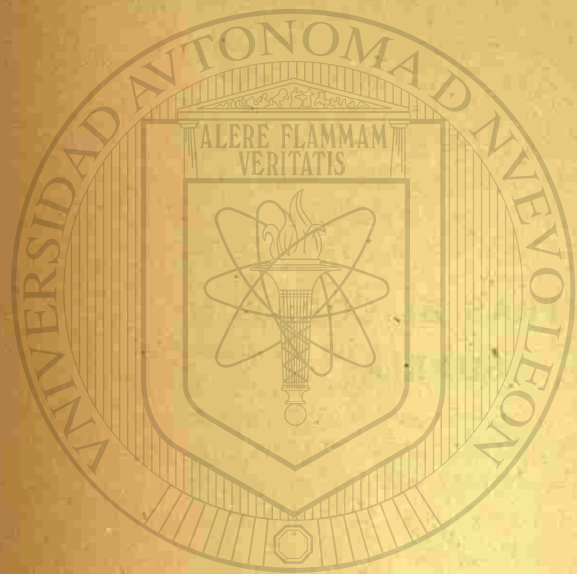
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Comenzaron los dedos de la mano izquierda. Primero, el meñique, que, como el más pequeño, era también el más inquieto y siempre había sido un tormento para el pobre lánguido anular que tenía la desventura de estar a su lado; pero algo también lo había sido para los otros dedos.

Ridículo de forma, con la última falangeta mal articulada, torcida hacia dentro, dura, casi inflexible, parecía un dedo con tortícolis.

Pero jamás se había afligido por este defecto. Antes se había servido de él para no dejar en paz un momento a sus compañeros de mano y, como ufanándose de ello, muchas veces se levantaba recto, como para decir a todos:

—Mirad, ¿lo véis? ¡Yo soy así!

En lugar de ocultar por pudor aquella fa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

langeta estropeada bajo la yema del anular, se la montaba en el dorso con fuerza o constriñéndolo a estar en alto, en una posición incomodísima; se alargaba para ponerse encima del dedo de en medio o del índice o iba con su uñita estevada a punzar la uña dura del pulgar rollizo.

Pero éste, a las veces, agriado y cansado, se le oponía con violencia, saltándole encima sobre la primera falange, y lo tenía debajo oprimiéndolo con ayuda de los otros tres dedos hasta casi estrangularlo.

No se daba por vencido.

Oprimido y todo, arañaba la base del pulgar, como para decirle:

—¿Lo ves? ¡Puedo moverme! Estás tú peor que yo.

Y en efecto, el pulgar, preso como en una tenaza, pronto lo dejaba libre.

Aquel día, no obstante, estaban todos de acuerdo.

Que aquel meñique bufón fuera tan vanidoso y prepotente y no se estuviera quieto ni un momento, más bien agradaba hoy a los otros cuatro dedos, que tenían un gran miedo de entorpecerse en el desmemoriado abandono en que, ya cerca de una semana, se había dejado a todo el cuerpo.

No solamente los dedos de las manos, sino también los de los pies, aprisionados, y los pies enteros y las piernas y, aún más arriba,

el busto: los hombros, los brazos, el cuello y, en la cabeza, las mejillas, los labios, las aletas de la nariz, los ojos, las cejas, la frente, advertían confusamente en aquel abandono de tan larga duración una amenaza oscura y pavorosa, a la que por cuenta propia pretendían sustraerse.

Día por día la vida se iba como alejando de ellos para concentrarse hondamente en una profunda, misteriosa intimidad, de la que ellos eran excluidos, considerados como extraños y como ausentes, como si en efecto no debiera importarles la decisión que en aquella intimidad profunda y misteriosa secretamente se maduraba.

Los abandonaban allí más cada día, sobre un butacón de Viena junto a la ventana, en espera de que la decisión llegase a madurez. Y en aquella espera ellos, no sabiendo qué hacer para no entorpecerse en el abandono, jugaban por cuenta propia. Jugaban verdaderamente como locos.

¡Era preciso ver cómo bailaban aquellas piernas, ya una sobre otra, ya las dos apareadas, con las puntas de los pies en tierra y los talones hacia arriba de modo que los tendones se contrajesen! ¡Cómo después, cansadas de aquel juego, se estiraban para hacer otro, que consistía en un abrirse y cerrarse acompañado, primero con el pie izquierdo sobre el derecho, después con el derecho sobre el iz-

quierdo, para estar debajo una vez cada una, sin superioridad! Y también los zapatos con su crujido tomaban parte en aquel juego.

Pero más que todos jugaban las manos, ora entrelazando los dedos, ora oponiéndolos por las puntas y moviéndolos así a palanca, de modo que primero se estirasen hasta ensamblar uno con otro y luego se separasen saltando como muelles. O por el contrario, jugaban separadamente una y otra mano; pero, casi siempre, aquello que hacía la una, la otra lo repetía; si la derecha tamborileaba sobre la pierna derecha, el mismo tamborileo hacía la izquierda sobre la pierna izquierda, como si no pudiera pasar por menos; un aleteo o un chasquido la diestra, el mismo aleteo o el mismo chasquido la izquierda; poco después, o bien, siempre por juego, la una apretaba los dedos de la otra y viceversa, o se los pellizcaba, para después acariciárselos con una fricción delicada, lenta, lenta; o se ponía a rascar donde no había picor, hasta que el dedo rascado se rebelaba con una escapada violenta, y se producía entonces como una riña entre las dos manos, un restregadero convulso, interrumpido, al fin, por agarrarse una mano a la otra y tenerla por un rato estrechamente apriada. Luego, una de ellas se levantaba o para ir a estirar el lóbulo de una de las orejas, o en la boca el labio inferior, o la bolsa hinchada de debajo del ojo o para arañar sin ne-

cesidad el mentón erizado de la barba no afeitada en muchos días.

Los más compasivos de todos eran los ojos, las cejas, la frente. Hubieran querido jugar también ellos; pero, por la honda tensión del espíritu, se mantenían atónitos—los ojos—o en una dura y cruel fijeza; las cejas, juntas; la frente, contraída.

Los ojos podían mirar y no ver. Si apenas veían, eran de pronto desviados de la cosa medio vista y obligados a volverse a otro lado, con la misma ausencia de atención. Pero, con el rabllo, y sin darse cuenta, seguían el juego de las piernas o de las manos; sugerían a éstas, de pasada, que cogiesen, por ejemplo, de la mesita cercana al butacón el cortapapeles, para comenzar con él otro juego. Y las manos no se lo dejaban decir dos veces; empezaban aquel juego, quedo, quedo, casi a hurtadillas, para diversión de los ojos, haciendo girar y regirar en todos sentidos aquel corta papeles.

Alguna vez suspendían el juego para llamar hacia ellos la atención del espíritu con un medio violento: haciéndose daño. El terrible meñique de la mano izquierda clavaba la falangeta torcida en uno de los agujerillos del asiento del sillón de rejilla, y no pudiendo luego salirse de él, obligaba al hombre a replegarse hacia un lado para encontrar la manera de sacarlo sin desolladura y sin detrimento del asiento de la butaca. Sin demora

el pulgar, y después todos los dedos de la otra mano, se dedicaban a compensarle con caricias y fricciones amorosas del mal que se había hecho por buscar el bien de todos. Tal otra vez el pulgar y el índice de la mano derecha pellizcaban la pierna para hacer saber a aquel hombre que si él tenía un corazón que le dolía dentro, tenía también aquella pierna, sensibilísima también, es decir, capacísima de sufrir, como pierna, a causa de un pellizco; de sufrir, sí, aquel escozorcillo acentuado... más acentuado... más acentuado... ¿No? ¿No quería advertirlo? Pues entonces, ¡nada! El índice restregaba la pierna como compensación al sufrimiento inútilmente infligido; después ambas manos la cojían y la ponían a caballo sobre la otra para que se recrease un poco columpiando el pie.

¡Oh, descubrimiento! En el espejo del armario, colocado en el ángulo de la otra parte de la ventana, aparecía y desaparecía la punta de aquel pie que se columpiaba, como una coma de luz sobre el charol.

Otro juego. Los ojos cejijuntos lo seguían; esperaban, fijos en el ángulo del espejo, que apareciese la punta del pie; y sin embargo, fingían no ocuparse en ello, sabiendo que si hicieran la más pequeña demostración del caso, el hombre, todo absorto en su íntimo dolor, habría con un bufido hecho terminar aquel balanceo y que tomase el cuerpo nueva postura.

¡Quién sabe! Acaso hubiera sido un bien... Apoyando el codo sobre el brazo derecho de la butaca y alargando un poco el cuello, toda la cabeza se hubiera mostrado en el espejo; y hubiera bastado esto, es decir, la vista de su propia cara, para hacer saltar y ponerse en pie, indignado y feroz, a aquel hombre.

Casi, casi... No, vamos, no convenía. Mejor era seguir jugando, no excitar la fiera voluntad enemiga, escondida en la profunda, misteriosa intimidad, donde la decisión oscura y pavorosa se maduraba. Existía el riesgo en que esta voluntad, viendo la extrema palidez de la cara desencajada, la cabeza calva, aquellas bolsas hinchadas debajo de los ojos, aquella barba no afeitada en tantos días, opusiera de súbito una violencia a aquella violencia. No convenía.

Pero es que la tentación de aquel espejo era ya demasiado fuerte; no solo para el cuerpo, ahora, sino para aquella voluntad enemiga, la cual, no cabe duda, obligaba a los ojos a mirarlo de soslayo.

¡Maldito el pie que, primero, columpiándose, se había reflejado allí!... Pero los ojos mucho más... ¡malditos los ojos que lo habían descubierto!

He aquí, en fin...— ¡no, no!, el cuerpo se resistía—, pero la voluntad enemiga le obligaba a levantarse del butacón y a presentarse allí, delante de sí mismo, en el espejo.

—¡Miradlo!

¡Cuánto desprecio, cuánto odio acumulaba aquella voluntad enemiga en los ojos! Con qué maligno deleite descubría en aquella pobre cara los estragos irremediables del tiempo, las lentas, desdichadas alteraciones de los rasgos, la piel sobre las sienes ajada y amarillenta, las depresiones, las hinchazones, la calvicie humillante, la mezquindad ridícula y afflictiva de aquellos pocos cabellos que quedaban, alineados casi uno a uno sobre el reluciente cráneo, más rosado que la frente, apergaminada en ásperas arrugas.

Y la cara, que no podía dejar de reconocer la verdad de aquellos estragos, pero que todavía hasta aquí acostumbraba a presentarse delante del espejo piadosamente en el momento más favorable, ahora, casi sin comprender el por qué de aquel examen tan minucioso, tan penetrante y despiadado, permanecía como mortificada y atónita delante de sí misma, como cuajada en una mueca fría, no se sabía si de repugnancia o compasión. Pero los ojos (no como excusa, no para oponerse a la realidad, por lo demás bien conocida, de aquellos estragos, sino así, casi por cuenta propia), se esforzaban en hacer notar que aquellas bolsas hinchadas, entre tanto, no estarían allí, hubieran podido no formarse, o no serían al menos tan pronunciadas, si no hubiesen transcurrido cuatro noches

insomnes, entre violentas pesadillas y delirios. Y luego, aquella barba crecida... Pero, ¿por qué?

Ahora, una mano se levantaba para aferrarse como una garra a los carrillos flácidos y escabrosos.

¿Por qué, por qué tanto odio contra aquel aspecto del pobre enfermo?... ¿Sufría? ¿Por qué sufría?

De improviso, un temblor convulsivo partía de las vísceras contraídas, y los ojos—aquellos ojos—se llenaban de lágrimas.

¡Animo, pronto, las manos en busca de un pañuelo... en éste... no, en aquel bolsillo... tampoco! Pues entonces las llaves... El manojo de llaves para abrir el primer cajón de la cómoda, donde están los pañuelos... ¡pronto!

¡Oh! Aquí...—el pañuelo, sí—la mano cogía uno, entre los muchos allí colocados—pero lo cogía mecánicamente, yendo a tientas entre los otros montoncitos de lencería, mientras los ojos, en el fondo del cajón, en un ángulo... sí, el menudo revólver... *(Con éste, sí...)*

¡Y cómo se estaba quieto, aquí escondido, con su empuñadura de hueso, bruñida, blanca, saliendo de su funda de fieltro gris!...

Pero, ¡ah!, la otra mano, casi a hurtadillas, se levantaba para volver a cerrar el cajón e impedir así a los ojos que siguieran fijos en aquella cosa, pequeña como un juguete, pero

que debía dejarse ahora en el cajón, así como estaba, quieta y escondida.

El manajo de llaves permanecía colgado a la cerradura y balanceándose.

Por la ventana que daba al jardín entraba la dulce frescura del anochecer. El enternecimiento repentino que le había hecho derramar aquellas lágrimas le producía un inefable alivio. Los pulmones, oprimidos antes por la angustia, se ensanchaban en largos suspiros. La nariz destilaba las últimas lágrimas. Y el hombre volvía a sentarse sobre el butacón, con el pañuelo sobre los ojos. Estaba un rato así; después abandonaba las manos encima de las piernas, y la mano izquierda se acercaba a la derecha que tenía el pañuelo, cogía un borde del mismo y tímidamente, como para recomenzar el juego, con el pulgar y el índice se ponía a recorrerlo hasta la punta.

—Pasemos el tiempo así—parecía decirse aquella mano—. Pero sería verdaderamente hora de ir a cenar; al menos a cenar, porque hoy, a mediodía, no hemos almorzado... Antes de ir a cenar, no obstante...

Y la mano, levantándose de nuevo, pero no ya en forma de garra, volvía a acercarse a los carrillos para rascar la aspereza de los pelos que renacían.

—¡Qué barbaza! Convendría afeitarla para no hacer huír a la gente, al entrar en la fonda...

¡Cosa extraña! Aunque la mente parecía divertirse por cuenta propia, divagaba, hablaba entre sí de cosas extrañas sin enlace alguno; seguía imágenes conocidas que se presentaban sin ser llamadas; aéreas pero precisas, fuera de la conciencia, y daba opiniones, aunque segura de no ser escuchada...

De repente, empero, sucedía como antes con la tentación del espejo: la voluntad enemiga, como en acecho de todo movimiento instintivo, de toda sugestión que tendiera a oponersele, arrebatava este movimiento por sorpresa y lo hacía suyo para retorcerlo de pronto contra el cuerpo.

La barba, sí; pronto, pronto. Y después, un baño...

—¿Un baño? ¿Cómo? ¿Por la noche? ¿Por qué?

Porque sí. Pulido desde la cabeza hasta los pies. Y mudado de todo: camiseta, calzoncillos, calcetines, camisa, todo... Era menester que, *después*, el cuerpo *fuese encontrado* limpio. ¡En tanto, la barba, en seguida!

En contradicción con su primer deseo, las manos se sentían ahora puestas al servicio de la voluntad enemiga para un acto que, de normal y acostumbrado que era, se convertía ahora en una empresa oscura, decisiva y casi solemne.

Sobre la cómoda estaba la brocha, la cajita de la pasta de jabón, la navaja... Pero hacía

falta primero verter el agua en la palangana, tomar el peinador... No sabían ya con precisión las manos qué es lo primero que había que hacer. Primero, el peinador, sí...

En el redondo espejito giratorio, traído antes sobre el mármol de la cómoda, aparecía, entre los pliegues del blanco peinador, la hispida faz... ¡Dios, qué descompuesta! Casi reducida toda a los ojos atónitos y crueles: irreconocibles... Y entonces, las manos, espantadas de aquellos ojos, alargaban los dedos, temblorosos, a la brocha; destapaban la cajita de la pasta de jabón; cogían de ella una dedada; la introducían entre los pelos de la brocha mojada; comenzaban a enjabonar los carrillos, la barbilla, la garganta...

Gozaban otras veces los ojos y las orejas en ver y en oír el burbujeo y el temblor de la espuma fresca, blanquísima, creciente, blanda, en copos de algodón sobre los carrillos, sobre la barbilla; y los dedos se complacían de aquel goce de los ojos y de las orejas, y se recreaban en prolongar aquel aumento ampuloso de la enjabonadura, con burbujas cada vez más hinchadas y densas.

Pero ahora, no. Ahora temblaban; y las yemas habían casi perdido el tacto. Temblaban al armarse de navaja, tan poco seguras como estaban de sí; guiadas, como serían dentro de poco, por aquellos ojos espantosos.

El pecho jadeaba; el corazón mismo, que

también sufría en sí y era la causa de todo, latía ahora tumultuosamente; sólo un sutil hilo de aire entraba, casi silbando, agudo, por una de las ventanas de la nariz, dilatada. Las manos abrían la navaja.

Por fortuna, el cuerpo, acercándose a la cómoda, advirtió, de pronto, sobre la boca del estómago, una presión dolorosa. Era el manojito de llaves que quedó colgado allí en la cerradura del primer cajón.

La mano derecha, entonces, casi por propia iniciativa, o mejor, obedeciendo a un instintivo movimiento de espanto hacia el arma vulgarísima antes empuñada, dejó la navaja sobre el mármol de la cómoda y, en vez de sacar de la cerradura las incómodas llaves, tiró un poco del cajón, sacó el revólver y lo puso sobre la piedra de mármol, distante.

Era esto como llegar a un acuerdo con la voluntad enemiga. Poniendo el revólver sobre la cómoda, la mano decía a aquella voluntad:

—Aquí lo tienes; para tí es. ¿No has dicho con éste? ¡Y déjame en paz afeitarme la barba!

El jadeo del pecho cesaba. La mano, sin temblar ya, volvía a tomar, airosa y casi alegre, la brocha, para volver a rehacer aquella espuma, que se había chafado y enfriado sobre los pelos.

Alejado el peligro, normalizada la respiración, los dedos trabajaban con deleite, en unión de la brocha, para hacer crecer de

nuevo la enjabonadura; después, con la mayor seguridad, volvían a tomar la navaja, la pasaban sobre el carrillo derecho con todo primor; sobre el izquierdo; y por último, sin sombra de excitación, sobre el cuello, volviendo como antes a complacerse en el goce que los oídos experimentaban con el ruido de la navaja, al rascar en la piel.

Los ojos, poco a poco, habían perdido la expresión feroz, pero estaban ahora, de súbito, velados de un enorme cansancio, tras el cual la mirada extraviada expresaba una bondad piadosa, casi infantil, lejana. Se cerraban por sí aquellos ojos de niño. Y el cansancio repentinamente invadía, entorpecía todos los miembros. La voluntad, no obstante, tenía un último impulso siniestro, y antes que el cuerpo, tan de improviso privado de fuerzas, tambaleante, se arrastrase hasta la poltrona al pie de la cama, imponía a la mano que cogiera consigo el revólver para colocarlo allí al lado del lecho mismo, junto a la poltrona, como diciendo que concedía, sí, al cuerpo un poco de reposo, pero que, entre tanto, no olvidaba el pacto.

El último vislumbre del día palidecía triste, húmedo, en la ventana; la sombra, y paso a paso la oscuridad, las tinieblas, entraban en la alcoba, y el rectángulo de la ventana deliraba ahora menos negro, próximo y lejanísimo,

punteado de un infinito hormiguero de estrellas...

El cuerpo, todo el cuerpo dormía ahora con la cabeza apoyada en los pies del lecho, un brazo extendido hacia el pequeño revólver.

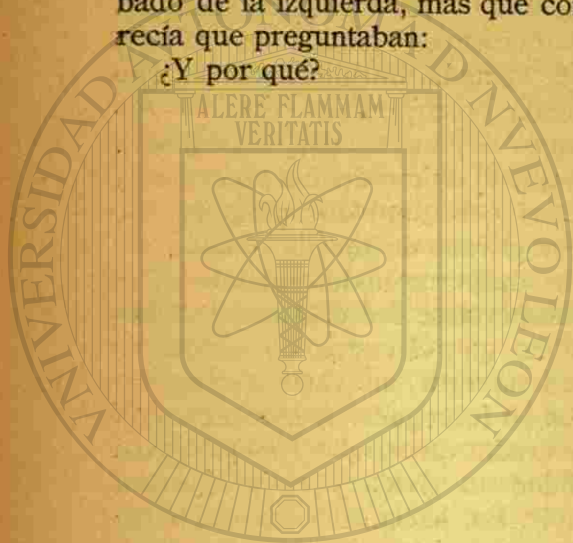
Sin advertir el frío de la noche, que entraba por la abierta ventana, durmió aquel cuerpo en la incómoda postura hasta que el vislumbre primero del nuevo día, más lívido, más húmedo que el último del día precedente, disolvió apenas con zumbido imperceptible las sombras en el vano de aquella ventana.

Mas no se despertaron los miembros: el primero en despertarse fué el corazón, roído de un tormento que el cuerpo no sabía. Se despertó para advertir un vacío espantoso, suspendido en su lobreguez, y una impresión de aspereza cruda, atroz, que emanaba casi de una realidad no vivida y en la que era imposible vivir. Ea, hacía falta aprovecharse de este único momento, en que el cuerpo indolente estaba todavía invadido de la pereza del sueño. ¡Sí, sí, ea, la voluntad podía caer a plomo en aquella mano todavía inerte sobre el lecho, hacerle empuñar el revólver...! ¡Súbito! Sacado de la funda, así, un segundo en la boca, sí, aquí, aquí... con los ojos cerrados... así... —¡ah, qué gatillo, qué duro!... ¡¡¡arriba, fuera... e... a... sí!!!

En el cuerpo pesantemente caído boca abajo, después del golpe que hace retumbar

el suelo, los dedos de las manos, cediendo al esfuerzo violento con que se habían cerrado, y volviendo a abrirse, ya muertos, lentísimamente por sí mismos, con aquel meñique jorobado de la izquierda, más que con todos, parecía que preguntaban:

¿Y por qué?



UN RETRATO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

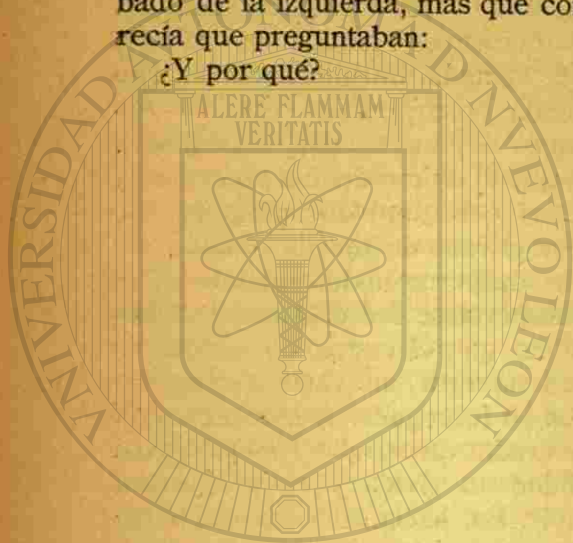
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA ALFONSO REYES
UNIVERSITARIA

el suelo, los dedos de las manos, cediendo al esfuerzo violento con que se habían cerrado, y volviendo a abrirse, ya muertos, lentísimamente por sí mismos, con aquel meñique jorobado de la izquierda, más que con todos, parecía que preguntaban:

¿Y por qué?



UN RETRATO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA ALFONSO REYES
UNIVERSITARIA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO TECNOLÓGICO

—¿Esteban Conti?

—Sí, señor... Pase, siéntese.

Y la criadita me introdujo en un elegante gabinete.

¡Ah!, qué efecto tan curioso, aquella palabra «señor» dirigida a mí desde el umbral de la casa de aquel amigo mío de la primera juventud, es decir, de cuando éramos simplemente *el Nuccio*, yo *Naccio*, porque (1) (Esteban los dos) él era delgado, yo grueso. Soy un señor, ahora; calvo, además. Y Esteban Conti (no sabía entonces si calvo como yo) debía ser, él también, un señor respetable de treinta y cinco o treinta y seis años.

En aquel gabinete, mantenido en una húmeda penumbra, en la cual se había hecho ya

(1) *Estebancete* y *Estebancito* serían la traducción familiar, con que el autor nombra a estos personajes.

crónico el olor que anida en los lugares por largo tiempo privados de aire y luz, permanecí en pie mirando con sentimiento indefinible de pena y de fastidio los mueblecitos nuevos, lindos, colocados alrededor, pero como para no servir, y tristes de estar abandonados allí sin uso y sin vida, excluidos de la intimidad de la casa.

No estaban ciertamente esperando nunca a nadie aquellos muebles, en aquel gabinete apartado y siempre cerrado. Y el sentimiento de pena, con el que los miraba, me los hacía ver como atontados de verme entre ellos; no hostiles a mí, pero tampoco atractivos.

Habituado de mucho tiempo acá a los antiguos muebles de las casas de campo, cómodos, macizos y confidenciales, que han adquirido de la larga costumbre y de todos los recuerdos de una vida plácida y sana, casi un alma patriarcal que les hace ser amados, aquellos muebles nuevos no me parecían verdaderamente hechos para atraerse la confianza y la intimidad. Delicados, rígidos, estaban allí como oprimidos por todas las reglas de la buena sociedad, y se comprendía que no hubieran sufrido poco, ni hubieran dejado de ofenderse seriamente, por cualquiera trasgresión, aunque mínima, de aquellas reglas.

—¡Ah, viva mi tosco sofá de yute—pensaba yo—, amplio y capaz, que conoce mis sabrosos sueños de las siestas largas del verano, y no se

ofende del contacto de mis zapatones enlodados ni de la ceniza que cae de mi vieja pipa!

Pero al levantar los ojos hacia una pared, de improviso, con estupor mezclado a extraña turbación, me pareció descubrir en un retrato al óleo, que representaba un jovencito de dieciséis a diecisiete años, el mismo desagrado y la misma pena que yo sentía, aunque mucho más intensos, casi angustiosos.

Me quedé mirándolo, como si cogido en delito de traición, en silencio y sin darme cuenta, mientras yo hacía aquellas consideraciones sobre los muebles del gabinete, él hubiera abierto en la pared una ventana encuadrada en el marco del retrato y se hubiera asomado a espiarme desde allí.

—¡Eh, sí; usted tiene razón; eso es muy cierto, *señor!*—se apresuraron a decirme, no obstante, para librarme de mi apuro, los ojos de aquel jovencito—. ¡Nosotros estamos aquí tristes, muy tristes de vernos abandonados, tan solos, sin vida, en este cuartito privado de aire y de luz, excluidos para siempre de la intimidad de la casa!

¿Quién era aquel jovencito? ¿Cómo, de dónde había venido a aquel gabinete este retrato? ¿Estaba acaso antes en el antiguo salón de los antepasados de Esteban Conti, allá en la casa a donde iba yo, tantos y tantos años hace, a reunirme con mi amigo? Quizás. En aquel salón no entré yo nunca, porque Esteban me recibía

en su cuarto de estudio o en el comedor. Pero, ¿a quién representaba el retrato?

El retrato parecía de una antigüedad de treinta años, poco más o menos.

Pero, misteriosamente, y sin embargo, de un modo indudable, la vista de aquella imagen excluía que estos treinta años, desde el día en que había sido fijada en el lienzo por el pintor, hubiesen sido de algún modo de vida para ella.

Debía haberse detenido allí aquel jovencito en los umbrales de la vida. Y tenía en los ojos, extrañamente abiertos, atentos y como perdidos en una desesperada tristeza, la renuncia del que se queda atrás en una marcha de guerra, extenuado, abandonado sin socorro en tierra enemiga, y mira a los otros seguir adelante y cada vez más lejos, llevándose con ellos todo rumor de vida, tanto, que pronto en el silencio, que se le va acercando en torno, él sentirá cierta e inminente la muerte.

Ningún hombre de cuarenta y seis o cuarenta y siete años, de seguro, podría nunca abrir aquella puerta del gabinete para decir, señalando en la pared el retrato:

—Ese era yo, cuando tenía dieciseis años.

Era, sin duda, el retrato de un joven muerto, y lo demostraba claramente también el puesto que ocupaba en el gabinete, como en señal de recuerdo, aunque no muy venerado, por estar allí abandonado entre aquellos muebles nuevos, fuera de toda intimidad de la

casa: puesto, en verdad, más de consideración que de afecto.

Yo sabía que Esteban Conti no tenía ni había tenido hermanos; ni, por lo demás, aquella imagen tenía ningún rasgo característico de la familia de mi amigo, ni tampoco una sombra de semejanza con Esteban, ni con las dos hermanas de éste, casadas desde hacía mucho tiempo. La fecha del retrato, además, y la que se deducía de la indumentaria no podía hacer pensar que fuera el de algún antiguo pariente de la madre o del padre, muerto en lejana adolescencia.

Experimenté, cuando de allí a poco Esteban se presentó y, después de las primeras exclamaciones al volvernó a ver tan cambiados uno y otro, nos pusimos a evocar nuestros recuerdos; experimenté, digo, al alzar los ojos de nuevo a aquel retrato y al preguntar a mi amigo noticias de él, el extraño sentimiento de haber cometido casi una violencia, de la que debiera avergonzarme, una profanación, o más bien, una traición, que debía remorderme, tanto más por cuanto me aprovechaba de que nadie podía echármelo en cara, sino la misma conciencia mía, a la que precisamente repugnaba. Me pareció que el jovencito allí retratado, con la desesperada tristeza de los ojos me dijese, herido:—¿Por qué preguntas por mí? ¿Yo te he confiado que siento la misma pena que tú, al entrar aquí, has sentido? ¿Por

qué te sales ahora de esta cuestión y pides a otro noticias mías, que yo—muda imagen tan sólo—no puedo rectificar ni desmentir?

—¡Ah!—exclamó Esteban Conti, a mi primera demanda, torciendo la cabeza y levantando un brazo, como para defenderse de la vista de aquel retrato—. ¡Por caridad, no me hables de él! Yo no puedo ni aún mirarlo...

—Perdóname; no creía...—baluceé.

—¡No!, no imagines nada malo—se apresuró a añadir Esteban—. El daño que me hace la vista de este retrato es tan difícil de explicar... Si supieras...

—¿Es un pariente tuyo?—me arriesgué a preguntar.

—¿Parientes?—repitió Esteban Conti, refugiándose entre sus hombros, más acaso para esquivar un contacto ideal que le producía repugnancia, que por no saber cómo decirlo—. Era... era un hijo de la mamá...

Tan afligido asombro y tal embarazo se me pintaron en la cara, que Esteban Conti, enrojándose súbitamente, exclamó:

—¡Ilegítimo, no; te ruego que lo creas! ¡Mi madre fué una santa!

—Pues entonces, llámale tu hermanastro—le grité casi con ira.

—Lo acercas demasiado a mí con esa palabra y me haces daño—respondió Esteban contrayendo la faz dolorosamente—. Mira, te diré; me forzaré a explicarte una difícilísima

complicación de sentimientos, que ha producido además, como ves, este efecto de que tenga yo ahí, como castigado ese retrato, cuya vista me descompone todavía... ¡después de pasados tantos años! Has de saber que yo tuve envenenada del modo más cruel mi infancia por culpa de este muchacho, muerto a los dieciseis años. Envenenada mi infancia en el amor más santo: el de la madre.

Vas a comprenderlo.

Vivíamos entonces en el campo, donde yo nací y estuve hasta los diez años, esto es, hasta que mi padre, desgraciadísimo, tuvo que abandonar la empresa de la Mandrana, que después a otros ha proporcionado honores y riqueza.

Vivíamos allí solos, como desterrados del mundo.

Pero este destierro lo comprendo ahora: entonces no me daba cuenta de él, porque no me imaginaba tampoco que lejos de aquella tierra, de aquella casa solitaria donde yo había nacido y crecía, al otro lado de las colinas que surgían grises y tristes en el horizonte, hubiese otro mundo. Todo mi mundo estaba allí, no había para mí otra vida fuera de aquélla de mi casa, es decir, fuera de mi padre, de mi madre, de mis dos hermanas y de las personas de nuestro servicio.

Yo estoy por experiencia con aquellos que

estiman funesto consejo dejar a los niños en la ignorancia de tantas cosas que, descubiertas al fin de modo imprevisto, trastornan el alma y la dañan irreparablemente. Estoy convencido de que no hay otra realidad fuera de las ilusiones que el sentimiento nos crea. Si un sentimiento cambia de improviso, se derrumba la ilusión y con ella la realidad en que vivíamos, y entonces nos vemos de súbito perdidos en el vacío.

Esto me ocurrió a mí a los siete años, por el cambio imprevisto de un sentimiento que, en aquella edad, lo es todo: el sentimiento, repito, del amor materno.

Ninguna madre, creo yo, fué tan por completo de sus hijos como lo fué la mía. Ni yo ni mis hermanas ciertamente, al verla desde la mañana a la noche a nuestro lado, toda dentro de la vida nuestra, en las largas ausencias de mi padre, nos podíamos imaginar que ella tuviese una vida por sí fuera de la nuestra. Iba, es verdad, de cuando en cuando, una vez cada dos o tres meses, a la ciudad con mi padre durante todo un día; pero creíamos que no se alejaba del todo de nosotros con aquellas idas, que nos parecían tener por objeto la renovación de las provisiones en la casa de campo. Antes, muchas veces teníamos la ilusión de haberla enviado nosotros a la ciudad por aquellos regalos y juguetes que nos traía a la vuelta. Volvía algunas veces

pálida como una muerta y con los ojos hinchados y rojos; pero aquella palidez, según nos advertían, estaba explicada por el cansancio del largo trayecto en cabriolé, y en cuanto a los ojos, ¿cómo era posible que hubieran llorado? Estaban así rojos e hinchados por el polvo de la carretera.

Sólo que una noche vimos volver a la quinta a nuestro padre, hosco, y sin ella.

—¿Y la mamá?

Nos miró con ojos casi feroces. ¿La mamá? Se había quedado en la ciudad, porque... porque se había sentido indispueta.

Nos dijo así desde un principio.

Se había sentido indispueta; debía quedarse allí por algunos días; nada de gravedad, pero tenía necesidad de curas que en el campo no podía tener.

Nos produjo la noticia un espanto tal, que mi padre, en lugar de tranquilizarnos, nos maltrató ásperamente, con una ira, que no sólo aumentó nuestro espanto, sino que nos ofendió y nos hirió como una cruelísima injusticia.

¿No debía comprender que era natural recibiésemos con espanto aquella inesperada noticia?

Pero la ira injusta y la aspereza no era contra nosotros. Lo comprendimos diez días después, cuando mi madre volvió a la quinta: no venía sola.

Aunque viviera yo cien años, no podría olvidar la llegada de mi madre, en coche, ante el portón de la quinta.

Oyendo desde el fondo de la entrada de árboles el alegre campanilleo de los cascabeles, nos precipitamos abajo, mis hermanas y yo, para recibirla con gran regocijo: pero sobre el umbral del portón fuimos bruscamente detenidos por nuestro padre, desmontado rápidamente del caballo, todo polvoriento y jadeante, para prevenir de cualquier accidente la llegada del vehículo que conducía a la mamá.

¡No sola! ¿Comprendes? A su lado, reclinado en almohadas, todo envuelto en chales de lana, pálido como la cera, con estos ojos atentos y extraviados con que tú lo ves en el retrato, venía con ella este muchacho: ¡hijo suyo! Y ella estaba tan atenta a él, tan completamente de él en aquel momento, consternada tanto de la dificultad de bajarlo en brazos desde el coche sin hacerle daño, ¡que ni aún nos saludaba—a nosotros, sus únicos hijos hasta ayer—, ni aún nos veía!

¿Otro hijo suyo aquél? ¿Nuestra mamá, la mamá toda nuestra hasta ayer, había tenido, aparte de la nuestra, otra vida, fuera de nosotros, otro hijo? ¿Aquél? ¿Y lo amaba como a nosotros, más que a nosotros?

No sé si mis hermanas experimentaron lo que yo, ni en la misma medida. Yo era el más pequeño, tenía apenas siete años. Me sentí

desgarrar las vísceras, el corazón, sofocarme la angustia, ocupármeme el alma de un sentimiento oscuro, confuso, violentísimo, de odio, de celos, de asco, de no sé qué otra cosa, porque todo mi sér se había sublevado y arrebatado ante el espectáculo de aquella cosa inconcebible: ¡qué fuera de mí, mi madre pudiera tener otro hijo, que no era hermano mío, y que pudiese amarlo como a mí, más que a mí!

Sentí que me robaban la madre... No; ¿qué digo? Nadie me la robaba... Era ella, ella, la que cometía ante mí y conmigo una violencia inhumana, como si me robase ella misma la vida que me había dado, separándose de mí, excluyéndose de mi vida para dar el amor, que debía ser todo mío, aquel mismo amor que me daba a mí, a otro, que como yo, tenía derecho a él, el mismo derecho que a él tenía yo.

Todavía grito, ¿lo ves? Vuelvo a sentir, pensando en ello, la misma desesperación atroz, la misma furibunda sobreexcitación de entonces, el odio que no pudo ya nunca aplacarse, aunque después me contaran la historia lastimosa de aquel muchacho, del que mi madre había tenido que separarse cuando contrajo segundas nupcias con mi padre, no por quererlo así mi padre, sino porque mi madre fue obligada a ello por los padres del primer marido, el cual parece que, por graves desavenencias con mi madre, entonces muy joven,

después de cuatro o cinco años de tempestuosa vida conyugal, se había suicidado.

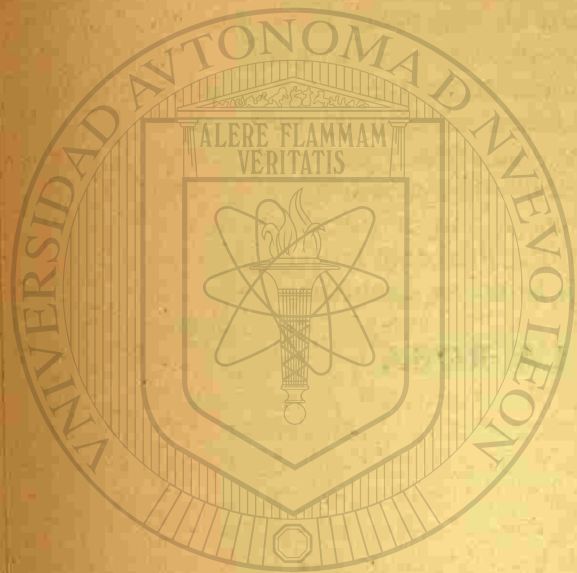
Ahora lo comprenderás tú: las raras veces que mi madre se separaba del campo hacia la ciudad, iba allí a ver a aquel hijo suyo, del cual nosotros nada sabíamos, pues él crecía lejos, en compañía de un hermano y de una hermana del primer marido. Ahora este hermano había muerto; poco después el muchacho había enfermado mortalmente y mi madre acudió a su cabecera, lo había disputado a la muerte, y apenas convaleciente se lo había traído consigo al campo, esperando hacerle recobrar la salud con su amor, con sus cuidados. Fué todo en vano; murió tres o cuatro meses después. Pero sus sufrimientos no lograron nunca suscitar en mí un movimiento de piedad, ni su muerte aplacar mis odios. Yo hubiera querido que curase, lo hubiera preferido; que él permaneciese allí, entre nosotros, para colmar con el odio que su presencia me inspiraba el vacío horrendo que quedó después de su muerte entre mi madre y yo. El verla volver al lado nuestro, después de la muerte de él, como si en adelante ella pudiese ser en absoluto nuestra como antes, fué para mí una injuria todavía mayor, porque me dió a entender que ella no había sentido de ningún modo lo que había sentido yo; y no podía, en efecto, sentirlo porque aquél para ella era un hijo también, como yo lo era.

Acaso ella pensaba: «Pero, ¿yo te amo a tí solo? ¿No amo también a tus hermanas?» Sin comprender que en el amor que ella tenía a mis hermanas estaba también yo, me sentía también yo, sentía yo que era el mismo amor que ella me tenía a mí: mientras que en el otro, no; en el amor que tenía a aquel otro vástago suyo, ¡no! Allí yo no estaba, allí no podía yo entrar, porque aquel hijo era sólo suyo, y cuando ella era de él y estaba con él, no podía ser mía ni estar conmigo.

Tú lo comprendes: no me ofendía la sustracción de amor que se me hiciera; me ofendía el hecho de que fuera suyo aquel hijo. ¡Esto, esto no sabía tolerarlo! Porque la mamá ahora no me parecía ya mía. No me parecía ya la mamá que había sido antes para mí. Otra mamá... la mamá de aquel muchacho... ¿Podía ser ya la mía de antes?

Desde entonces, créeme, te voy a decir una cosa horrenda... Desde entonces yo no me encontré más en el corazón de mi madre.

He perdido dos veces, yo, a mi madre. Pero, en realidad, no he tenido dos. Esta que se me ha muerto recientemente no era ya mi madre: mi madre verdadera, la madre de la cual se dice que no hay más que una. Mi verdadera madre, mi única madre, se me murió entonces, cuando yo tenía siete años. Y entonces la lloré de verdad: lágrimas de sangre, como no derramaré ya nunca en mi vida,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

I

En la oscuridad densa de la noche invernal el tren caminaba con el paso del que sabe que, por mucho que ande, no ha de llegar a tiempo.

En verdad, la señora Lucieta Nespi, viuda de Lofredi, aun cuando aburrida y cansada del largo viaje en aquel sucio y desquiciado coche de segunda clase, no tenía ninguna prisa de llegar a Péola.

Pensaba... pensaba...

Se sentía transportada en aquel tren, pero con el alma estaba todavía allí, en la lejana casa de Génova, abandonada, cuyas estancias, desocupadas de los lindos muebles casi nuevos aún, mal vendidos, en vez de parecerle más grandes, le habían parecido más pequeñas. ¡Qué contradicción!

Tenía necesidad de verlas grandes, ella, muy grandes y magníficas, aquellas estancias, en su última visita de despedida, después de la evacuación, para poder decir un día, con orgullo, en la miseria a que descendía:

—¡Ah, la casa que tenía yo en Génoval...

Lo diría lo mismo, ciertamente; pero en el fondo del alma, ¡ay!, le había quedado la extraña impresión penosa de aquellas estancias vacías, como las había visto la última vez antes de partir: ¡mezquinas y nada hermosas!

Y pensaba también en las buenas amigas, de las cuales, a lo último, no había ido a despedirse, porque también ellas la habían traicionado, aunque dándose el tono de querer ayudarla a porfía. ¡Oh!, sí, llevándole a casa tantos honestos compradores a los cuales, sin duda, antes habían ponderado la ocasión de poder adquirir por cinco aquello que había costado veinte o treinta...

Así, pensando, la señora Lucieta ya apretaba, ya dilataba los lindos ojitos avispados y, de rato en rato, con un rápido y gracioso movimiento, que le era habitual, levantaba una mano, se pasaba el índice sobre la naricita audaz y suspiraba.

Estaba cansada, verdaderamente. Hubiera querido adormilarse.

Sus dos niñitos, huérfanos, ellos sí, pobres amorcillos, se habían dormido: uno, el mayor, tendido sobre el asiento, bajo una manteleta;

el otro aquí, recogidito, con la cabecita rubia sobre las piernas de ella.

¡Quién sabe si ella también estaría dormida, si hubiese podido apoyar, de cualquier modo, un codo o la cabeza, sin despertar al pequeño, a quien sus piernas servían de almohada!

El asiento de enfrente conservaba las huellas de sus piecitos, que habían encontrado allí un cómodo sostén, antes que hubiera venido a tomar puesto—donde ya habían tantos viajeros—allí mismo, en aquel coche, un hombre como de edad de treinta y cinco años, barbudo, moreno de cara, pero con ojos claros, claros verdosos: dos ojos, grandes también, preocupados y tristes.

La señora Lucieta experimentó de pronto un gran fastidio. El color claro, verdoso, de aquellos grandes ojos extáticos le había infundido—quién sabe por qué—la idea confusa de que el mundo, por dondequiera ella fuese, permanecería siempre extraño a ella, de ahora en adelante, y como lejano, lejanísimo e ignoto, y que ella en él se vería perdida, pidiendo en vano ayuda, entre tantos ojos que se quedarían mirándola como aquéllos, con cierto velo de tristeza, sí, pero en el fondo indiferentes.

Para no verlos tenía desde hacía mucho rato vuelta la cara hacia la ventanilla, aunque de lo de fuera no se viese nada.

Se veía sólo, en alto, suspendido en las tinieblas, el reflejo preciso de la lámpara de aceite del coche, con la roja llamita humeante y vacilante en el cristal cóncavo que la encerraba y el aceite caído, ondeándose.

Parecía propiamente como si hubiera otra lámpara a la parte de fuera, la cual siguiese con pena, en la noche, al tren, para darle al mismo tiempo consuelo y sobresalto.

—La fe...—murmuró al cabo de un rato aquel señor.

La señora Lucieta se volvió, con aire atollonado y con una sombra de sana sonrisa sobre los labios y los ojos errantes.

—¿Qué es lo que dice?

—Aquella luz, que no lo es.

Reavivando la sonrisa y la mirada, la señora Lucieta alzó un dedo para indicar la lámpara del techo del vagón.

—¡Ahí la tiene usted!

Aquel señor aprobó varias veces con la cabeza, lentamente; luego añadió, con sonrisa triste:

—Y bien, como la fe... Encendemos nosotros la luz aquí, en la vida, y la vemos también en la parte de allá, sin pensar que si se apaga ésta, en aquélla no habrá ya luz.

—¡Es usted filósofo!—sonrió entonces la señora Lucieta.

El hombre alzó una mano del puño del bastón y, con un gesto vago, suspiró:

—Soy observador...

El tren se detuvo por un gran espacio frente a un apartadero. No se oía ninguna voz y, cesado el rumor cadencioso de las ruedas, la espera en aquel silencio parecía eterna y espantosa.

—Mazano—murmuró el señor—. Se espera, según costumbre, el cruce.

Al fin, llegó desde lejos, como un lamento, el silbido del tren en retraso.

—Ya está ahí...

En el lamento de aquel tren, que corría en la noche por la misma vía sobre la cual dentro de poco también ella había de pasar, la señora Lucieta oyó por un momento la voz de su destino, que, indudablemente, la quería a ella extraviada en la vida en unión de aquellas dos criaturitas.

Se repuso de su angustia momentánea y preguntó al compañero de viaje:

—¿Nos quedará todavía mucho para Péola?

—¡Bah!—respondió aquél—, más de una hora... ¿Baja usted también en Péola?

—Yo sí. ¡Soy la nueva telegrafista! He ganado las oposiciones. He alcanzado el quinto lugar, ¿sabe? ¡Me han destinado a Péola!

—¡Calle, es verdad!... Sí, sí, la esperábamos ayer por la tarde.

La señora Lucieta se animó toda.

—Pues ya estoy aquí—comenzó a decir; pero de pronto detuvo el impulso para no inte-

rrumpir el sueño de su pequeñín—. Abrió los brazos y, señalándolos con la mirada a los dos, dijo:—Pero mire qué atada estoy—añadió—. Y con ser yo sola... haber tenido que separarme de tantas cosas...

—Usted es la viuda de Lofredi, ¿verdad?

—Sí...

Y la señora Lucietta bajó los ojos.

—Pero, ¿no se ha podido averiguar nada más?—preguntó, después de un breve y grave silencio, aquel señor.

—Nada. Pero, ¡hay quien sabe!—dijo, con un relámpago en los ojos, la señora Lucietta—. El verdadero asesino de Lofredi, créalo usted, no fué el sicario que lo hirió traídoramente por la espalda y desapareció. Han querido insinuar que por motivo de faldas... No; ¿sabe? Venganza. Ha sido una venganza política. Para el tiempo que Lofredi tenía de pensar en mujeres, una sola aun demasiado. Le bastaba conmigo. Figúrese, ¡me cogió de quince años!

Al decir esto, la cara de la señora Lucietta se puso roja, los ojos le brillaron, inquietos, huyeron de acá para allá, y, al fin, miraron al suelo, como antes.

El señor se detuvo un poco a observarla, impresionado del rápido cambio de la excitación imprevista en la imprevista mortificación.

Pero, ¡vaya! ¿Cómo tomar por mucho tiempo en serio aquella excitación y esta mor-

tificación? Aunque mamá de aquellos dos pequeños, ella parecía aún una niña, o mejor, una muñequita; y se había mortificado, quizás, a sí misma al haber con tanta firmeza y de buenas a primeras, sin ninguna razón aparente, asegurado que Lofredi, teniendo por mujer una personita tan fresca y avispada como ella, no había podido pensar nunca en otras mujeres.

Debía estar segura de que nadie, viéndola y sabiendo la clase de hombre que era Lofredi, lo hubiera creído. Y esto, ciertamente, la irritaba, no sólo porque ofendía su amor propio, sino también porque, evidentemente, ella estaba orgullosa, después de la tragedia, de haber sido mujer de aquel hombre y de ser ahora su viudita. Después de la tragedia, únicamente. Vivo Lofredi, ella debía haber tenido con él una gran sujeción y, acaso, recordándolo, la tenía aún; sí, quizás también de esto se enojaba, y ahora hacía esfuerzos para librarse de ella. No podía soportar la sospecha de que Lofredi había podido no hacerle caso, y que había sido para él una muñequita y nada más. Quería ser la heredera única, al menos, de todo el alboroto que la trágica muerte del fiero e impetuoso periodista genovés había levantado, cerca de un año atrás, en toda la prensa diaria de Italia.

Mucho satisfizo a aquel señor haber adivinado de tal modo el ánimo y la índole de ella,

cuando estimulada con breves y astutas preguntas a hablar de sus vicisitudes, obtuvo confirmación de sus propios labios.

Y una gran ternura se apoderó entonces de él por el aire de libertad que se daba aquella alondra, ahora mismo salida del nido, inexperta aún para el vuelo, para las fieras protestas que hacía de su perspicacia y de su gran valor. ¡Ah, qué se habían figurado! Jamás desfallecía su ánimo. De hoy a mañana, arrojada de un estado al otro, entre el horror y el trastorno de la tragedia, no había desperdiciado un momento; había corrido aquí; había corrido allá; había hecho esto y aquello otro; no tanto por ella, no, como por aquellos dos pobrecitos niños..., pero, vaya, sí, un poco también para ella, que a fin de cuentas tenía apenas veinte años. Veinte ya, y no los representaba tampoco... Otro obstáculo, éste, y el más enojoso de todos. Que cada cual, viéndola excitada y desesperada, se echaba a reír, como si ella no tuviese el derecho de excitarse tanto, de desesperarse tanto. ¡Ah, qué rabia! Pero cuanto más se irritaba ella, más los otros se refan. Y, riendo, uno le prometía una cosa, y otro, otra; pero todos hubieran querido acompañar aquella promesa con alguna pequeña caricia, que no se atrevían a hacer, pero que ella leía claramente en los ojos de todos. Se había cansado al fin; y, con tal de salir de eso, héla aquí ya: ¡telegrafista en Péola!

—¡Pobre señora!—suspiró, sonriendo también él, el compañero de viaje.

—¿Pobre, por qué?

—¡Ah...! porque... ya verá usted, no se divertirá mucho en Péola.

Y le dió algunos informes del pueblo y de su vida, si acaso vida se pudiera llamar a aquélla.

Por todas las callejuelas y las plazuelas el aburrimiento, en Péola, era visible y tangible siempre.

—¿Visible? ¿Cómo?

Sí, en una infinita multitud de perros, que dormían desde la mañana a la noche, tendidos a lo largo sobre el empedrado.

No se despertaban, ni aún para rascarse, aquellos perros; o mejor dicho, se rascaban, sin dejar de dormir.

¡Y guay de quien en Péola abriese la boca para bostezar! Tenía que resignarse a tenerla abierta, un gran rato, lo que equivaliese, al menos, a cuatro o cinco bostezos a la vez. El aburrimiento, cuando se le entraba a uno por la boca, no se resolvía a salir fácilmente de ella. Y todo el mundo, en Péola, cuando tenía algo que hacer cerraba los ojos y, suspirando, decía:

—Mañana...

Porque hoy o mañana era lo mismo, es decir, mañana no llegaba nunca.

—Verá usted qué poco hay que hacer en la oficina de telégrafos—concluyó—. Nadie se

sirve nunca de él. ¿Ve usted este tren? Va con el paso de una diligencia. Y todavía la diligencia representaría un progreso para Péola. La vida en Péola va aún en litera.

—¡Dios mío, usted me espanta!—dijo la señora Lucieta.

—No se espante, señora—contestó sonriendo aquel señor—. Ahora le doy una buena noticia: tendremos, dentro de poco, en el Círculo, fiesta y baile...

—¡Ahl...

Y la señora Lucieta lo miró, como asaltada en un relámpago de la sospecha de que aquel señor se quisiera también burlar de ella.

—¿Bailan los perros?—preguntó.

—No: los «ciudadanos» de Péola... Vaya usted allí: se divertirá. Precisamente el Círculo está en la plaza, próximo a la oficina de telégrafos. ¿Ha encontrado usted alojamiento?

La señora Lucieta respondió que sí, que lo había encontrado en la misma casa que antes habitaba el oficial de telégrafos, predecesor suyo. Después preguntó:

—Y usted, perdone... ¿su nombre?

—Silvagni, señora. Fausto Silvagni. Soy el secretario del ayuntamiento.

—¡Oh, casualidad! Mucho gusto.

—¡Bah!

Y Silvagni levantó una mano del puño del bastón con un gesto desconsolado, bañando su faz en una sonrisa amarguísima, que le cu-

brió de intensa melancolía los grandes ojos tristes.

El tren saludó con silbido angustioso la estacionucha de Péola.

—¿Aquí?

II

Tener allí, en su modestísimo pueblecillo (puntito ni siquiera marcado en las cartas geográficas de Italia, pero que todavía, entre aquel amplio cerco de montes azulencos, hendido aquí y allá por brumosos valles ensombrecidos de encinas y de abetos, de alegres castaños), algo era, sí, con su montoncito de techos rojos y sus cuatro campanarios oscuros; algo era, aun cuando hecho mal y pronto, con angostas plazoletas, jorobadas y torcidas, y empinadas callejuelas de empedrado desigual entre casas viejas y mezquinas y casas nuevas un poco mayores, en donde, a la buena de Dios se vivía, pero se vivía; tener allí, en efecto, a la viuda de aquel periodista Lofredi, de cuya trágica muerte, aún envuelta en el misterio, se seguía de vez en cuando escribiendo con renovado ardor en los diarios de la más grande ciudad, marcada—ella sí—en las cartas geográficas de Italia, parecía a los «ciudadanos» de Péola casi un título de gloria.

Porque, vaya, privilegio y era, no común,

poder saber de viva voz por ella tantas cosas que otros en las grandes ciudades no sabían; y, además, tenerla allí entre ellos y sólo para ellos, y poder decir:

—Oye, Lofredi, cuando vivo, estrechabas entre tus brazos esta cosita tan rica que tenemos ahí...

Para los «ciudadanos» de Péola, decíamos. Porque, en cuanto a los perros, hubieran en verdad seguido durmiendo pacíficamente, tendidos por callejuelas y plazoletas del pueblo, sin el menor indicio de aquel privilegio no común, si de pronto (habiéndose extendido la voz de la desagradable impresión que ellos habían hecho y hacían con su perpetuo sueño a la señora Lucieta) la gente, especialmente los mozos, y también los hombres maduros, no se hubieran dedicado a espantarlos, a echarlos de las calles a puntapiés o palmoteando y pateando.

Los pobres animales se levantaban de la tierra importunadísimos, pero más que importunados, acaso, estupefactos; miraban un poco de través, alzando apenas una oreja; después se iban—algunos bailoteando sobre tres patas con la cuarta encogida, lastimada—a tenderse más allá, de donde poco después volvían a ser lanzados. Pero, ¿qué era aquéello?

¿Que qué era aquéello?... Acaso lo hubieran comprendido, si fueran perros un poco más inteligentes y menos embrutecidos por el

sueño. Bastaba, santo Dios, detenerse un poco a mirar a distancia desde la embocadura de la plazoleta en la que a ninguno de ellos le era permitido ya, no tumbarse un solo minuto, sino ni aún cruzar a la carrera. En aquella plazoleta estaba la oficina del telégrafo. Y si fueran listos, si hubieran sido perros un poco más inteligentes, se habrían enterado de que los hombres todos, al pasar por allí, especialmente los mozos, pero también los hombres maduros, parecía que entraban en otra atmósfera más sutil, más vivaz, más luminosa, en una atmósfera, digámoslo así, embriagadora, al pasar por la cual, todos los movimientos de la persona, en especial del cuello y de los brazos, se volvían de pronto más elegantes, más aiosos; y todas las cabezas, vedlas, se erguían, como si por un repentino riego de sangre no encontraran medio de volverse a ajustar dentro del cerco del cuello almidonado, y todas las manos se esforzaban en tirar del chaleco para abajo, o en arreglar la corbata muy bien sobre la pechera de la camisa.

Mas era lo peor que, atravesada la plazoleta, aquella atmósfera embriagadora parecía que se la llevaban adelante, alrededor, consigo, gozosa, alegre, y:

—¡Arre allá!

—¡Fuera de los pies!

—¡Huye de aquí, animalucho!

¡Y hasta pedradas, caramba—no bastaban.

los puntapies—, tiraban ahora también pedradas!

Por fortuna, en ayuda de ellos, se abría de par en par alguna ventana furiosamente, sobre todo allí en la plazoleta del telégrafo, y una cabeza de mujer, con ojos feroces y desorbitados, verde de bilis, entre dos puños rabiosamente extendidos, se asomaba a gritar:

—¿Pero por qué? ¿Pero por qué la habéis tomado, verdugos, contra estos pobres animalitos?

O bien:

—¡Caramba! ¿También usted? ¡Me ha fastidiado el señor notario! ¿Cómo no se avergüenza, y usted perdone? ¡Pero mire qué patada a traición, pobre animal! Aquí, pobrecito, ven aquí, ven aquí... ¡La patita, mirad... le ha estropeado la patita, y él se va con el cigarro en la boca, como si tal cosa no hubiera hecho! ¡Qué vergüenza, un hombre serio!... Aquí, pobrecito, aquí, pobrecito...

En breve, una vivísima simpatía vino a establecerse entre las mujeres feas de Péola y aquellos pobres perros perseguidos de tal manera en todas partes por los hombres, maridos, padres, hermanos, primos, novios y, en fin, por contagio, también todos los mozalbetes.

Aquella atmósfera nueva, aquella atmósfera que sus hombres respiraban desde algunos días y que les ponía los ojos vivos y

chispeantes y el aspecto extraviado, las señoras, un poco más inteligentes que los perros—al menos algunas—lo habían advertido muy pronto. Estaba como difusa sobre los rojos techos enmohecidos y hasta en los resquicios más ocultos del viejo y soñoliento pueblecillo y lo alegraba todo (a los ojos de los hombres, se entiende).

Porque sí. La vida... es angustias, tristezas, tedio... aunque a lo mejor de improviso se ríe... ¡oh, Dios!, así... por nada, se ríe. Si tras días y días de niebla y de lluvia despunta un rayito de sol, ¿no se alegran todos los corazones?, ¿no aspiran todos los pechos un aura de consuelo? Y bien, ¿qué ha pasado? Nada... un rayito de sol; pero la vida se muestra súbitamente otra... el peso del tedio se aligera, los pensamientos más negros se llenan de azul; el que antes no ha querido salir de su casa, se da ahora a la luz... Pero, ¿no aspiráis el buen olor a tierra mojada? ¡Oh, Dios, qué bien se respira!... Frescura de setos, ¿verdad? Y todos los designios para la conquista del porvenir se vuelven fáciles, sencillos, y cada uno se sacude de encima el recuerdo de los golpes más recios, reconociendo que les había dado, vamos, demasiada importancia. ¡Qué demonches, arriba, arriba! ¿Cómo arriba? Sí, sí, es menester echarse para arriba... ¿Los bigotes? ¡Eso es, también los bigotes arriba!

—Rica mía, ¿por qué no te peinas un poco mejor?

Efectos del rayo de sol que ha despuntado inesperadamente en Péola en la plazoleta de la oficina telegráfica. Además de la persecución de los perros, esta pregunta de muchos maridos a sus mujeres:

—¿Por qué no te peinas, hermosa mía, un poquito mejor?

Además, en verdad, desde años y años, en el Círculo, por la calle, en las casas, en paseo, no habían canturreado tanto, sin querer y sin darse cuenta de ello, los «ciudadanos» de Péola.

La señora Lucieta veía y sentía todo esto. La vibración de tantos deseos de ojos ardientes que le seguían en todos sus movimientos y la acariciaban con la mirada voluptuosamente, el calor de simpatía que la envolvía, la embriagaron en breve también a ella.

No hacía falta tanto, porque ya vibraba y hervía por sí aquel cuerpecito esbelto y sano. ¡Qué nerviosa la ponían aquellos ricitos que le caían sobre la frente apenas inclinaba la cabeza para seguir con los ojos la cinta de papel punteado que desenrollaba de la maquina traqueante sobre la mesa del telégrafo! Sacudía la cabeza y casi se estremecía como por un cosquilleo inesperado. ¡Y qué imprevistos sofocos, qué repentinas ansias, que acababan de pronto en una lánguida, triste, graciosísima

risita! ¡Ah!, pero lloraba también, sí, sí, lloraba en ciertos momentos, a hurtadillas, así..., de pronto, sin saber por qué... Unas lágrimas cálidas, abrasadoras, por un oscuro, imprevisto trastorno en la mente, por un extraño orgasmo que le producía un serpenteo de temblores por todo el cuerpo, una impaciencia desesperada... No podía detenerlas, aquellas lágrimas, y suspiraba, suspiraba; pero poco después, de pronto, por una nonada, vedla, se echaba otra vez a refr.

No, vaya: para no pensar en nada, para no andar vagando con la fantasía detrás de toda imagen cómica o peligrosa, para no sorprenderse absorta en ciertas esperanzas inverosímiles, extrañas, el único medio era atender juiciosamente a su oficio: sí, eso es, recogerse, tomar a empeño el tener bien sujeta la atención para que todo procediera allá dentro en perfecta regla, en orden perfecto. Y acordarse, acordarse siempre, siempre, que en casa, entre tanto, confiados a una vieja criada estúpida y grosera, estaban sus dos pobres hijitos huérfanos.

Pero, Dios mío, ¡qué proyecto era éste!... ¡Sacar adelante, por sí sola, con su trabajo, con su sacrificio, aquellos hijitos... ¿y cómo?, así, con tanta miseria, desdichadamente, hoy aquí, mañana allí, vagabunda con ellos, entre tantas dificultades! ¿Y después? Después, cuando hubieran crecido, cuando se hubieran la-

brado una posición para ellos, entonces, ellos acaso de aquel sacrificio de ella, de todas aquellas penas suyas... No, ¡vaya, vaya! ¡Eran todavía tan pequeños!... ¿Por qué imaginar una cosa tan horrible? Estaría ya vieja, ella, entonces; habría pasado de todas maneras su tiempo; y cuando el tiempo ha pasado y se es viejo, aún a las cosas feas y tristes se habitúa uno a presentar buena cara...

¿Quién decía esto? Ella lo decía. Sí, ella, pero no porque verdaderamente le surgiesen espontáneas en el alma estas consideraciones desconsoladoras...

Pasaba todas las mañanas por el telégrafo, y tal vez también al oscurecer, cuando salía del ayuntamiento, el secretario del mismo, aquel señor Silvagni: aquel señor Silvagni, Dios mío, sí, tan bueno con ella, tan noble... ¿Y qué? No, nada: pasaba y se entretenía un momento allí sobre el umbral o frente al postigo... De cosas ajenas hablaba, aunque jocosas, y reía con ella de la caza que se daba a los perros, por ejemplo, y de la defensa que de ellos hacían las mujeres del país. Pero en los ojos de aquel hombre, en aquellos grandes ojos claros, verdosos, preocupados y tristes, que le quedaban largo rato impresos en la memoria después que él seguía adelante, ella leía aquellas consideraciones desconsoladoras. Esto de que pensara en sus hijos, todas las veces, quién sabe por qué, se lo reclamaba él,

angustiosísimo, y aun cuando ni por incidencia se estuviese hablando de ellos.

Tornaba a sollozar la señora Lucieta, a repetir que sus hijos eran todavía tan pequeños... y después de todo, ¿por qué desfallecer? No debía, y no quería. ¡Arriba, arriba, valor! Era joven, ella, por ahora..., muy joven... y por tanto...

—¿Qué dice usted, señor? Pues sí: cuente las palabras del telegrama, y después calcule diez céntimos más. ¿Quiere usted una tabla impresa? ¿No? ¡Ah!, sólo por saberlo... Ya comprendo. Hasta la vista, señor... De nada, no hay de qué...

¡Cuántos entraban a la oficina a importunarla con aquella estúpida palabral Vaya, ¿cómo no reírse? Eran bufos de verdad todos aquellos señores de Péola... ¡Y aquella comisión de señoritos, socios del Círculo de Amigos, con su anciano y bondadoso presidente en medio, que entró en la oficina una mañana, para invitarla a la famosa fiesta y baile anunciados en el tren por el señor Silvagni! ¡Qué escena! ¡Todos con los ojos encendidos en deseos, que por un lado parecían querer comérsela, y por el otro experimentaban un extraño encanto en reparar tan de cerca que ella tenía la naricita así, y así la boca y los ojos y la frente, para no hablar sino de la cabecita tan sólo! Pero los más impertinentes eran los

que se turbaban más. Ninguno sabía cómo comenzar:

—¿Querrá hacernos el honor?... Es costumbre anual, señora... Un poquito de *soirée dansante*... ¡Oh!, pero sin pretensiones, ¿sabe usted? Fiesta en familia... ¡Mas sí, prométalo usted! Es costumbre anual, señora... Pero, vaya, ¿qué han de decir? Que quiere usted verdaderamente honrarnos...

Se retorcan, se estrujaban las manos, se miraban a la boca unos a otros en el acto de decidirse a hablar, mientras el presidente, que era también el alcalde de la localidad, se hincha cada vez más, reventando de cólera. Se había preparado un discurso, él, y no se lo dejaban soltar. Se había pasado también el cosmético con gran cuidado sobre la extendida guedeja de cabellos que le tapaba la calva, y se había calzado guantes color canario e introducido dos dedos, elegantemente, entre los botones del chaleco.

—Es costumbre anual, señora...

La señora Lucieta, confusa, aturdida, aunque con las grandes ganas de reír en el cuerpo, toda ruborosa por aquellas reiteradas invitaciones, que más que de las bocas privadas de elocuencia, le llegaban de los ojos ávidos y ardientes, buscó primero la manera de defenderse... no por nada... mucho honor, mucho placer, pero ¡figúrense!, comprenderían su estado... estaba aún de luto, miren, lo sabían...

y luego, sus dos hijitos... estaba con ellos por la noche solamente... no los veía durante todo el día... tenía la costumbre de acostarlos ella misma... y además tenía tantas cosas a que atender...

—¡Pero vamos, por una sola noche!...— Podía al menos ir después de haberlos acostado...—¿Y no tenía también una criada?... ¡Por una noche!

A uno de los mocitos, en el delirio, se le escapó por último:

—¿El luto? ¡Pero qué tontería!

Le dieron un codazo en un costado, pobre jovencito, y no respiró más.

La señora Lucieta prometió, al fin, que iría, o más bien, que haría todo lo posible por ir; pero después cuando quedó sola...

¿Qué? El anillito, aquel cintillo de oro que Lofredi, al desposarla, le había puesto en el dedo... ¿Era posible? Su manecita era entonces tan suave y fina... manita de mozuela... Y ahora, como los dedos habían engrosado un poco...

Nada, no lo decía por esto; no decía nada la señora Lucieta; cuando quedó sola, absorta en sus pensamientos, se restregaba con los dedos de la otra mano el anular oprimido por aquel anillo, que le hacía daño... bastante daño, por cierto. Tan estrecho le estaba, que no podía sacárselo ya...

III

¿Cómo, por qué de pronto aquella tarde, tan fuera de estación, pudo abrirse en un vaso, sobre el viejo polvoriento macetero de madera dorada, junto a la ventana, aquella magnífica rosa encarnada, que desbordaba su alegre frescura violenta entre las livideces de aquella salita de cuarto amueblado, con su tapicería pardusca, arañada y descolorida de unos muebles antiguos, roñosos del uso y derrenegados?

A otro lado, en la alcoba contigua, la señora Lucieta estaba diciéndose a sí misma que no, que no iría al baile; y mecía—¡aoh!—, sobre sus rodillas a su angelito rubio, vestido de negro—¡aoh!, ¡aoh!—, a aquel pequeñín suyo, tan amado, que quería todas las noches quedarse dormido en los brazos de ella. El otro, el mayor, desnudado por la vieja criada taciturna, se había acostado por sí, con gentil continente, en su camita, y... ¿sí? Sí, sí, ¡qué encanto!, ya dormía. Pero volvía la señora Lucieta a decirse a sí misma que no, que no, que no; y sin embargo, miradla, con la mayor ligereza de mano posible, comenzaba ahora a desnudar a su pequeñín, dormido ya también él, allí en el regazo de ella; quedo, quedito las botitas, una y dos; quedo, quedito los calceti-

nes, uno y dos; y fuera ahora los pantalones junto con los calzoncillos... y ahora, ¡ahl, ahora, vedla, venía lo difícil: sacarle los bracetos de las mangas del jubón con la cazadora: arriba, quedo, quedo, con ayuda de la criada... así no, por este lado... sí, abajo... quedo... quedo, ¡ya está! Y ahora, por esta otra parte...

—No, amor mío... Sí, aquí... aquí... con tu mamáta... y tu mamáta aquí... Deje usted, que yo lo haré. Desdoble usted las mantas, mejor... sí, eso es... Poco a poco...

Pero, ¿por qué, pues, tan despacio? ¿Para qué, si verdaderamente no, no quería ir?

¿Y cómo, vestida así de negro por el luto de aquel marido, cómo ir, ahora, al año apenas de la muerte trágica, a un salón de baile? ¡Sí, es verdad, sí, aquel hombre, la había hecho suya a los quince años, sin darle siquiera tiempo a que se alegrase jugando con las muñecas! La había quitado este hombre las muñecas y en su lugar le había puesto en sus manos aquellos dos niños, para que siguiera con ellos jugando, pero a costa de tantos dolores, y ahora... ahora... ¡Pero sí, Dios mío, sí, perdón... bailar, bailar: tenía unos grandes deseos! ¡Aquella noche quería bailar!

Vuelta de la alcoba a la salita—¡oh, maravilla!—cómo abierta al impulso de su ardiente deseo de alegría, ved aquella rosa, aquella magnífica rosa encarnada, allí, sobre el viejo macetero polvoriento de madera do-

rada. ¿Cómo y por dónde había venido? En tantos días como ella estaba allí no se había ni aún enterado de que junto a la ventana hubiese un macetero de rosas.

¡Qué hermosa era! ¡Cómo refa! ¡Y tan fuera de estación! ¿Era posible que no se hubiese abierto para ella la rosa aquella noche y para aquella fiesta?

A la vista de la flor, tan viva, tan encendida, tan fresca, desapareció todo, como por encanto. Libre de la perplejidad que hasta ahora la había embargado, del horror al espectro del marido, del pensamiento de los hijos, corrió, la arrancó del tallo e instintivamente, presentándose delante del espejo de la consola, se la acercó a la cabeza.

¡Sí, allí! No tenía otro vestido que ponerse. ¡Pues bien: no hacía falta! Llevaría a la fiesta sus veinte años, aquella rosa entre los cabellos y su alegría vestida de negro...

—¡Andando!

IV

Fué la embriaguez, fué el delirio, fué la locura.

A su primera aparición, cuando ya casi todos habían perdido la esperanza de que viniese, las tres melancólicas salas de aquel piso bajo del Círculo, divididas por dos anchas

arcadas, mezquinamente iluminadas por lámparas de petróleo y bujías, pareció que de pronto relumbraban de luces; tantas había encendido su carita casi febril y atormentada por el hervor interno de la sangre, y tan fúlgidamente le centelleaban los ojos, y tan loca de alegría le estallaba aquella rosa de fuego entre los cabellos negros.

Todos los hombres perdieron la cabeza. Irresistiblemente, olvidados de todo freno de conveniencias, de todo miramiento a los celos de las esposas o de las novias, a la envidia de las solteronas, hijas, hermanas y primas, bajo pretexto de que era preciso acoger con complacencia a la forastera, corrieron hacia ella en tumulto, con vivas exclamaciones, a cumplimentarla. Y había de ser, en el acto, porque ya los bailes habían comenzado; y sin darle ni aún tiempo de echar una mirada alrededor, comenzaron a disputársela entre sí. Quince, veinte brazos se le ofrecieron con el codo tendido. Todos aceptables; pero, ¿cuál primero? A uno por vuelta, sí... Bailaría un poco cada vez con cada uno... ¡Ea, fuera, fuera! ¡A bailar! Pero, ¿y la música? ¿Qué hacían aquellos músicos? ¿Se habrían también ellos quedado tontos mirando? ¡Música, música!

Y, al fin, entre aplausos, héla ya bailando la primera danza con el viejo alcalde y presidente del Círculo, en traje de levita.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Qué caderas, mirad!

—Y las faldas... mirad aquellas faldas cómo se abren y descubren los limpios bajos!

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Oh, Dios, la guedeja! ¡La guedeja del cosmético... que se le despegal!

—¡Ahora, basta! ¡Basta ya!

—Qué ¡la lleva a que se siente? Pero, ¡cal! Otros quince, veinte brazos con el codo tendido.

—¡Conmigo! ¡Conmigo! ¡Conmigo!

—¡Basta! ¡Paciencia!

—¡Un momento! ¡Un momento!

—¡Me lo ha concedido a mí!

—¡A mí! ¡A mí!

¡Dios, que indecencia! ¡Dios, qué escándalo!

Por milagro no se separaban a viva fuerza unos a otros. Los rechazados, en espera de que llegase su turno, se decidían a regañadientes a invitar a otra dama de las suyas; algunas, las más feas, aceptaban con enfado; las otras, indignadas, asqueadas, los rechazaban con un:

—¡Muchas gracias! —como escupido a la cara.

Y se cambiaban entre sí con ojos feroces miradas de asco; alguna hacía ademanes violentos de querer ir; invitaba a esta y aquella amiga a que la siguiese: ¡vámonos todas!, ¡vámonos todas! ¡Qué vergüenza! ¡No se había visto nunca cosa semejante!

—¿Verdad que sí? ¿Verdad que sí?

Lo preguntaban algunas casi llorando, otras

temblando de rabia, furibundas, a algunos hombrecillos mezquinos, extenuados, con viejos trajes raídos, de corte antiguo, trajes en conserva, oliendo a pimienta y alcanfor, hombres que, como hojas secas, para no ser atropellados en el torbellino, estaban pegados a las paredes, defendidos entre las honestas sayas de seda, de colores los más chillones, verde, amarillo, rosa, celeste, que herméticamente, con gran consuelo para sus narices y para su conciencia, custodiaban, siempre rodeadas del tufo de las honradas arcas, los ásperos pudores de aquellas rubias gordas, de aquellas morenas apergaminadas.

El calor, poco a poco, en las tres salas se había hecho sofocante. Casi se difundía una niebla de los vapores de bestialidad de todos aquellos hombres, en los que ya hervía el frenesí: bestialidad jadeante, de pavo en celo, sudada, que, en las breves treguas de alucinación, se aprovechaba de aquel sudor para recomponerse, engomarse, pulirse, con ojos extraviados y manos trémulas, sobre la cabeza, sobre las sienes, sobre la nuca, los cabellos mojados y tiesos. Y se rebelaba, desde ahora, aquella bestialidad, con arrogancia inaudita a todo llamamiento de la razón: ¡venía una vez en el año aquella fiesta! ¡En el resto, nada de locuras! ¡Chitón y a su puesto las señoras!

Fresca, ligera, toda comprimida y encerrada en su alegría, que rechazaba risueña y ví-

brante todo contacto brutal, resbalando con escapadas imprevistas, para satisfacerse sola consigo misma, intacta y pura en aquel momento suyo de extravío, ágil llama voluble en medio de aquel negro fuego, de todos aquellos zoquetes congestionados, la señora Lucieta, dominado el vértigo, hecha ella misma vértigo, bailaba, bailaba, sin ver nada ya, sin distinguir ya a nadie; y los arcos de las tres salas, las luces, los muebles, las telas amarillas, verdes, rosa, celestes de las señoras, los trajes negros y las blancas aberturas de las camisas de los hombres, todo le daba ya vueltas alrededor en bandas vertiginosas. Se separaba, de un salto, de los brazos de un bailarín, apenas lo sentía cansado, pesado, jadeante, y rápida se arrojaba en otros brazos, los primeros que se le ponían al paso ofreciéndose, y pronto, pronto, para envolverse de nuevo en aquellas bandas vertiginosas, para hacer girar aún en torno, en frenética confusión, todas aquellas luces y todos aquellos colores.

Sentado en la última sala, en el fondo, pegado a la pared, en un rincón casi en sombra, con las manos sobre el puño del bastón y sobre las manos la barbilla y la espesa barba roja, Fausto Silvagni, cerca ya de dos horas, la seguía con sus ojos grandes, claros, animados de benigna sonrisa. Él sólo comprendía toda la pureza de aquel alegre gozo, y disfrutaba de él como de un raro, divino espectáculo; disfrutaba de él como si aquel danzar inocente fuese un dón, hecho a su ternura hacia ella.

¿Ternura nada más? ¿Todavía sólo ternura? ¿No le vibraba ya demasiado dentro, para ser todavía sólo ternura? ¡Quién sabe!

Desde años y años Fausto Silvagni, con aquellos ojos suyos, tan fijos y tristes, miraba como desde lejos todas las cosas; como ya pasado, lo presente; como remotas sombras evanescentes, los espectáculos cercanos; y así, puros, dentro de sí, sus pensamientos y sus sentimientos.

Fracasada, por adversidad de los sucesos, por gravosas obligaciones mezquinas, la vida de aquel hombre, apagadas en lo mejor de su vida las luces de tantos sueños que conservó encendidas desde niño con el fuego de toda su alma (sueños que ahora no podía volver a traer a su memoria sin daño y sin rubor), él huía de la realidad, en la cual se veía forzado a vivir. Por ella caminaba, si la veía en torno y la tocaba; pero ningún pensamiento suyo, ninguno de sus sentimientos lo graban que se acomodase a ella; y aún se veía a sí mismo como lejano de sí, como perdido en un destierro angustioso.

Pero he aquí que, en este destierro, un sentimiento, por modo súbito, había venido a incorporarse; un sentimiento que él hubiera querido tener distante para no reconocerlo ahora. No hubiera querido reconocerlo, pero

no se atrevía tampoco a rechazarlo; y he aquí que, poco a poco, este sentimiento se enseñoreaba de él, dominador.

¿No era, acaso, un vuelo de sus sueños lejanos, de aquellos sueños cuyo recuerdo era para él injuria y rubor, esta querida locuela, hada vestida de negro, con una rosa de fuego entre los cabellos? ¡Quién sabe! ¿Podían también ser sus mismos sueños, redivivos ahora en esta risueña hada, porque no habiendo él podido alcanzarlos antes bajo otra forma, se le metiesen ahora, vivos y suspirantes, entre los brazos?... ¡Quién sabe! ¿No podía detener esta hada, retenerla y volver para ella y con ella finalmente de su largo apartado destierro angustioso a la realidad? ¿Por qué no? Si él no la detenía, si él no la conservaba, ¡quién sabe a dónde y cómo hubiera ido a acabar aquella pobrecita, revoltosa hada!... Tenía necesidad de ayuda, tenía necesidad de guía y de consejo, desorientada como estaba, en un mundo extraño, y con aquella voluntad de no perderse, pero también, ¡ay!, de gozar... Aquella rosa lo decía, aquella rosa, allí, entre los cabellos...

¡Fausto Silvagni miraba desde hacía un rato, consternado, aquella rosa! No sabía por qué. Le parecía hermosa, pero le temía. La veía sobre aquella cabeza como una llama... ¡Se quemaba tanto aquella cabecita local! ¿Cómo no caía al suelo aquella rosa? Y bien,

¿temblaba por esto? No sabía decirlo y seguía mirándola consternado.

Dentro, entre tanto, bajo, bajito, el corazón le decía temblando:

—«Mañana, mañana o uno de estos días, hablaré... Ahora deja que ella dance de ese modo, como un hada enloquecida...»

Pero, desde ahora la mayor parte de los caballeros se caían a pedazos de cansancio; exhaustos, sin aliento, se declaraban vencidos, y se volvían alrededor, como borrachos, en busca de sus mujeres, que se habían ido a la calle. Sólo seis o siete resistían aún, excitados, y entre ellos, dos ancianos—¿quién lo hubiera creído?—, el viejo alcalde de levita y el notario viudo, ambos en un estado lamentable, con los ojos desorbitados, las caras sudorosas, abrasadas, embadurnadas de tinte, la corbata torcida, la camisa ajada, trágicos en aquel su furor senil: habían sido echados a un lado por la gente joven; y ahora, frenéticos, se rehacían, para caer uno tras otro como fardos sobre los sillones, apenas acabadas dos vueltas.

Llegaba el apretón final, la última danza: el galop de clausura.

Se les vió a los siete alrededor, encima de la señora Lucieta, agresivos, furibundos.

—¡Conmigo! ¡Conmigo! ¡Conmigo!

Se asustó. De repente se le presentó ante los ojos la bestial sobreexcitación de aquellos.

hombres; y ante el pensamiento de que ellos hubieran podido encenderse en deseos a causa de la inocente alegría de ella, experimentó asco, vergüenza. Quiso huír, sustraerse a aquella agresión; pero a su escapada de cerbatilla, el peinado, ya un poco flojo, se le des hizo, y la rosa abajo, a tierra.

Fausto Silvagni se echó encima a mirar, como impulsado del presentimiento vago de un inminente peligro. Pero ya aquellos siete hombres se habían precipitado a recoger la rosa. Logró arrebatársela el viejo alcalde a costa de un tremendo rasguño en la mano.

—¡Hela aquí!—gritó, y corrió a presentársela a la señora Lucieta, retirada al fondo de la segunda sala para arreglar del mejor modo sus cabellos—. ¡Hela aquí...! ¡Pero no, qué gracioso! Ahora usted...—(no tenía ya alientos para hablar el viejo alcalde: la cabeza le bamboleaba)—... Ahora usted debe hacer la elección... ¡¡¡justo!!! debe ofrecerla, aquí, a uno...

—¡Bravo! ¡Bien! ¡Bravísimo!

—A uno... a su elección... ¡Bravísimo!

—¡Veamos! ¡Veamos!

—¿A quién la ofrece? ¡A su elección!

—¡El juicio de París!

—¡Silencio! ¡Veamos a quién la ofrece!

Indecisa, anhelante, con el brazo extendido y la bellísima rosa alta en la mano, la señora Lucieta miró aquellos siete hombres enloque-

cidos, como, volviéndose al sentirse acorralada, mira una res perseguida a sus agresores. Comprendió de súbito que querían a toda costa que ella se comprometiese.

—¿A uno? ¿A mi elección?—gritó de pronto, con un relámpago en los ojos—. Pues, bien, sí..., a uno la ofreceré... Pero, apartaos primero... ¡apartaos todos! No, más... más... eso, así... La ofreceré..., la ofreceré...

Asaetaba con la mirada ora a uno, ora a otro, como si estuviera dudosa de la elección; y desorientados y embobados, con las manos extendidas y en las caras, brutales y extraviadas, un gesto de súplica ridícula, aquellos siete pendían de la carita de ella, fulgurante ya de malicia, hasta que ella, de un bote, escapando entre los dos últimos a un descuido de ellos, tomó carrera hacia la primera sala. Había encontrado la salvación: ofrecer la rosa a uno de aquellos que se habían estado toda la velada quietos, mirando, sentados junto a la pared; a uno, cualquiera que fuese, el primero que llegase en dirección de la perseguida.

—¡Ya está aquí! La ofrezco aquí, a...

Se encontró delante de los grandes ojos claros de Fausto Silvagni. Palideció de repente; se quedó un momento como impedida, confusa, temblorosa, a la vista del semblante de él, palidísimo, descompuesto; se le escapó un grito ahogado: «¡Oh, Dios!...»; pero se repuso inmediatamente.

—Sí, por caridad... ¡Tómela, a usted, cójala pronto, señor Silvagni!

Fausto Silvagni cogió la rosa y se volvió, con sonrisa vaga, triste, a mirar a aquellos siete, que se habían precipitado junto a ella gritando, como obsesos:

—No, ¿qué tiene él que ver a aquí? ¿Cómo, a él? ¡A uno de nosotros! ¡Debía de ofrecerla a uno de nosotros! ¿A qué se mete él?

—¡No es verdad!—protestó la señora Lucietta, golpeando fieramente con un pie—. ¡Se ha dicho a uno, y basta! ¡Y yo la he ofrecido aquí, al señor Silvagni!

—¡Pero esta es una declaración de amor linda y buena!—gritaron entonces aquéllos.

—¿Por qué?—replicó la señora Lucietta, con la cara abrasada de indignación—. ¡Ah, señores míos! ¡Hubiera sido una declaración si la hubiera ofrecido a uno de ustedes! Pero, la he ofrecido aquí, al señor Silvagni, que no se ha movido en toda la velada, y que, además, no puede creerlo, ¿es verdad?, ¡no puede creerlo! ¡Y no pueden creerlo ninguno de ustedes!

—¡Pues sí, pues sí que lo creemos! ¡Lo creemos, por el contrario, muy mucho! ¡Lo creemos mucho más!—protestaron a coro los caballeros—. ¿Cómo no? ¿Por qué no? ¡Y precisamente a él! ¡Oh, oh, precisamente a él!

La señora Lucietta se sintió toda agitada por un despecho feroz. Ya aquello no era una chanza; la malignidad brotaba de aquellos

ojos, de aquellas bocas; estaba clara en sus guiños, en sus gruñidos la alusión a las visitas de Silvagni al telégrafo, a la bondad que él le había demostrado desde su llegada. Y aquella palidez, en tanto, aquella turbación de él, daban pábulo a las sospechas malignas. Pero, ¿cómo? ¿Era posible? Aquella palidez, aquella turbación... ¿Podía, acaso, creer también él que ella?... ¡No, no era posible! Pero, ¿por qué entonces? ¿Acaso porque lo creían los otros? ¡Pero en lugar de palidecer o turbarse de aquel modo, hubiera debido protestar! No protestaba; palidecía cada vez más, y un cruel sufrimiento se le transparentaba cada vez más en los ojos. ¿Por qué? ¿Es que acaso?... ¿Sería posible?

Sintió como un relámpago y un estallido imprevisto la señora Lucietta, a lo que siguió una interna ebullición borrascosa. Pero en aquel momento de angustiosa perplejidad, frente al desafío de aquellos siete impúdicos derrotados, que seguían chillándole en torno con mortificante furia:

—Justo, justo, ¿lo véis? ¡Lo dice ella, pero no lo dice él! ¡No lo dice!

—¿Cómo que no lo dice?—gritó ella, dejando prevalecer, entre la agitación y el choque de tan opuestos sentimientos en ella, el despecho.

Y haciendo frente a Silvagni, agitada de un temblor convulso, mirándole a los ojos, le preguntó:

—¿Puede usted creer en serio que al ofrecerle esta rosa he querido yo hacerle una declaración?

Fausto Silvagni permaneció un momento mirándola con aquella sonrisa triste renovada en sus labios.

¡Pobrecita hada, forzada por el ímpetu bestial de aquellos hombres a salir del círculo mágico de su pura alegría, de aquella inocente embriaguez, en la cual como una locuela se había aturdido! Y he aquí que ahora, a fin de defender del encarnizamiento de brutales apetitos de aquellos hombres la inocencia del don de aquella rosa, la inocencia de aquella su loca alegría de una noche, exigía de él la renuncia a un amor que hubiera durado toda la vida, una respuesta que valiese para ahora y siempre, la respuesta que marchitaría instantáneamente entre sus dedos aquella rosa.

Poniéndose en pie, y mirando con fría firmeza a aquellos hombres en los ojos, dijo:

—No sólo no puedo creerlo yo, sino que puede usted estar segura de que ya nadie lo creerá tampoco, señora. Aquí tiene usted la rosa; yo no puedo hacerlo; tírela usted.

La señora Lucieta cogió con mano no muy firme aquella rosa y la tiró en un rincón.

—Está muy bien, sí... gracias...—dijo con un suspiro, dándose, ya, cuenta de lo que con aquella rosa había tirado para siempre.

CANDELARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

®

—¿Puede usted creer en serio que al ofrecerle esta rosa he querido yo hacerle una declaración?

Fausto Silvagni permaneció un momento mirándola con aquella sonrisa triste renovada en sus labios.

¡Pobrecita hada, forzada por el ímpetu bestial de aquellos hombres a salir del círculo mágico de su pura alegría, de aquella inocente embriaguez, en la cual como una locuela se había aturdido! Y he aquí que ahora, a fin de defender del encarnizamiento de brutales apetitos de aquellos hombres la inocencia del don de aquella rosa, la inocencia de aquella su loca alegría de una noche, exigía de él la renuncia a un amor que hubiera durado toda la vida, una respuesta que valiese para ahora y siempre, la respuesta que marchitaría instantáneamente entre sus dedos aquella rosa.

Poniéndose en pie, y mirando con fría firmeza a aquellos hombres en los ojos, dijo:

—No sólo no puedo creerlo yo, sino que puede usted estar segura de que ya nadie lo creerá tampoco, señora. Aquí tiene usted la rosa; yo no puedo hacerlo; tírela usted.

La señora Lucieta cogió con mano no muy firme aquella rosa y la tiró en un rincón.

—Está muy bien, sí... gracias...—dijo con un suspiro, dándose, ya, cuenta de lo que con aquella rosa había tirado para siempre.

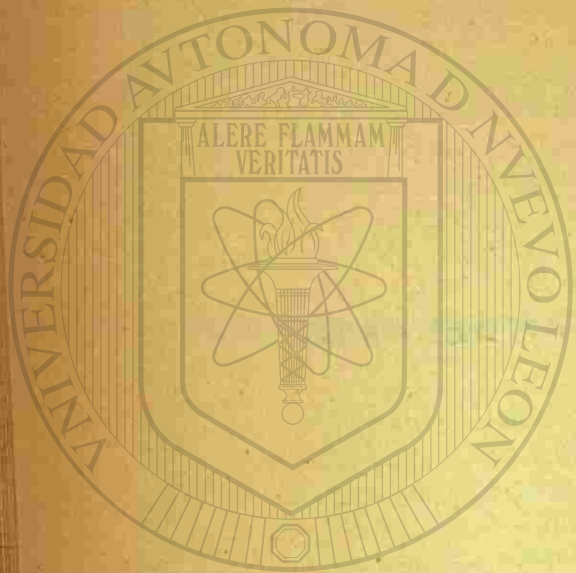
CANDELARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

®



Nane Papa, con las manos regordetas cogidas a las alas del viejo panamá deformado, dice a Candelaria:

—No te conviene. Compréndelo, querida. No te conviene.

Y Candelaria, montada en furia, le grita:

—¿Y qué me conviene entonces? ¿Permanecer aquí, contigo? ¿Reventar de rabia, de asco? ¿Es esto?

Nane Papa, plácido, estropeándose cada vez más el panamá:

—Sí, querida. Pero sin reventar. No vale la pena. Con un poco de paciencia, y basta. Te lo demuestro, querida. Mira. Quico...

—¡Te prohíbo llamarle así!

—¿Y no le llamas así tú?

—¡Precisamente porque le llamo yo así!

—¡Ah!, bien. Creía que te daba gusto. ¿Quie-

res, entonces, que le llame el barón? El barón. Digo que el barón te ama, Candelaria mía, y gasta en tí...

—¡Holgazán! ¡Mala sombra! ¿En mí gasta? ¿Y no gasta bastante más en tí?

—Sí; no me dejas acabar... Gasta en tí y gasta en mí, el barón. Pero, ¿ves? Si gasta bastante más en mí, Candelaria mía, ¿qué significa? Sé razonable. Significa que él da valor a tí únicamente porque tú recibes decoro y lustre de mí. Esto no lo puedes negar. Es evidente.

—¿Lustre?—vuelve a gritar Candelaria, en el colmo de la rabia—. Sí, lustre de esta clase...

Y se levanta las faldas, alza un pie y le enseña los zapatos.

—¡Vergüenza recibo! ¡Vergüenza! ¡Vergüenza!

Nane Papa sonríe y, más plácido que antes, responde:

—No, perdona. ¿Por qué? Vergüenza la mía, si la hay. Soy tu marido. Pero en esto consiste todo, créelo, Loreta. Porque si yo no fuese tu marido, y, sobre todo, si tú no estuvieses desde ahora en adelante conmigo, aquí, bajo el mismo techo hospitalario, donde todos pueden venir impunemente a honrarte con tanto mayor placer, cuanto más es, digámoslo así, el deshonor y vergüenza con que tú me adornas, todo el gusto de ellos, ¿comprendes?, se desvanecería. Tú, Loreta Papa, te convertirías de pronto en una cosita de poco valor

y de mucho riesgo, por lo cual Quico... digo, el barón, no gasta... ¿Qué haces? ¿Lloras? Pero, no, ¡vaya! Si estoy bromeando...

Nane se acerca a Candelaria; extiende una mano; pretende acariciarle la barbilla; pero Loreta se quita las manos de los ojos; agarra el brazo; abre la boca como una fierecilla y clava los dientes en aquel brazo, hondo, muy hondo, muy hondo, sin dejarlo, apretando cada vez más fuerte, rabiosamente, muy hondo.

Encorvado, para conservarle el brazo cómodamente a la altura de la boca, Nane aprieta los dientes también él, pero sonríe, mudo, ante el espasmo que le hace palidecer.

Los ojos se le ponen cada vez más brillantes, más penetrantes.

Después, cuando los dientes de Candelaria se cansan, ¡oh, delicia!, se siente en el brazo como un pequeño horno. ¡Un sello de fuego!

Pero no dice nada.

Tira hacia arriba, poco a poco, de la manga de su chaqueta; la de la camisa no sube con ella. La tela se ha incrustado en la carne viva. La manga blanca está manchada, en su mitad, de rojo. Un rodal ensangrentado; el cerco de los dientes fuertes de Candelaria, todos, uno a uno, allí precisamente impresos.

Borrarlo es un poco difícil.

Al fin, siempre sonriente, y aún palidísimo, Nane sale bien de esto. El brazo es una com-

pasión. En redondo, toda la dentadura, una herida; y dentro, la carne negra.

—¿Ves?—dice Nane, mostrándola.

—¡El corazón, así, te comerá!—ruge Candelaria, toda retrepada en la silla.

—Lo sé—dice Nane—. Y, precisamente, por ese deseo, verás cómo te persuades de no irte de aquí. Quitate el sombrerito, vaya. Un poco de tintura de iodo, te ruego, para quitar el veneno; el algodón fenicado y una venda de gasa. Arriba, en el cajón de mi escribanía, Loreta: el segundo de la derecha. Lo sé, que eres una bestiecita de aquellas que muerden y, precisamente por esto, tengo arriba una provisión de remedios de urgencia.

Candelaria alza el brazo y lo mira: mira al desgair el brazo. Nane Papa, en aquella actitud, la admira.

Es una sin par maravilla de formas y de colores, esta Candelaria: un desafío casi enojoso a sus ojos de pintor que la descubren siempre nueva y diversa, en esta hora meridiana, por ejemplo, aquí, en el jardín de la pequeña quinta, bajo este sol inicuo de Agosto, que se recorta todo de sombras violentas.

Miradla. Ha vuelto esta mañana misma de los baños de mar, con la piel levantada y tostada del sol y de las sales marinas, y está temible, con aquel aire en los ojos castaños claros, con aquel hoyuelo en la barbilla, aquellos cabellos de oro encrespados y aquellos

movimientos de cabra adormecida en el deileite; temible por aquellos brazos desnudos depilados, por aquellas caderas poderosas que parece han de hacer estallar con cualquier movimiento la frágil vestimenta adherente, de finísima tela azul, que le cruje sobre las ardientes carnes.

¡Ah, cuán ridículo es aquel vestido! Lo temible es esto. Candelaria está desnuda; ha vuelto desnuda del mar. Desnuda ha nadado durante la mañana entera; desnuda sobre la playa desierta, se ha tendido y manchado de arena abrasada las sólidas carnes de oro, sintiendo en las plantas de los pies el estallido fresco de las espumas marinas. ¿Cómo puede ya disimularle ahora la desnudez rebosante aquel ligero vestidillo? Puesto por decencia, en realidad la hace aparecer bastante más indecente que si estuviese desnuda.

En medio de su rabia, ella nota la admiración en los ojos de él, e instintivamente tiene una sonrisa de complacencia, que de pronto la exaspera, no obstante. Se convierte en mueca aquella sonrisa; una mueca que de pronto se le rompe en sollozos. Y Candelaria escapa hacia el hotelito.

Nane Papa, casi sin quererlo, contrae la cara con un gesto de picardía, siguiéndola con los ojos; después se mira el brazo herido, que al sol le arde vivo; luego, quién sabe por qué, siente también el que le punza en los ojos el

llanto. Junta los labios y prueba a silbar, pero lo deja de pronto. Es atroz, verdaderamente, en medio de un sofocante mediodía de Agosto, advertir así, en una pausa, la vida que pesa, cargada de vergüenza y de asco, y sentir compasión, mientras se suda, del peso sobre el alma de aquella vergüenza y de aquel asco.

En la tetrágine de todo aquel sol tórrido, agotador, aquí, en el jardín recortado de sombras, tiene la sensación, ahora, Nane Papa (una sensación que le oprime, le aplasta y casi le espanta), de la presencia de tantas cosas inmóviles y como atónitamente suspensas ante él: los árboles, altos, grandes troncos de acacias, la pila, con aquel ruedo de roca artificial y con aquel espejo verde de agua estancada, las sillas.

¿Qué esperan?

Él puede moverse; puede también irse de allí. Pero, ¿por qué? ¡Qué extrañeza! Se siente como mirado por todas aquellas cosas inmóviles, impasibles, de alrededor; y no sólo mirado, sino también como atado a la fascinación hostil que traspira de su atónita inmovilidad y que le hace aparecer inútil, estúpido y hasta bufo aquel poder suyo de irse de allí.

Da muestra de la riqueza del barón Quico aquel jardín. Él, Nane Papa, está allí hace cerca de seis meses, y sólo esta mañana ha experimentado la necesidad irresistible de

poner, riendo, bajo los ojos, a sí mismo, y a Candelaria vuelta del mar, la vergüenza de él y de ella, en toda su desnudez, sin ningún velo.

Riendo. Sí; porque ella, Candelaria, pretendía salir de esta vergüenza, ahora que—al decir de ella—*podían*.

¡Ahora! Porque se venden, se venden bien, ahora, los cuadros de Nane Papa, y el valor de su arte nuevo, personalísimo, se ha impuesto, no porque sea realmente comprendido, sino porque la imbecilidad de los ricos visitantes de las exposiciones de arte ha sido obligada por la crítica a pararse delante de los cuadros de Nane Papa. La crítica, no obstante...

Vamos, una palabra, ¡la crítica! Una palabra que no vive, naturalmente, sino en los calzados de un crítico. Y el crítico al cual Candelaria un día, ya desesperada, quiso, por propia iniciativa, ir a gritar en sus barbas si era justo que un artista como Nane Papa se muriera de hambre, aquel crítico ha querido, sí, con un magistral artículo reclamar la atención de los imbéciles sobre el arte nuevo y personalísimo de Nane Papa, pero ha querido también que este reconocimiento del artista fuese, no digamos pagado, ¡por caridad!, sino graciosamente compensado con la más viva gratitud de Candelaria. Y Candelaria, de pronto, no sólo a aquel crítico, sino a todos los admiradores más fanáticos del arte nuevo del marido, embriagada por la victoria que acaso le parecía que iba a

costar quién sabe cuanto tiempo, y se ha alcanzado de esta manera, ¡Señor, por tan poco!... ha querido mostrarse inmensamente agradecida; especialmente a aquel barón Quico, que—ya lo véis—, ha llegado hasta el extremo de alojar al matrimonio en aquel hotelito suyo, para tener el honor de albergar cerca de él a un portento del arte, a un hijo de la gloria... ¡Y qué trato! ¡Qué regalos! ¡Qué fiestas!

¡Si no le ha costado gran cosa hacer ésto, nada de malo, pobre Candelaria! Le dió miedo la pobreza, eso fué. Ella dice que no; dice que le daba rabia, no miedo; porque aquella pobreza no era la fatiga, no era el envilecimiento; era la injusticia, dado el mérito de él. Esta injusticia es la que ha querido vindicar. ¿Y cómo? Aquí lo tenéis, cómo: el hotelito, el automóvil, la barquilla, oro, piedras preciosas, viajes, vestidos, fiestas... Y él ha experimentado un gran desprecio por sí mismo, que ha quedado, en tanto, tal como se veía, ni triste ni alegre, mal vestido como antes, sin otra alegría que la de sus colores, sin otra voluntad que la de profundizar, profundizar en su arte por la necesidad nunca satisfecha de ir hasta el fondo del mismo, cuanto más al fondo pudiera, hasta el punto de no ver nada de la bufa fantasmagoría de aquella vida que se agitaba a su alrededor.

Acaso, y sin acaso, representa su gloria toda esta bufa fantasmagoría: las alhajas, el

lujo de Loreta, los convites, las fiestas. Su gloria y también, ¿por qué no?, su vergüenza. Pero, ¿qué le importaba a él?

Toda su existencia, todo aquello que de vivo hay en él lo pone, lo da, lo cambia por el gusto de hacer carnosa una hoja de árbol, haciéndose él mismo pasta carnosa, fibras y venas de aquella hoja, o de reproducir aquellos tintes de sombra todavía húmeda de la noche, que va desvaneciendo la primera luz verdosa en un cielo de alba; de retratar rígida y desnuda una roca: que se sienta y viva como tal roca sobre la tela; y esto sólo le importaba.

¿Su vergüenza? ¿Su vida? ¿La vida de los demás? Cosas ajenas, transitorias, de las cuales es inútil preocuparse. Su arte, sólo su arte vive; sólo vive la obra que prepotentemente toma cuerpo de la luz y del tormento de su espíritu.

Si ha sido aquella su suerte, es señal de que no podía ser de otra manera. ¡Le parece ya tan lejana para pensar en ella!

Y así como desde lejos, le ha dicho a Loreta esta mañana que le hubiera complacido—¡eh!, pero sin darle a esto ninguna importancia—, encontrar a su lado en la vida una compañera buena, a la cual la pobreza no hubiese producido toda aquella rabia; una compañera humilde y dulce sobre cuyo seno hubiera él podido reposar; que le hubiese inspirado, con sus sufrimientos, la misma pena intensa y querida

que le inspiraba entonces su arte menospreciado.

Loreta, naturalmente, le ha saltado encima como una gata rabiosa.

Pero, ¿qué hace Candelaria entre tanto? No vuelve abajo con la tintura de iodo, el algodón y la gasa... ¿Si se habrá ido arriba a llorar la pobrecita?

Quiere ser amada, ahora, Loreta. Amada por él. ¡Ahora! Por despecho de la indiferencia de él. ¿No es una loca aquella mujer? Si él la amase de veras, debería matarla. Él necesita de aquella indiferencia como condición imprescindible para soportar la vergüenza que ella a su lado representa para él. ¿Salir de esta vergüenza? ¿Y cómo es posible ya en adelante, si ambos la llevan consigo, dentro y fuera, en torno de ellos? La única solución es ésta: no darle a la cosa importancia, y seguir, él pintando, ella divirtiéndose, con Quico, por ahora, después con otro, y aún con Quico y con otro al mismo tiempo, alegremente... De un modo o de otro pasa uno por la vida y no deja rastro. Reír, entre tanto; reírse de todas las cosas mal nacidas, que permanecen penando en sus formas desgraciadas o estropeadas, hasta que con el tiempo se deshacen en cenizas. Toda cosa, todo objeto, toda vida lleva consigo la pena de su forma, la pena de ser así y de no poder ser de otro modo, hasta que no se deshace en

cenizas. Y precisamente en esto consiste la novedad de su arte, en hacer sentir esta tristeza de las cosas; porque sabe bien que todo jorobado necesita resignarse a llevar su joroba. Y como las formas, son los hechos. Cuando un hecho se ha realizado, es ya lo que es, no cambia ya. Candelaria, haga lo que haga, no podrá ya, por ejemplo, volver a ser pura como cuando era pobre. Si bien pura, acaso, no lo ha sido nunca Candelaria, ni aún de niña. No hubiera podido hacer aquello que ha hecho, y gozar con ello después. Pero, ¿cómo ahora, así de improviso, sentía aquella nostalgia de pureza, de encerrarse con él, apartada, tranquila, modesta, amorosa? ¿Con él, después de cuanto ha sucedido? Como si él, ahora, estuviera ya en condiciones de tomar en serio cualquier cosa, en la vida: y el amor, ¡además!, un amor tan ajado todo, como aquél de ella, con la imagen bufa de Quico y de aquel crítico y de tantos otros que, en torno a ella y a él idílicamente abrazados, se habían puesto a jugar al corro... Pobre Loreta... ¡Vaya!

Pero, ¡caramba!, al sol la sangre se ha coagulado toda e incrustado sobre el mordisco: y la muñeca, y también un poco la mano, se le han hinchado; y entorpecido las venas...

Nane Papa se sacude de sus consideraciones, y se prepara a entrar en el hotelito.

Llama dos veces, primero desde la escalera, después desde el recibimiento:

—¡Candelaria!... ¡Candelaria!...

Nadie responde. Entra en la estancia inmediata al estudio, en donde está su escribanía, y da un salto atrás. Candelaria está allí, tirada por tierra, cuan larga era, boca abajo, con los vestidos en desorden y un muslo al aire. Acude, le levanta la cabeza. ¡Oh, Dios!, ¿qué ha hecho? La boca, la barbilla, el cuello, el seno, están manchados de un amarillo negruzco. Se ha bebido el frasco del iodo.

—¡No es nada! ¡No es nada!—le grita—. Candelaria mía, pero ¿qué locura has hecho? Niñita mía... ¡Pero si no es nada! Te quemará un poco el estómago... ¡Arriba, arriba! No es nada..., no es nada...

Prueba a levantarla, y no lo consigue, porque la pobrecita se ha quedado tiesa en el espasmo. Pero, ¿no la llama pobrecita, él—niñita, niñita...—, porque le parece un poco bufo el hecho de haber bebido la tintura de iodo? Niñita..., le repite, y la llama también locuela suya... Y pretende echar el vestido azul, tan frágil, de gasa, sobre aquel muslo descubierto, que le hace daño, y separa los ojos para no verle la boca, toda tan negra... El vestidillo se desgarró al tirón de su mano convulsa y descubre más el muslo.

Está él solo en el hotel, porque Loreta, al volver aquella mañana de los baños de mar,

y antes de abandonar el hotel, había querido despedir a la servidumbre. Nadie, pues, podía ayudarle a levantarla del suelo; nadie podía correr a llamar un coche, a fin de hacerla transportar a un hospital en busca de socorro urgente. Pero, por fortuna, llega de la calle el son de la bocina del automóvil de Quico, el barón. Y, poco después, Quico aparece, aturdido, con aquella cara afeitada, amarilla, de viejo presumido, sobre el cuerpo juvenil, larguirucho, elegantísimamente vestido.

—¡Oh! ¿Y qué es?

Sin quererlo, adelanta el ojo con el monóculo, para mirar aquel muslo descubierto.

—¡Ayúdame a levantarla, por Dios!—le grita Nane, desesperado de sus inútiles esfuerzos.

Pero, apenas la levantan de la mano, que quedó aplastada bajo el costado, cae a tierra un revólver, y allí, en aquel mismo costado, se descubre una mancha de sangre.

—¡Ah! ¡Ah!—gime entonces Nane, transportándola, en unión de Quico, hacia la alcoba.

No está tiesa por el espasmo, Loreta, sino por la muerte. Nane Papa, como enloquecido, apenas echado el cadáver sobre el lecho, grita a Quico:

—¿Quién ha estado en los baños con vosotros? Dime: ¿quién ha estado en los baños con vosotros este verano?

Quico, asustado, da algunos nombres.

—¡Ah, por Dios!—exclama entonces Nane

Papa, feroz, echándosele encima, aferrándolo por el pecho y sacudiéndolo todo—. Pero, ¿es posible que hayáis de ser todos, todos, tan estúpidos, vosotros, los que tenéis ochavos?

—¿Tan estúpidos? ¿Nosotros?— balbuceó Quico, cada vez más asustado, reculando a cada sacudida.

—¡Pues sí! ¡Pues sí! ¡Pues sí!—sigue vociferando Nane Papa—. ¡Tan estúpidos, que habéis hecho nacer el ansia en esta pobrecita de ser amada por mí! ¿Comprendes? ¡Por mí! ¡Por mí! ¡Amada por mí!

Y rompe en un llanto desesperado, abatiéndose sobre el cadáver de Loreta.

SERVIDUMBRE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA ALFONSO

Papa, feroz, echándosele encima, aferrándolo por el pecho y sacudiéndolo todo—. Pero, ¿es posible que hayáis de ser todos, todos, tan estúpidos, vosotros, los que tenéis ochavos?

—¿Tan estúpidos? ¿Nosotros?— balbuceó Quico, cada vez más asustado, reculando a cada sacudida.

—¡Pues sí! ¡Pues sí! ¡Pues sí!—sigue vociferando Nane Papa—. ¡Tan estúpidos, que habéis hecho nacer el ansia en esta pobrecita de ser amada por mí! ¿Comprendes? ¡Por mí! ¡Por mí! ¡Amada por mí!

Y rompe en un llanto desesperado, abatiéndose sobre el cadáver de Loreta.

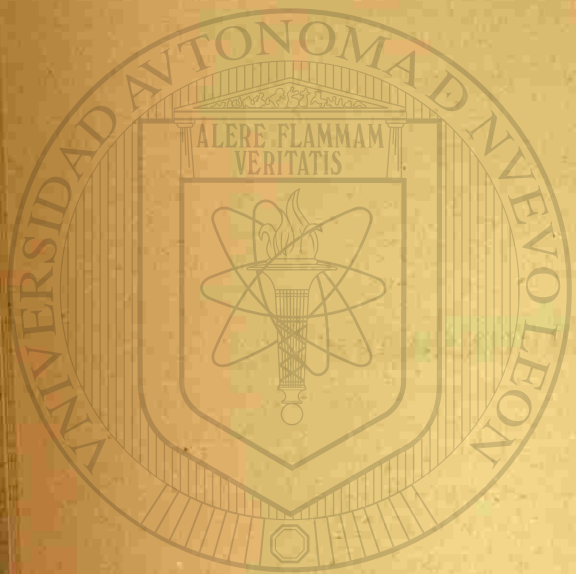
SERVIDUMBRE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA ALFONSO X
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Dos veces la mamaíta había asomado por la puerta la cabeza rubia, sabia obra arquitectónica armada con peines y peinetas, horquillas y horquillitas, para recomendar a Dolly que no hablase demasiado, que no se agitara tanto, porque de otro modo la fiebre le aumentaría.

—Hablas mucho tú... y juegas sola...

Estaba Dolly sostenida en un pila de almohadas, sentada en su camita en compañía de todas sus lindas muñecas. Y dos veces, sacudiendo la cabecita para apartarse de los ojos los ricitos de oro, escapados en el calor del juego de debajo del gorrito de raso celeste, había respondido a su mamá:

—Yo sola, no; también Nené...

Nené era la hija de la nodriza de Dolly (la *baba* de sus primeros balbucesos). ¿No jugaba también Nené?

Hasta ahora, a decir verdad, Nené no había abierto la boca. Por el contrario, las dos veces había mirado casi aterrada a la señora que asomaba la cabeza por la puerta; y el *cric* del picaporte, el chirrido de la puerta al abrirse, la presentación de aquella cabeza, la voz de la mamá de Dolly, habían sido para ella una ruina, un sacudimiento, una confusión. Porque estaba como en un sueño, Nené, desde hacía dos horas, suspensa, casi angustiada, en la duda de si sería o no verdad aquello que alrededor veía y tocaba.

El vestidillo color garbanzo, de dos años de fecha, le segaba el cuello, le segaba las axilas, le oprimía la espalda; la cinta de seda color rosa, un poco desteñida, que le rodeaba la cabeza, se le aflojaba por momentos y cedía al áspero rizarse, hispido y compacto, de los cabellos negros, aún empapados de agua (porque había sido lavada toda con insólito esmero); no sentía nada, no advertía nada, encantada, deslumbrada del lujo de aquella alcobita de niña, nido de pequeña hada, acolchado de raso azul, espumante de encajes, lleno de mueblecitos blancos, barnizados de laca, relucientes. Y suavemente, sin darse cuenta de ello, con la manita gruesa, hinchada y congestionada por aquella manga demasiado corta y estrecha, que le apretaba el brazo como si fuera un salchichón, palpaba la cubierta tan pulida, tan mórbida de la camita, mientras,

toda ojos y con la boquita abierta, seguía la charla continua, voluble, de la amita enferma.

¿Jugar? ¡Muy lejos de ello, pobre Nené! No había abierto la boca, verdaderamente; pero Dolly se hacía cargo de que el juego realmente lo hacía ella, Nené, con su asombro atento y mudo, que daba un alma nueva a aquellas siete muñecas sentadas sobre la camita como damas en visita, y daba a Dolly nuevo placer al hacerlas mover y hablar. Desde hacía mucho tiempo, en efecto, aquellas siete muñecas para Dolly no existían; eran pedazos de madera, cabecitas de cera o de porcelana, ojos de vidrio, cabellos de estopa. Pero ahora volvían a tener alma, un alma nueva, y volvían a vivir una nueva vida maravillosa también para ella, Dolly, como no hubiera nunca imaginado poder darles; un alma, una vida que tomaban su importancia precisamente del asombro de Nené, que era asombro de criadita. Las hacía, por eso, hablar como señoronas del gran mundo, llenas de caprichos y de mohines y, como hablaban, poco más o menos, las amigas de mamá.

Ejemplo: ésta era la condesita Lulú, que guiaba por sí su auto, fumaba dorados cigarrillos y gritaba siempre, agitando en el aire un dedo amenazador:

—¡Moringhi, Moringhi, si te vas, te traigo a la fuerza!

¿Quién era Moringhi? ¿Un mago? ¿Quién

sabe? Quizás un amigo de mamá, él también, un amigo de todas las amigas de mamá; pero el nombre, en aquel grito, se representaba a Nené como el de un mago, porque Dolly decía que era amigo especialmente de aquella otra muñeca, de ésta, mira, de mistress Betsy.

—*All right, thank you!*

¡No, no era broma! Hablaba siempre inglés, mistress Betsy. ¡Con mamá, con todos! Y andaba siempre a caballo—¡hop!, ¡hop!—, pero nada de silla: con las piernas abiertas, así... ¡como los machotes, deshonesto, desvergonzada! Y a menudo caía; y una vez, en la caza del zorro, se había herido en la cara: mira, en la sien, aquí. ¡Oh, le estaba bien merecido, deshonesto americanucha! Enseñaba a todos sus heridas de caballista, en el pecho, en la espalda, aún en las piernas; y cuando apretaba la mano, hacía daño.

—*All right, thank you!*

¿Y esta otra? ¡Ah, esta otra de aquí! ¡Es cosa de morir de risa con ella! Es doña Maruja... Siempre enferma.—«¡Oh, Dios mío; oh, Dios mío!»—«¡Mi pobre cabeza! ¡Mi pobre corazón!»—«¡Moringhi, le ruego sea usted bueno! ¡Moringhi, no me haga daño: ya no tengo fuerzas para reír, Moringhi! ¡Mi pobre cabeza! ¡Mi pobre corazón!»—Pero no un *corazón* así..., con *c...*, sino corazón con *q*, y bien marcada: *qorazón*. Moringhi lo contaba así. ¡Es para reventar de risa, un corazón con *q*!

Nené no comprendía nada.

Podía ser verdad para ella que aquella muñeca fumase y aquella otra montase a caballo. Sí, mira, tenía de veras una señal en la sien. Pero, si tenían hasta sus calzoncillos con encajes y flecos de seda y sus medias de seda con ligas de terciopelo y hebillitas doradas y sus botitas de badana, ¿cómo no iban también a montar a caballo, fumar, hablar con aquel lenguaje incomprensible? Cualquier prodigio podía ser verdad en aquella alcobita; hasta caballos, sí; caballitos verdaderos, caballitos vivos, chicos, chiquitos, podían salir allí de un momento a otro y ponerse a caracolear encima por los campos lejanos, lejanos de aquella colcha azul de terciopelo, montados por aquellas damitas de flotantes velos.

Fascinada por aquella visión, Nené se negaba a creer, o verdaderamente no lograba aún comprender que, cansada por fin del juego, Dolly estuviera ahora para regalarle una de aquellas muñecas y no supiera todavía cuál.

—No, ésta no—decía Dolly—. Ésta tiene el bracito malo y debe quedarse en cama conmigo. Mira... te doy, en su lugar, esta otra, mistress Betsy... Pero no, tampoco... Se te escaparía en seguida, mistress Betsy. ¡Es muy mala! Desvergonzada... Y, además, que habla en inglés: no la comprenderías. Te doy esta otra, entonces. Se llama Mimí. Pero tú debes llamarla siempre señora marquesa. Marquesa

es, ¿sabes? La marquesita Mimí. Exigente... ¡Ah, exigente!, ¡exigente! Necesita encontrar el baño preparado todas las mañanas, y después su desayuno, chocolate con bizcochos, y después... y después... no come nada, ¿sabes? No come nada más que pildoritas de plata... aquéllas que se compran donde las compra mamá, en casa del farmacéutico Baker, frente al Gran Hotel. Te doy a Mimí, sí. Anda, tómala. De veras te la doy, sí... para siempre... Tómala, pues; tómala te digo... Espera, que le dé un beso... Ea, te la puedes llevar...

Nené miraba aturdida y más que nunca suspensa y angustiada. Se había puesto en pie ante la insistencia de Dolly; pero permanecía allí, sin poder alzar la mano, casi a punto de llorar.

Entró en la alcobita la señora, seguida de la *baba*, que había permanecido, después de la crianza de la niña, en aquella casa de los señores. Hasta su misma madre, tan bien vestida, de nodriza, con la cofia en la cabeza y el delantal blanco recamado, al lado de la señora, se le aparecía en aquel momento a Nené como transfigurada en la luz de aquella casa, como difusa en el azul de una maravillosa lejanía.

¿Qué decía la madre de Nené? Decía que no, a Dolly, que no debía darle a su hija la muñeca. No debía dársela, primero de todo, porque es demasiado bella, demasiado bien vestida, y calzada y con los guantes y con

sombrero; figúrense ustedes, una muñeca así, ¡era demasiado fina para Nené! Y luego, ¿qué haría Nené con ella? Nené es amita de casa; debe atender a servir al papá y no tiene tiempo de jugar, porque ¡ay, si el papá no lo encuentra todo listo por la noche!

¿El papá? ¿Qué era eso? Le parecía tan lejano ahora, a Nené, aquel desdichado padre suyo, que volvía a casa siempre borracho y descontento, y por nada le pegaba y la agarraba por los cabellos y le estrellaba encima aquello que le pillaba primero entre las manos, gritándole:

—¡Por qué no te habrás muerto tú, en lugar de él!

Ella, sí, en lugar del hermanito que la madre había dejado de amamantar para ir a ser nodriza. Una vecina se había encargado de criarlo por unas pocas liras al mes; y ella, Nené, debía servirle de madre. Pero el hecho es que el hermanito, un día, estaba muerto, en brazos de ella, muerto; y ella, que no lo sabía, estuvo un gran rato llevándolo así en brazos: frío, frío, blanco, blanco, y callado, y tieso... Desde entonces, el padre se había vuelto malo, tan malo que la mamá no había querido estar más con él y se había quedado a servir en aquella casa, o más bien dicho, a hacerse la señora, como decía el papá y como ahora verdaderamente le parecía también a Nené. Era muy cierto que ahora la mamá hablaba y miraba y

sonreía y gesticulaba como una señora, como la mamá de Dolly, precisamente, y a ella, a Nené, no le parecía ya su madre.

—¡Pero, no, vaya, señorita! ¿Es posible? ¡Ni por sueños! ¿Una muñeca tan bonita a mi pobre Nené?

Mas ya la señora le cogía un bracito, luego le ponía sobre el pecho la muñeca, aquella *marquesita Mimi*, y después, sobre la muñeca, le replegaba el bracito para que la llevase sujeta.

—Torpe; ¿y no se dan las gracias, al menos? Vamos, ¿cómo se dice? ¿Qué se dice?

Nada. No podía decir nada, Nené. Y no osaba ni aún mirar aquella muñeca marquesita sobre su pecho, bajo su brazo.

Se fué a la calle como aturdida, los ojos extraviados, sin mirada, la boquita abierta, los cabellos que se le rebelaban bajo la cinta color de rosa, cuanto más la madre probaba a sujetárselos sobre la cabeza. Bajada la escalera, atravesó muchas calles y volvió al páramo donde vivía con su padre, sin ver nada, sin sentir nada, casi enajenada de todo sentimiento de vida.

Vivía para ella allí, en compensación, sobre su pecho, estrechada por su brazo, aquella muñeca maravillosa; de una vida incomprendible, sin embargo, aquella que ponía turbación en su mente, a través de la charla continua y voluble de la amita enferma. ¡Oh, Dios!

Si aquella muñeca hablase con el lenguaje que le había puesto en la boca Dolly, ¿cómo haría ella para comprenderla?

—¡Moringhi, Moringhi: si te vas, te traigo a la fuerza!

¡Ah! Moringhi, ciertamente, no hubiera venido allí, a aquel páramo, a buscar a la marquesita Mimi, y tampoco ninguna de las amigas vendría. ¿Y los cigarrillos dorados? ¿Y las grajeas de plata perfumadas? ¿Y los caballitos de verdad, los caballitos vivos, chicos y chiquitos?

Ni por soñación se le ocurría que pudiese ella jugar con aquella muñeca. Servirla, sí, ella hubiera podido servirla; pero, ¿cómo, si no sabía ni aún hablarle? ¿Si no comprendía nada de la vida a la que la muñeca estaba acostumbrada?

Al entrar en el tabuco, donde estaba su camastro con una silla de paja desfondada y una banquetta que le había servido de mesita para hacer los palotes y las vocales cuando todavía iba a la escuela, giró los ojos en torno desanimada, avergonzada, no por ella, sino por la damita que llevaba en brazos. Ahora, no se atrevía a mirarla.

Verdaderamente ella se daba cuenta de que la marquesita Mimi tenía los ojos de vidrio y no veía. Pero veía ella, Nené, veía ahora la horrible miseria de aquel mechinal suyo con los ojos de la marquesita Mimi, habituados al

lujo de la alcobita de la cual venía. Hasta que ella no la mirase, la marquesita Mimí, todavía apretada bajo su brazo, no vería nada. Lo hubiera visto todo apenas ella se decidiese a mirarla. Pues bien; era preciso que viera desde el principio lo menos que se pudiera de aquella miseria.

Pensó que en la cajita de sus ropas, debajo del camastro, había un delantalito azul, desechado por Dolly y regalado por la señora al ama seca para ella: había sido lavado y relavado muchas veces; se había desteñido; tenía más de un desgarrón; pero procedía de allí; había sido de Dolly, y acaso la marquesita Mimí lo reconocería.

Sin dejarla en sitio alguno, sin mirarla, Nené se inclina; saca de aquella cajita el delantalillo y lo extiende sobre la banqueta como un tapete, cuidando de que los desgarrones, al menos los mayores, no quedasen a la vista. Vaya, por el momento podía ponerla a descansar allí, sobre la tersura de aquel delantal viejo, pero fino. La puso a descansar quedo, quedo, con manos temblorosas por el miedo de hacerle daño y de arrugarle el vestido; y, finalmente, se atrevió a mirarla. Un sentimiento, mezcla de piedad y adoración, expresaron las manecitas de Nené abiertas sobre el pecho, en un ademán de incertidumbre angustiosa. Y, poco a poco, se hincó de hinojos, mirando en los ojos a la muñeca. ¡Ay, Dios!

la vida maravillosa que Dolly le había hecho vivir en su alcobita, aquí se había como apagado. La muñeca estaba delante de Nené como si no viese nada, en espera de que la niña hiciese algo por ella, algo para volverle a dar vida, su vida perdida de gran señora. Pero, ¿cómo? ¿Qué había de hacer? Le faltaba todo. Dolly le había dicho que sus muñecas estaban acostumbradas a cambiar de vestido muchas veces al día, y que aquella marquesita Mimí tenía muchos trajes, a cuál más bonito: color de rosa, amarillo, violeta, con florecitas, con sombrillitas japonesas... ¿Era posible que ahora estuviese vestida siempre así, siempre con aquel sombrerito en la cabeza, con aquellos zapatitos en los pies, con aquellas pulseritas en las muñecas y aquella cadenita al cuello, de la que pendía el abaniquito? ¡Ah!, qué precioso era aquel abaniquito de plumas, abaniquito de verdad, que hacía un poquito de verdadero viento, poco, poco, el que podía bastar a aquella diminuta marquesita Mimí... ¡Ah!, allí sí, allí sí, en casa de Dolly, con todas las cosas a propósito, la camita de madera blanca, y los otros mueblecitos y la provista canastilla, allí hubiera sido dichosa Nené, sirviendo a aquella muñequita marquesa... Pero, ¿aquí? ¿Cómo no había pensado Dolly que debía haberle dado también, lo menos, lo menos, la camita y un poco de equipo, no para hacer más espléndido y completo el obsequio, sino para que ella,

la muñeca, no tuviera que sufrir y para que Nené tuviera modo de servirla? ¿Cómo podía hacerlo así, sin nada? A lo más, a lo más, con el aliento y con el dedo, o con la punta de un pañuelo, podría dar brillo a los zapatitos de badana. Otra cosa, no.

Casi, casi era mejor volver a casa de Dolly, con la muñeca, y decirle:

—O me das lo necesario para que viva como tiene costumbre, o te la quedas.

¿Quién sabe? Acaso Dolly se lo hubiera dado todo...

Un largo, profundo, profundo suspiro levantó el pecho de Nené, inclinada allí, ante la banquetta. Volvió la cabeza y, por un momento, deslumbrada de nuevo, le pareció ver, en un sucio rincón del mechinal, la alcobita de la marquesa Mimí. ¿Alcobita? Una lujosa alcoba con alfombra azul de terciopelo, allí por tierra, y la camita de madera blanca, adornada con sus colgaduras de seda celeste, y a otro lado el tocador con espejo, las sillitas, el armario de luna; y se vió a sí misma, tan bien vestida como su mamá, toda atenta a servir a aquella amita suya, exigente, tan exigente y caprichosa; a adivinar todos sus deseos, para que no la riñese, pues, en verdad, por mucho que Nené hiciera, la marquesita Mimí, sola allí con ella, aunque rodeada de todas sus comodidades, de todo su lujo, hubiera estado de mal humor, sin más visitas de amigas, ni de Moringhi, ni pa-

seos a caballo. Y, para desahogarse, la hubiera seguramente tratado a baqueta.

—¡Pronto, el baño!

—Sí, en un momentito, señora marquesa...

—¡Pero, es que mi baño debe estar dispuesto apenas me levanto! ¿Qué haces? ¡Dame en seguida mi chocolate y mis bizcochos! ¡Mis ropas, a la carrera!

—¿Qué vestido, señora marquesa? ¿El rosa? ¿El amarillo? ¿El de sombrillitas japonesas?

—¡No; el violeta! ¿No lo sabes ya?

—En seguida, señora marquesa: aquí lo tiene la señora.

Veía, con los ojos cerrados, aquel sueño suyo, allí, en aquel rincón encantado, y hablaba Nené sola, así, desde hacía un rato, fuerte e imperiosa, por boca de la marquesita Mimí, humilde y sumisa, por cuenta propia, como criadita amorosa que excusa los caprichos de la amita tirana; cuando, de pronto, con un calofrío de terror por la médula, vió una manaza tosca, enorme, alargarse sobre su cabeza y arrebatarse la muñeca de sobre la banquetta.

Encogió, Nené, la cabeza; después, palideciendo, arriesgó por encima del hombro, con el rabillo del ojo, una mirada.

Su padre, detrás de ella, con una falsa risa en los labios hispídos, negros, miraba la fina muñeca, frágil en aquella manaza suya, tan tosca, y meneaba la cabeza, repitiendo:

—¿Ah, sí? ¿Ah, sí?

Con el alma oprimida de angustia, le vió levantar la otra mano, aferrar con dos dedos el ala del sombrerito de la muñeca y dar un tirón violento.

Sofocó Nené un gemido largo, involuntario.

Junto con el sombrerito se había desprendido la cabeza. Y aquella cabeza con el sombrerito y aquel busto decapitado, dos despojos horribles, informes, volaron a la calle por la ventanuca de junto al techo, acompañados de una puntapié y de una exclamación rabiosa:

—¡Arriba, en pie! ¡No quiero señoras en mi casa!

POR SU PIE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con el alma oprimida de angustia, le vió levantar la otra mano, aferrar con dos dedos el ala del sombrerito de la muñeca y dar un tirón violento.

Sofocó Nené un gemido largo, involuntario.

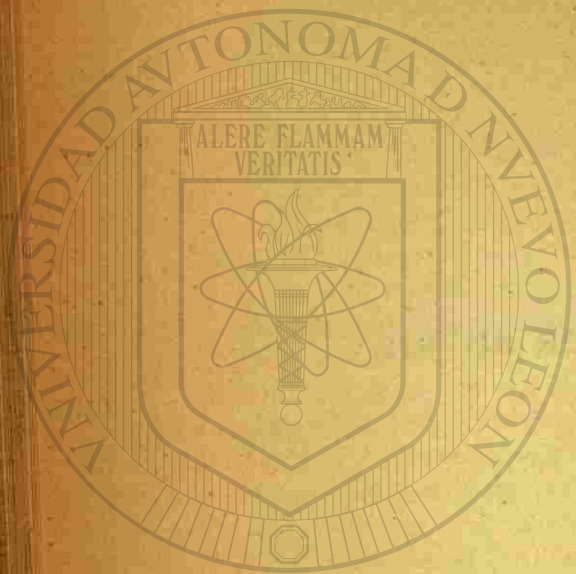
Junto con el sombrerito se había desprendido la cabeza. Y aquella cabeza con el sombrerito y aquel busto decapitado, dos despojos horribles, informes, volaron a la calle por la ventanuca de junto al techo, acompañados de una puntapié y de una exclamación rabiosa:

—¡Arriba, en pie! ¡No quiero señoras en mi casa!

POR SU PIE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Tratándose de él, sus parientes no hubieran encargado ciertamente una carroza de primera clase, con caballos enjaezados y empenachados, cocheros y palafreneros a la Federica. ¡Figúrense ustedes! Pero una de segunda, sí; al menos por el qué dirán.

Doscientas cincuenta liras: precio de tarifa.

La caja, luego, si bien de pino, y no de castaño o de haya, lo que se dice desnuda, desnuda no la habrían de dejar (siempre por el bien parecer). Cubierta de terciopelo rojo, aunque de ínfima calidad, con clavos y asas dorados; por poco, cien liras.

Después: una buena propina al que lo haya lavado y amortajado (precioso servicio); gasto para la papalina de seda y las pantuflas de paño; gasto para los cuatro cirios que hay que encender a los cuatro ángulos de la cámara

mortuoria; propina a los sepultureros que lleven a hombros el féretro hasta la carroza, y luego desde la carroza a la fosa; gasto para una corona de flores, al menos una, santo Dios; dejemos la banda municipal, que se puede prescindir de ella: pero un par de docenas de velas para el acompañamiento de las huerfanitas del *Mendruguito del pobre*, de eso no se puede prescindir, porque las infelices viven de esto, es decir, de las cincuenta liras que se les dan por acompañar a todos los muertos de la ciudad; y quién sabe cuántos otros gastos menudos imposibles de prever.

Todo esto ahorraría a sus parientes Mateo Sinagra, yendo por su pie a matarse, económicamente, al cementerio, frente a la cancela del panteón de su familia. De modo que, con poquísimo gasto, allí mismo, después de la llegada del juez, lo podrían encerrar dentro de cuatro tablas desnudas, sin cepillar siquiera, y bajarlo allí, donde reposaban desde hacía tiempo su padre, su madre, su primera mujer y los dos hijos que había tenido de ella.

Los muertos presentan el aspecto de creer que lo terrible es perder la vida, y que todo con ella se ha acabado. Para ellos, sin duda. Pero no piensan en el horrible estorbo del cuerpo que queda allí tieso sobre el lecho mortuorio uno o dos días, ni en los fastidios y los gastos de los vivos que, además de llorar por ellos alrededor, tienen necesidad de desha-

cerse de ellos. Sabiendo lo que cuesta esta liberación, en un caso como el suyo, esto es, de muerte en buena salud, los señores muertos voluntarios deberían andar algunos pasos hasta el cementerio e ir a presentarse tranquilamente allí por sí mismos.

En efecto, no tenía ya otra cosa en qué pensar Mateo Sinagra. La vida se le había vaciado de pronto como de todo sentido. Casi no recordaba ya con precisión lo que en ella había hecho. Aunque sí, de seguro, él habría también cometido las tonterías de rigor, aunque sin advertirlas, con mucha ligereza y gran facilidad. Sí, porque él había sido aún bastante afortunado hasta hace tres años. Nunca le había resultado nada difícil; ni nunca se había quedado un momento perplejo sobre si debía o no hacer tal cosa, si tomar este o aquel camino. Se había arrojado, con alegre confianza, a todas las empresas; se había encaminado por todas las vías, y había ido siempre adelante, venciendo obstáculos que, acaso para los demás, hubieran sido insuperables.

Hasta hace tres años.

De repente, quién sabe cómo ni por qué, aquella especie de numen que por tantos años le había asistido y empujado antes, activo y seguro, se había como evaporado; aquella alegre confianza se le había como desprendido por una sacudida, y con ella habían venido a tierra también las empresas hasta ahora soste-

nidas con medios y artes de los que ya, de pronto y casi con espanto, no se sabía dar cuenta él mismo.

Todo, así, de un día para otro, se le había cambiado y oscurecido, lo mismo el aspecto de las cosas, que el de los hombres. Se había encontrado, de improviso, a tú con tú, con otro yo que él no conocía en efecto, en otro mundo que se le descubría ahora por primera vez alrededor: duro, obtuso, opaco, inerte.

Al principio se quedó casi con aquel aturdimiento que el silencio provoca en cualesquiera que vive en medio de un estrépito de máquinas, cuando de pronto se quedan paradas. Después había considerado la ruina, no sólo suya, sino también del padre y del hermano de su segunda mujer, que le habían confiado gruesos capitales. Acaso el suegro y el cuñado, aunque sufriendo graves daños, se podrían reponer. Pero la ruina de él, por el contrario, era total.

Se había encerrado en su casa, aplastado no tanto por el peso de la desgracia, cuanto por la conciencia de la irremediabilidad del misterioso estrago sobrevenido de tan fulminante modo en el mecanismo de su vida.

¿Moverse? ¿Y para qué? ¿Para qué salir de casa? Inútil todo acto, todo paso; inútil así mismo hablar.

Silencioso, acurrucado en un rincón, había quedado reducido a presenciar las iras y las

lágrimas de la mujer desesperada, igual que un imbécil. Todo barba y todo cabellos.

Hasta que vino montado en furia el cuñado a echarlo fuera a empellones, después de haberlo hecho esquilarse a viva fuerza.

Había que hacer algo, ganar dos o tres liras al día, colocándose de corredor al servicio de una pequeña casa de banca agraria, que se había fundado por entonces. ¿Qué estaba empujando allí sobre aquella silla? ¡Fuera! ¡Fuera! ¿No bastaba el daño causado hasta ahora? ¿Quería además vivir, con su mujer y sus dos pequeños, a lomos de sus víctimas? ¡Fuera!

Fuera, pues. Salió de su casa durante algunos días. Se había puesto a hacer propaganda por cuenta de aquella pequeña casa de banca agraria. El sombrero despelechado, el traje desteñido, las botas agujereadas, y un aire de tonto que tiraba de espaldas.

Nadie lo reconocía.

—¿Mateo Sinagra, aquél?

No se reconocía ni aún él mismo, a decir verdad. Y aquella mañana, finalmente...

Fué un amigo, un querido amigo del buen tiempo el que le aclaró la situación.

¿Quién era él ya? Nadie. No sólo porque había perdido todo lo suyo; no sólo porque se veía reducido a la miseria, a aquella condición mísera, con el traje desteñido, el sombrero raído y las botas agujereadas. No, no. No era ya verdaderamente nadie, porque no

era ya nada en sí, aparte de la figura (y para eso, ¡tan cambiada, tan imposible de reconocer!), de aquel Mateo Sinagra que había sido hasta hace tres años. En este mísero salido ahora de su casa, ni él se sentía ni los demás lo reconocían. ¿Y entonces? ¿Quién era él? Otro, que además no vivía, que era necesario que aprendiese a vivir una nueva vida, mezquina, aflictiva, de tres liras, a lo más, al día. ¿Y valía esto la pena? Mateo Sinagra, el verdadero Mateo Sinagra había muerto, muerto absolutamente, tres años hacía.

Esto le habían dicho, con la más ingenua crueldad, los ojos de un amigo, encontrado por casualidad aquella mañana.

Vuelto a la patria, después de seis años de ausencia, este amigo no sabía nada de la desgracia de Mateo. Al pasar por la calle, no lo había reconocido.

—¡Mateo!... Pero, ¿cómo? ¿Tú eres Mateo Sinagra?

—Eso dicen...

—Pero, ¿cómo?

Y los ojos, aquellos ojos, se habían quedado mirándole, con tal expresión de extravío y al mismo tiempo de piedad y disgusto, que él, de pronto, se había visto, en estos ojos, muerto, sí, sí, absolutamente muerto, sin una brizna ya en él de aquella vida que Mateo Sinagra había tenido.

Y cuando apenas aquel amigo, no sabiendo

ya encontrar una palabra, una mirada, una sonrisa que devolver a esta sombra, le había vuelto la espalda, había sufrido la impresión extraña de que quedaban todas las cosas, de pronto, lo mismo que si se hubieran vaciado de sentido, de que toda la vida se le había vuelto inútil.

Pero, ¿desde ahora únicamente? No... ¡Por Dios!... Desde hace tres años, eso... Él había muerto, desde hacía tres años bien cumplidos... ¿Y todavía estaba allí, en pie?... ¿Caminaba?... ¿Respiraba?... ¿Miraba?... Pero, ¿cómo?... ¡Si no era ya ni su sombra! ¡Si no era ya nadie! Con aquel traje encima, de hace tres años... Con aquellas botas, de tres años a la fecha, todavía en los pies...

¡Vaya, vaya! ¿No se avergonzaba? ¿Un muerto, aún en pie? ¡A tumbarse, allá, al cementerio!

En la viuda, en los dos huerfanitos, ya pensarían los parientes, una vez desaparecido el estorbo de este muerto.

Mateo Sinagra se tocó en el bolsillo del chaleco el revólver, su fiel compañero de tantos años. Y, sin más, hélo allí, por el camino que conduce al cementerio.

Es una cosa que, en verdad, divierte: es un goce inaudito.

Un muerto, que se va por sí, por sus propios pies, poco a poco, con toda comodidad, a su destino.

Mateo Sinagra sabe perfectamente que es un muerto: un muerto antiguo, además; sí, un muerto de hace tres años, que ha tenido todo ese tiempo para agotar toda clase de lamentaciones por haber perdido la vida.

Ahora está ligero, ligero: ¡una pluma! Se ha vuelto a encontrar a sí mismo y ha entrado en su calidad de sombra de sí mismo. Libre de todo obstáculo, ajeno a toda aflicción, exento de todo peso, cómodamente va a enterrarse.

Y, en efecto: aquel camino que conduce al cementerio, al hacerlo así, de muerto, por última vez, sin retorno, se le representa de un modo nuevo, que lo llena de alegría, de un goce de libertad, que está verdaderamente ya fuera de la vida, más allá de la vida.

Los muertos hacen este camino en carroza, encerrados y soldados en una doble caja de zinc y de nogal. Él camina, respira, puede volver el cuello acá y allá, para mirar todavía.

Y mira con ojos nuevos las cosas que no son ya para él, que para él no tienen ya sentido.

Los árboles... ¡Oh, miral!... ¿Eran así los árboles? ¿Eran éstos? Y aquellos montes de

allá... ¿para qué? Aquellos montes azules, con aquella nube blanca encima... Las nubes... ¡qué cosa tan extraña! Y allá, en el fondo, el mar... ¿Era así? ¿Aquello, el mar?

Y un encanto nuevo tiene el aire, que le entra en los pulmones, una suavidad de frescor en los labios, en las narices... El aire... ¡Ah!, el aire... ¡Qué delicia! Él lo respira... Lo bebe ahora como nunca lo bebió, a la parte de allá, de la vida, como nadie que esté en la vida puede beberlo. Es aire como aire; no respiración para vivir.

Todo ganancia, para este muerto. Nada de esto pueden tener los otros muertos que van por aquel camino en carroza, tiesos, estirados, asfixiados en la oscuridad de una caja; ¡nada de esta infinita, fluida, envolvente delicia! ¡Ni aun los vivos, saben disfrutar de esta delicia así, una vez y para siempre: eternidad viva, presente, vibrante!

Todavía le queda mucho que andar. Pero él ya podría detenerse aquí: está en la eternidad; en ella camina, en ella respira, en una embriaguez divina, desconocida para los vivos.

—¿Me quieres? Llévame contigo...

Una piedra. Una piedra de la calle. ¿Y por qué no?

Mateo Sinagra se inclina, la recoge, la examina en la mano. Una piedra... ¿Eran así las piedras?... ¿Eran estas? Sí, estas eran: un menudo fragmento de roca, un poco de tierra

viva, de toda esta tierra viva, un átomo del universo... Pues, aquí: al bolsillo; conmigo irá...

¿Y aquella florecilla?

Pues sí, también ella: aquí, al ojal de este muerto, que se va por sí, tan tranquilo y sereno y feliz, por sus propios pies, a buscar su fosa, igual que a una fiesta, con su florecilla en el ojal.

He aquí ya la entrada del cementerio. Otros veinte pasos, y el muerto estará en su casa. Nada de lágrimas. Viene aquí por su pie, con paso elegante y exhibiendo su florecilla.

Tienen una bonita vista estos cipreses de guardia en la cancela. ¡Oh!, es una casa modesta, en la cima de un cerro, detrás del olivar. Habrá allí, poco más o menos, un centenar de panteones de familia sin pretensiones de arte: capillitas con un altarcito, su verjita y un poco de flores alrededor.

Es en verdad para los muertos una residencia envidiable este cementerio. Lejano del pueblo, los vivos vienen aquí rara vez.

Mateo Sinagra entra y saluda al viejo guarda, que está sentado frente a la puerta de su caseta, a la derecha de la entrada, con una manta gris, de lana, sobre los hombros y la gorra galoneada encajada hasta la nariz.

—Hola, Piñoco...

Piñoco duerme.

Y Mateo Sinagra queda contemplando aquel sueño del único vivo entre tantos muertos, y—en calidad él de muerto—experimenta desagrado, una cierta irritación.

Se tiene una hermosa tranquilidad... Hace mucho bien a los muertos pensar que un vivo vela el sueño de ellos y está siempre trabajando sobre la tierra que los cubre. Sueño arriba, sueño abajo: demasiado sueño. Haría falta despertar a Piñoco; decirle:

—Héme aquí; soy de los tuyos. He venido por mí mismo, con mis pies, para ahorrar a mis parientes algunos cuartos. Pero, ¿es éste el cuidado que te tomas por nosotros?

Mas, en fin, ¿qué cuidado, pobre Piñoco? ¿Qué necesidad de custodia tienen los muertos? Cuando ha regado aquí y allá algunos macizos; cuando ha encendido en esta y aquella tumba alguna lamparilla que no alumbraba a nadie; cuando ha barrido las hojas secas de las calles de árboles, ¿qué otra cosa le queda que hacer? No respira nadie allí dentro. El zumbido de las moscas, entonces, y el pausado rumor de los insensibles olivos sobre el cerro lo invitan a dormir. Está él también en espera de la muerte, pobre Piñoco; y en esta espera, provisionalmente, vedlo allí, duerme él arriba, en medio de tantos otros que duermen debajo.

Acaso despertará dentro de poco al ruido

seco del revólver. Pero, quizás no. Es tan pequeño el revólver, y él duerme tan profundamente... Más tarde, cercana la noche, cuando antes de cerrar la cancela, se ponga a dar una vuelta para hacer la última requisa, encontrará un obstáculo negro en aquella senda, allá en el fondo...

—¡Ah! ¿Qué es esto?

—Nada, Piñoco. Uno que debe ir abajo. Llama, llama, que le preparen el lecho, lo mejor posible, de prisa, sin tantas contemplaciones. Para ahorrar gastos a sus parientes ha venido por sí mismo, y, además, por el placer de verse así, antes, muerto entre muertos, en su casa, llegado a su fin en buena salud, con ojos abiertos, en perfecta conciencia. Déjale en el bolsillo la piedra que está cansada, ella también, de estar al sol sobre la carretera. Y déjale, además, la florecilla en el ojal, que es su coquetería de muerto en este momento. La ha cogido para él mismo, y se la ha ofrecido por sí, a cambio de todas las coronas que los parientes y los amigos no le ofrecerán. Él, sí, está todavía sobre la tierra; pero está igual que si hubiera venido de abajo, después de tres años, por curiosidad de ver qué efecto hacen sobre el cerro estas tumbas de familia, estos macizos, estas sendas enarenadas, estas cruces negras y estas coronas de hoja de lata en el Camposanto de los pobres.

Un lindo efecto, verdaderamente.

Y suavemente, sobre las puntas de los pies, Mateo Sinagra, sin despertar a Piñoco, se introduce.

Es aún pronto para ir a dormir. Vagará por las sendas hasta la noche, curioseando, observando (como muerto, se entiende); esperará que salga la luna, y buenas noches.



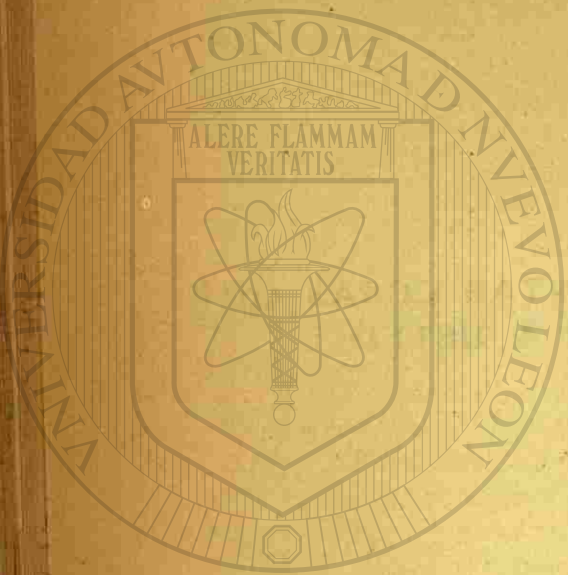
TENGO TANTAS COSAS QUE
DECIR A USTED...

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



La carta, en un lindo pliegucillo vulgarísimo, de suprema elegancia provincial, color de rosa y con filete de oro, acababa así:

«...enterada de mis ansias, tal vez dirás tú: ¡pero si eres ya un viejo, si lo eres, pobre Jorge mío! Y es verdad, soy viejo, sí; pero debes pensar, Momolina, que desde niño vengo amándote, ¡y de qué manera! ¡Entonces tú también asegurabas que me querías! Pero llegó el huracán—precisamente el huracán—, y te me llevó. ¿Cuántos años han pasado de esto? Veintiocho... Pero, ¿qué será que yo he permanecido siempre el mismo? Mejor dicho, ¡mi corazón! No deberías, por esto, hacerme esperar mucho tiempo la respuesta. ¿Sabes? Yo iré a verte mañana. Me he tomado cerca de un mes para reflexionar. Me debes decir mañana sí o no. ¡Pero debe ser

sí, Momolina! No derrumbes el bello castillo que he ido yo edificando en este mes, el bello castillo del que tú serás reina y en donde todas mis esperanzas aún juveniles te servirán como doncellas amorosas...»

La señora Moma se fija en que esta última frase, tan poética, había sido añadida, en letra más pequeña, después de escrita la carta. El señor Jorge o no había querido malgastar aquel lindo papel color de rosa, con filete de oro, o no había querido someterse a la fatiga de rehacer, quién sabe con cuánto trabajo, en bellos caracteres aquella carta, con todos sus ringorrangos al fin de cada palabra; y, con mucha habilidad había comprimido allí la poética frase, que se le ocurrió tarde, acaso al releer la carta antes de encerrarla en el sobre, para que cupiese toda en menudos signos en el poco espacio que quedaba en el renglón después del *tú serás reina*. La añadidura, saltando a los ojos, hacía más y más ridículas aquellas esperanzas, todavía jóvenes, que habían de servir a la señora Moma como doncellas amorosas. Y obtuvo este lindo efecto: que la señora, bufando, tiró al suelo la carta, sin leer los últimos renglones.

—¡Oh, Dios, viene mañana! ¿Pero cómo no comprende ese cretino que no quiero saber nada de esto?

Y aún con el sombrero puesto, dió una pa-

tadita en el suelo y alzó la mano enguantada con un expresivo gesto de fastidio y de cólera.

* * *

Puede decirse, que desde hacía un año y cuatro meses, la señora Moma estaba con aquel sombrero puesto. No se lo quitaba, sino por una media horita, por una horita a lo sumo al día; se lo volvía a poner furiosa, y de nuevo a la calle, fuera de casa.

La arrojaba de ella, para dar vueltas por acá y por allá, una agitación, una nerviosidad, un ansia no sabía de qué, que se le exacerbaba en el cuerpo, sobre todo a la vista de los muebles de la casa y especialmente del magnífico salón de recibir, con aquellas ricas colgaduras de damasco y aquellos pabellones, los cuadros antiguos y modernos en las paredes, el gran piano de cola de su marido y atriles que parecían facistolos de iglesia, ante los cuales se sentaban con los instrumentos de arco los colegas del marido y también Alda, su preciosa hija, hoy tan distante, tan distante, también ella con su violín.

Hacía un año y cuatro meses que era viuda la señora Moma, del ilustre maestro Aldo Sorave. La carta recibida aquella mañana, en la cual el señor Jorge la llamaba Momolina, le había traído por un momento el recuerdo del país natal, de aquel rudo pueblecillo monta-

ñés, todo ceñido de hayas, de encinas y de castaños, donde un día el joven maestro Sorave, lanzado por no se sabe qué tempestad, había venido a refugiarse, genio incomprendido, con un libreto a que poner música, *El Huracán*.

Entonces sí que era ella verdaderamente Momolina: dieciséis años, linda, gruesecita, rosada y fresca, y plácida, plácida. Pero se había enamorado, también ella, del joven maestro Sorave. Se había enamorado, quizás, porque todas las mozuelas del pueblo se habían enamorado de él. No había comprendido bien nunca por qué, entre tantas, la había escogido a ella, precisamente a ella, cuando era lo cierto, que se le había mostrado menos entusiasmada que todas las demás, tanto, que delante de él no había sabido sino enrojecer y balbucear, y, forzada a decirle algo, le había declarado cándidamente que no entendía nada, ni de música ni de poesía, ni de ningún otro arte.

Pues bien, precisamente por esto, acaso, el maestro Aldo Sorave se había casado con ella. Y, a pesar de esto, no dudaba, sino que estaba segurísima de haber convivido durante veintiocho años la vida de su marido, primero tempestuosa, zingaresca, en viajes afanosos de un pueblo a otro, con la lengua fuera, como una pobre perrita, detrás del ansia nerviosa de aquél que quería a toda costa

llegar a la meta; después—nacida la hijita—, otra vida, no más plácida en verdad, pero ciertamente menos inquieta, la que seguía a la vuelta de él después de algún triunfo de una *tournee* de conciertos, de pueblo en pueblo, o de una temporada musical dirigida en esta o en aquella ciudad, hasta que conquistadas sólidamente con la fama las comodidades, se establecieron en Roma. Allí la hija creció, rubia y bellísima, en medio del brillo embriagador de arte de que estaba circundado el marido. Pero un buen día, quién sabe cómo, quién sabe por qué, derribando todos los designios ambiciosos del padre, se encaprichó la niña de un periodista, feo y casi viejo; quiso casarse con él, y con él se fué a América, a Buenos Aires, donde al marido le ofrecían la dirección de un gran periódico italiano. Tres meses apenas, después de aquellas bodas, el padre, que había negado hasta el último momento el consentimiento y no había querido volver a ver a su hija, ni aún en el momento de partir para América, murió de pena.

Un gran dolor, sí, un gran dolor para la señora Moma el alejamiento de aquella hija única; y la más grande de las desgracias para ella vino después con la muerte del marido. Pero de ahí a que hubiera todo acabado, como si no quedara allí ella, como si no continuase la casa con todo el lujo que la había dejado el

marido, de eso, la señora Moma no había llegado a enterarse todavía.

Ciertamente que la vida de otro tiempo, aquella férvida agitación, tan bruscamente interrumpida, las fiestas de arte, las conversaciones, la corte de espléndidas señoras en torno al viejo ilustre maestro, pequeñito y melenudo, de ojos fieros bajo espesas cejas, como aparecía en el retrato al óleo colgado en la pared del salón; la corte de los elegantísimos jóvenes en torno de la hija, esto no era ya posible: la señora Moma lo comprendía bien. Pero una vida como la de antes, cambiadas las circunstancias, podría renacer en sus salones, con tantos amigas y amigos de entonces vueltos a la casa en la que permanecía sola, allí, como extraviada.

Y con el sombrero puesto desde la mañana hasta la noche, angustiada, exasperada, la señora Moma corría en busca de los antiguos contertulios, yendo de uno a otro, sin descanso.

Primeramente era recibida y escuchada con cierta cordialidad; muchos la compadecían por aquella doble desventura; alguno le prometía, además, que iría a su casa a verla. Pero, ¡cal! No había ido aún nadie. Y, poco a poco, la señora Moma se volvía casi agresiva.

—¡Bribón! ¡Bribón! Me había usted prometido venir...

—Crealo, señora, no he podido...

—¿Irá usted hoy? ¡Deme usted ese gusto, vaya usted! ¿Tengo tantas cosas que decirle?... De cuatro a seis. Cuento con usted...

—Hoy, no, lo siento mucho, señora, no podré. Tal vez mañana...

—¡Nada de tal vez! Mañana, de fijo. ¡Lo espero, no lo olvide usted! De cuatro a seis. Tengo tantas cosas que decirle...

Y de cuatro a seis la señora Moma estaba esperando en casa la visita. Creía verdaderamente que tenía muchas cosas que decir, y repetía a todos, después de las invitaciones cada vez más apremiantes, aquella frase.

Pasaban las cuatro, pasaban las cinco, pasaban las seis; la impaciencia, la nerviosidad, la angustia, la desesperación de la señora Moma crecían; bufaba, botando en pie; iba arriba y abajo por el salón; se asomaba ya a esta, ya a aquella ventana a mirar si el esperado venía; y a pesar de estar cierta de que ya no vendría, al dar las seis, se esforzaba, devorada por la rabia, en esperar todavía diez minutos, un cuarto de hora, aún otro cuarto de hora y, por último, una hora entera. Al fin, se ponía otra vez el sombrero, y adelante de nuevo por la calle, renegando del mal educado.

Ni siquiera reparaba que ahora amigos y conocidos, para no sufrir la agresión, viéndola desde lejos, escapaban, se escondían, y cuando eran atrapados, le alargaban la mano vol-

viendo la cabeza y pasaban de largo, sin darle tiempo de terminar la acostumbrada frase:

—Mañana, ¿eh? Le espero mañana. De cuatro a seis. Tengo tantas cosas que decirle...

Recordaba la pobrecilla que se había mostrado siempre ella afable y cordial con las amigas, con los amigos, admiradores del marido o galanteadores de la hija. Amigas y amigos se sentaban entonces al lado de ella en las reuniones, contestaban a sus palabras, la saludaban con deferencia y cortesía al entrar en el salón y al salir. Inclinaciones, cumplimientos, sonrisas... Ella oía paciente toda aquella música, todas aquellas disputas de arte; alguna vez le había ocurrido responder con un movimiento de cabeza o con una sonrisa a alguien que, en el calor de la discusión, le había consultado con los ojos... No, no, propiamente no; no acertaba en verdad a hacerse cargo todavía de por qué, alejada la hija, muerto el marido, la hubieran abandonado todos así, como si ella hubiese cometido alguna indignidad, desertando de la elegante casa donde tan preciosos objetos de arte habían quedado alrededor de su actual propietaria, como suspensos en una inmovilidad silenciosa y casi solemne.

Eran suyos, sí, total y absolutamente suyos, ahora, aquellos muebles y aquella casa; ella era señora y dueña de todo: y sin embargo... sin embargo, se sentía presa de una

horrible nerviosidad mirando, o más bien, sintiéndose mirada como una extraña, allí, ajena a todos aquellos objetos que no le decían nada, que no sabían decirle nada, porque tenían todos un recuerdo vivo aún o del marido o de la hija; pero para ella, ninguno.

Alzaba los ojos para mirar, por ejemplo, un cuadro del salón; sabía que era antiguo, ¿cómo no?, sabía que era de valor; pero lo qué representaba aquel cuadro, su belleza, verdaderamente no hubiera sabido explicarlo, ni aún a sí misma. Y si miraba el piano... ¡ah!, en verdad no podía hacer si no mirarlo... no se atrevía ni tampoco a descubrir el teclado, porque el marido, antes de morir, le había recomendado expresamente que no lo dejase tocar a nadie. En cuanto a tocarlo ella, ni siquiera pensaba en ello, porque ella, la música...—sí, se había encontrado siempre entre músicos—pero ni aún, entre las notas, jamás había llegado a distinguir el *do* del *re*.

No vivía, no podía vivir el ambiente de aquella casa. Para reanudar la antigua existencia necesitaba absolutamente un poco de la de los otros, de la de su hija y de su marido, que volviera a agitarse en ella.

Otra vida, allí, *suya*, no era posible; porque en realidad ella, la señora Moma (decidlo bajito, por caridad, si no queréis ser demasiado crueles, los que la llamáis ahora «una terrible importuna»), no había tenido nunca

una vida *suya*, y casi en realidad no la había conocido.

Esto, naturalmente, no podía entenderlo; lo advertía sólo como una irritación que se le exacerbaba cada vez más y la echaba a la calle sin descanso, empeñada en volver a llamar y en llevar junto a ella aquel pasado, que con nerviosa angustia sentía que le faltaba y se le escapaba, sin saber por qué.

* * *

Al otro día—se comprende—recibe con cara de perro a aquel pobre señor Jorge Fantini, el enamorado paisano de hace veintiocho años, que con su proposición de casamiento, intentaba llevarla en cambio al único ambiente propio de ella, allá en el oscuro pueblo montañoso entre los bosques de hayas, de encinas y de castaños; modesta vida tranquila, con los días sencillos, iguales, donde no ocurría nunca nada que ella no pudiese comprender, donde en tanta cosa conocida hubiera podido sentir y tocar la realidad segura de la propia existencia.

Y no era después de todo, tan viejo aquel señor Jorge Fantini; y era además un hombre guapo, mucho más guapo ciertamente que aquel pequeñín y melencólico maestro-huracán Aldo Sorave; y era también rico, dueño de

muchas tierras y de muchas casas, y no estaba privado de una cierta cultura, antigua y sana, pues podía leer en su texto latino y sin ayuda de traducciones las *Geórgicas* de Virgilio.

A pesar de todo esto, la señora Moma hizo que él no la encontrase a su llegada a la casa. Cuando después de cerca de dos horas, volvió a ella toda acalorada, resoplante más que nunca y envenenada de cólera contra todos aquellos ingratos y mal educados que huían y faltaban a su palabra, embistió malamente al señor Jorge en el salón, sin quitarse siquiera el sombrero, levantando únicamente el velillo para hacerle percibir bien en sus ojos su cólera y su propósito firme de rechazar la propuesta que le parecía casi un insulto, más que una osadía.

—Pero, ¿quién le ha dicho a usted que venga, querido Fantini? ¡Yo no se lo he dicho! Ni aun siquiera le he contestado. Y, perdone usted: ¿le parece que eso sea una cosa posible? ¡Mire usted un poco alrededor, querido Fantini! ¿Ve usted? Esta es mi casa... ¿Cree lógico que yo, a mi edad, renuncie en adelante a esto que por tantos años ha formado mi vida? Vaya, vaya... Un poco de reflexión... Ha debido usted meditar antes un poco... Basta; no hablemos más. Ahí va mi mano, querido Fantini, sin rencor, y quedemos buenos amigos.

No tuvo valor de insistir el señor Jorge

Fantini; miró en redondo aquel salón donde ella decía tener su vida, y poco después salió con ella, ya que por su culpa había tenido que interrumpir su cotidiana inexorable caza de visitas.

Y la vió por la calle, en la tristeza brumosa de la noche de Diciembre, pararse tres o cuatro veces en medio de una inundación de gente para agredir a éste y a aquél: y observó que aquellos señores agredidos le alargaban la mano, volviendo la cara; y cada vez que esto ocurría, con una extraña voz de rabia y de llanto, oyó repetir a Momolina su frase acostumbrada:

—Pero, ¿usted me había prometido ir a verme! ¡Venga usted, venga! De cuatro a seis. ¡Tengo tantas cosas que decirle!...

PLUMA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

Fantini; miró en redondo aquel salón donde ella decía tener su vida, y poco después salió con ella, ya que por su culpa había tenido que interrumpir su cotidiana inexorable caza de visitas.

Y la vió por la calle, en la tristeza brumosa de la noche de Diciembre, pararse tres o cuatro veces en medio de una inundación de gente para agredir a éste y a aquél: y observó que aquellos señores agredidos le alargaban la mano, volviendo la cara; y cada vez que esto ocurría, con una extraña voz de rabia y de llanto, oyó repetir a Momolina su frase acostumbrada:

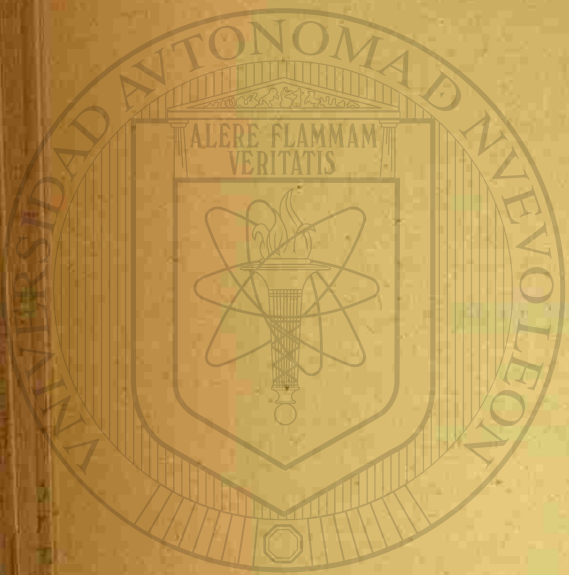
—Pero, ¿usted me había prometido ir a verme! ¡Venga usted, venga! De cuatro a seis. ¡Tengo tantas cosas que decirle!...

PLUMA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



Había ya advertido la enferma, que la conmiseración de los parientes hacia ella, no era tanto por sus sufrimientos cuanto por los que daba, sin quererlo, con aquel mal suyo incurable; y que, en suma, nacía esta compasión afanosa de un cierto torpe remordimiento.

El grueso marido, calvo y cejijunto y aquella prima gruesa también, pobre, acorazada con dos enormes senos, con cabellos que parecían un casco de hierro sobre la estrecha frente y con aquel par de horribles anteojos sobre la fiera nariz, un poco bigotuda además, querían sufrir por ella, creyendo pagar de esta manera la tranquilidad y el bien que les hubiera venido de su muerte. Y, en efecto, cuando ella sufría acudían a su lado, solícitos y presurosos; pero después, apenas el mal le daba descanso y ella, calmada, gustaba por

cualquier pequeñez de una leve alegría inocente, de una dulzura de respiración nueva entre la blancura fresca de la cama recién hecha, ni el uno ni la otra participaban ya de aquel júbilo; se separaban del lecho; la dejaban sola, acaso para que la ilusión de aquel bien suyo no le durase demasiado.

En fin, cartas boca arriba: no le concedían el derecho de estar bien; le concedían, en cambio, el derecho de que los atormentase con su mal, cuanto más, mejor; todo lo más que pudiese. Y parecían como querer que la enferma les agradeciese esta disposición.

¿No era bastante?

Para atormentarlos, pobrecitos, no podía ella hacer menos. No dependía de ella. Que después la dejasen sola en los momentos de descanso, no sólo no le importaba nada, sino que le producía, además, un gran placer, porque bien sabía que aquellos dos ni lejanamente podían imaginar con qué cosas gozaba y vivía la enferma.

Al parecer, con nada. Y, efectivamente, ya no vivía de aquello que todos los demás necesitan para vivir. Tanto, que podía creer que a nadie privaba de nada, permaneciendo allí en espera de la muerte, que no venía. Pero, a menudo, los ojos, que tenían aún el límpido brillo del zafiro, ellos solos vivos sobre la débil demacración de la carita diáfana, se refan, maliciosos, de los parientes. ¿Por qué? Acaso se

vefa a sí misma, como aquella hormiguita del apólogo en su libro de lectura de cuando era niña: la hormiguita que, atravesando una calle, preguntaba a los transeuntes:

—¿Qué estorbo os da, buena gente, esta pajita que llevo a rastras?

¿Una pajita? ¡Nada! Pero pretendía la hormiga que todo el tráfico de la calle, gente y vehículos, se detuviese para dejarla pasar con aquella brizna.

¡Y si al menos hubiera pasado! Pero no pasaba nunca: no podía pasar, porque verdaderamente tampoco pasaba el tiempo para ella.

* * *

En la vana espera de la muerte, la vida exterior se había como ensordecido para ella.

Años y años duraba con aquel mal suyo que ningún médico hasta ahora había sabido explicar; y no se comprendía cómo en la luz de aquella vasta alcoba blanca, sobre el amplio lecho blanco, había llegado a ser más frágil que los insectos del verano que, al tocarlos no más, son leve polvo de oro entre los dedos. ¿Cómo podía, tan frágil resistir los espasmos de aquellos fieros accesos, tan frecuentes, del mal? No parecía un dolor humano, porque le arrancaba de la garganta hondos

gritos de fiera. Y sin embargo, resistía. Poco después, calmada, quedaba como si tal cosa. Enflaquecía cada vez, eso sí; y más que el verla, era un espanto imaginar a qué punto de demacración llegaría a reducirse de aquí a diez, de aquí a veinte años, ¡quién sabe!, porque acaso por veinte años todavía, y más, podría seguir sobre aquel lecho enflaqueciendo y esqueletizándose viva; y no obstante, no sólo no se deformaba sino que cobraba antes una cierta gracia infantil suya, por la cual parecía no enflaquecer, sino empequeñecerse toda, poco a poco, a medida que el tiempo pasaba, como si, por prodigio, hubiese de salir de la vida no ya por la vejez, sino por la infancia, hacia atrás.

Los ojos, empero, los ojos con el brillo de su luz azul, en aquella débil carita de niña, no eran infantiles: se hacían, por el contrario, cada vez más diabólicamente maliciosos; máxime cuando, después de los accesos del mal, todavía hecha un ovillo en el lecho, con la cabecita pegada a la almohada, sobre el embozo de la sábana en desorden, miraba las espaldas del gordo marido y de la gorda prima, que se iban alejando inclinados y silenciosos de su cama.

¡Desesperados, los pobrecitos! ¡Quién sabe qué discursos harían entre sí, al lado de allá, y qué pensarían, al de acá, mientras la velaban! Acaso la veían como sumida en un ex-

traño impenetrable encanto, que la presentaba ante ellos lejana, lejana, y sin embargo, allí mismo, delante de sus ojos. Acaso aquello que ella llamaba «sol», aquello que ella llamaba «aire», cuando, con una voz que no parecía ya humana, decía «sol», decía «aire», a ninguno de los dos les parecía ya que fuese el mismo sol y el mismo aire suyo. Era, en efecto, como el sol de otro tiempo, como el aire que ella pudiese respirar en otros lugares lejanos. ¿Dónde? ¿Cuándo? No, por cierto, aquí; no ahora en esta alcoba, sobre este lecho. Ahora, debía parecerles a ellos que la enferma ya no tenía necesidad ni de sol, ni de aire, ni de nada. Pero entonces, lejos, en el tiempo en que ella—que parecía presente—segua viviendo como era, con el sol, con el aire de cuando era bella y sana y alegre, y los límpidos ojos de zafiro tenían estremecimientos de deseos y arrebatos de risa; allí donde lúcidos, precisos, con todos sus colores, con todas sus líneas en movimiento, como si se reflejaran ante ella en un espejo, aunque a mucha distancia, le vivían todos los aspectos de su vida, no ya pasada, sino presente todavía e inmutable, porque la enferma seguía siempre viviendo en ellos.

Se balanceaba andando, ¡pero tan ligera!, por aquel túnel verde del largo emparrado opaco, con el sol deslumbrador en el fondo; las manecitas rosadas presas a las alas del gran

sombrero de paja recogido sobre las mejillas por una cinta de terciopelo negro anudada bajo la barbilla. ¡Oh, aquel sombrero de paja! Sobre el cristal azul de la fuente del fondo del emparrado, donde ella corre a mirarse, parece un cestillo derribado, lleno de cabellos de oro.

¡Las paredes de aquella fuente son de greda, como ahora estas manos tuyas, y acaso también las mejillas, de greda!

Pero no, no... Se ve allí, como en una barca, sola, en el mar agitado. Las olas la asaltan, la rodean, la azotan. Y ella se siente agua, se siente viento, viva en medio de la tempestad. Y cada vez, a cada azote, ¡ah!, siente un divino embeleso, que la hace gritar, como ebria. Una fuerza ágil, prodigiosa, tremenda, la lanza, y después la balancea espantosamente. Y en este espanto vertiginoso, ¡qué deleite!

Pero no hay que abusar de esto; si lo hace, viene el afán de nuevo y el feroz mordisco de aquellos dolores al pecho, que la hacen rugir como una fiera. No, no: hay que tenerla lejos —así—, aquella vida suya, para vivirla solamente allí.

¡Oh, cómo le placen ciertos días de nubes claras, después de las lluvias, con el olor a tierra mojada y en la luz húmeda la ilusión de las plantas y de los insectos de una nueva primavera! Por la noche, las nubes se derraman

sobre las estrellas y las inundan, para después dejarlas reaparecer sobre breves, profundos, claros de azul. Y ella, con el alma llena de la más angustiosa dulzura de amor, ahonda los ojos en el nocturno azul, y se bebe todas aquellas estrellas.

* * *

Pocas gotas de agua, es verdad; alguna gota de leche, ahora, y nada más. Pero en el sueño en que perennemente vivía aún con los ojos abiertos, venían a nutirla en abundancia los recuerdos que eran su vida. Le traían no ya la materialidad, sino la fragancia y el sabor de las comidas de entonces, de aquellas que más le gustaban, frutas y verduras, y el aire y la alegría, y la salud.

¿Cómo podía, pues, morir? Después de un leve sueño, su alma quedaba plenamente restaurada, y bastaba a su cuerpo, tan reducido como era, que casi no era cuerpo, una gota de agua, una gota de leche.

La gordura grosera de los cuerpos, no sólo del marido y de la prima, sino de cuantos se acercaban al lecho era, desde hacía tiempo, a sus ojos, a todos sus sentidos agudísimos, de una pesadez insoportable, y motivo de disgusto y, alguna vez también, de terror. La diáfana sutileza de las aletas de su naricita temblaba,

se pasmaba, advirtiendo los nauseabundos olores de aquellos cuerpos, la densidad acre de sus alientos; y casi tenían peso para ella también sus miradas, cuando se le posaban encima para compadecerla. Sí, sí, esta conmiseración, como todos los otros sentimientos y deseos, en aquellos cuerpos, tenían peso para ella y también detestables olores. Escondía, por esto, a menudo, la cara bajo las almohadas, hasta que se alejaban del lecho. De lejos, con más espacio, a la clara, aérea levedad de su sueño, los miraba y, dentro de sí, se reía de ellos, como de gruesas bestias extrañas que no podían verse a sí mismas como las veía ella, condenadas al afán de estúpidas necesidades y de graves y no limpias pasiones.

Más que de todos los otros, se reía entre sí de aquel marido, cuando lo veía plantado, sin moverse en medio de aquella alcoba, con la preocupación grave y lúgubre de los bueyes. Aún tan de lejos, le descubría la piel esponjosa, sembrada de puntitos negros. En verdad él creía que se lavaba bien todas las mañanas; bien, como se lavaban todos los demás, pero también a todos los demás, por mucho que se lavasen, les quedaban siempre en la piel aquellos puntitos negros. Podía advertirlos ella sola, como sola advertía también la granulosis de las narices y tantas otras cosas que, miradas a lo lejos, eran para ella divertidísimas.

La gruesa prima con los anteojos, por ejemplo, no podía menos de bajar los párpados apenas ella le fijaba la vista, como de costumbre, con la cabeza reclinada en las almohadas y sobre lo blanco del embozo de la sábana.

Sobre aquel blanco su carita casi desaparecía, y sólo se veían, agudos y brillantes, los dos grandes ojos de zafiro, como dos vivas joyas posadas allí.

Se reían, empero, ardían diabólicos de risa, no porque bajo los anteojos de la prima se advirtiesen gruesos y largos, casi metálicos, los pelos de las cejas de ella, como antenas de insecto, sino porque la enferma sabía bien que la prima, que venía aquí tan pacífica, con el aire de mosquita muerta, a asistirle, dejaba en las otras habitaciones de allá un drama que más torpe no se podría imaginarse en aquella gordura: el drama de su pasión, pobre prima gorda con anteojos; el drama, cierto, de su vergüenza y de sus remordimientos; pero también—¡oh, Dios, perdón!—, también de sus secretos placeres carnales con el grueso primo, envenenados por sabe Dios cuántas lágrimas, ¡pobrecita!

Hubiera querido decirle que no se preocupara tanto en ocultarse, porque ella lo había adivinado todo de un golpe, y le parecía naturalísimo que ambos a dos, primo y prima, visto que la muerte no venía por aquí a liber-

tarlos, se hubieran puesto por allá en relación marital, con sus gruesos cuerpos—¡oh, Dios, se comprende!—, tentados uno hacia otro por la cercanía y la necesidad de un consuelo recíproco. Naturalísimo. Y ya dos veces, en seis años, la pobrecita se había visto obligada a desaparecer, la primera vez por tres meses, la segunda por dos. Porque—es sabido—no se satisface sin consecuencias, la mayor parte de las veces, esta ardiente necesidad de consuelo recíproco. El marido le había dicho que la prima se iba al campo a descansar un poco. Se lo había dicho, no obstante, con tal aire extraviado y vergonzoso, que seguramente ella hubiera reventado de risa en las barbas de él, si le hubieran quedado, por cierto, ganas de reír. Pero ya no podía hacerlo más que con los ojos. ¡Reír, reír fuerte, con su rosada boca, con sus dientes brillantes, reír como una loca, podía únicamente hacerlo evocando el pasado como un sueño vivo en el que se viese con su imagen rosada y fresca de salud; y allá sí, allá en aquella evocación se había reído tanto como una loca!

Acaso debería arrepentirse de ello, como de un pecado, porque costaba necesariamente lágrimas a los otros aquella inútil risa suya. Pero, ella, ¿qué iba a hacerle, si no se moría? Y luego, ¿para qué arrepentirse, si el uno y la otra, cansados de esperar la muerte de ella, se habían ya entendido entre sí? ¿Era porque no

podían, mientras ella estuviese allí, regularizar su unión y el nacimiento de los dos hijos? ¡Debieron haber pensado antes en eso de los hijos! ¿Los habían hecho y ahora lloraban? Por fortuna, en verdad, aquellos dos pequeñuelos no podían todavía tomar parte en sus tribulaciones, libres, como la enferma, de la grosería de las carnales y complicadas pasiones.

* * *

Tuvo la prueba de aquéello, un día.

En la amplia alcoba luminosa no había nadie a la sazón. De vez en cuando le resultaba cómodo a la prima creer que la enferma estaba durmiendo y que podía por tanto dejarla sola, no obstante la expresa recomendación del marido. (Se habían entendido los dos, pero ciertamente de un modo curioso, esto es, salvando en sus corazones, gruesos pero tiernos, el afecto hacia la engañada, un afecto que aparecía tanto más cómico cuanto más se mostraba sincero y conmovedor, pero que, no obstante, acaso debía producir a la gorda prima, alguna vez, una cierta sombra de celos, como cuando él, por ejemplo, al sostenerla en los accesos del mal, le ponía en orden, con dedos temblorosos, los largos cabellos de oro, recuerdo de íntimas caricias lejanas.) Mas dejemos esto. Aquel día, la prima la había dejado

con ojos bien abiertos; pero no importaba: debía creer que estaba durmiendo, y había salido hacia mucho de la alcoba, cuando de pronto la puerta se abrió y entró una niñita gordinflona con anteojos, que apretaba con un bracito sobre su pecho una muñeca tiñosa, en camisolín colorado y con un pie de menos, y en la otra mano una manzana mordida. Entró extraviada y titubeante como una gallina escapada del corral y refugiada por casualidad en un gabinete. La enferma, sonriente, le hizo señas con la mano para que se acercase a la cama; pero la niña no se atrevió y se quedó como encantada, mirándola de lejos. Con los anteojos, pobre pequeñuela, quién sabe si alguien hubiese querido creer de quién era hija; pero, bien nutrida, sana y plácida,— se podía jurar— que en absoluto ignoraba los afanes que había debido costar a su madre echarla al mundo flicitamente; lo ignoraba y era feliz con la linda manzana roja que se podía entre tanto comer, así con toda la piel y con la sola ayuda de los diente-cillos, en este ilícito mundo, donde para ella sólo quizás a las muñecas les podía ocurrir la desgracia, y sin mucha pena, de perder un pie o la peluquita de estopa.

Quiso tener piedad; y cuando, poco después, la madre acudió toda trastornada y casi aterrada a retirar con furia aquella niña de la alcoba, donde por cierto había entrado elu-

diendo la rigurosa vigilancia, cerró la enferma los ojos y fingió dormir profundamente. Fingió dormir también cuando la prima, aún toda turbada, vino a tomar de nuevo su puesto de asistencia junto al lecho; pero, qué tentación de abrir de pronto los ojos, que se refan, y de preguntar de improviso a la prima:

—¿Cómo se llama?

Sí, vaya, necesitaba un día u otro llegar a esta resolución. ¡Quién sabe cuántos desórdenes ocasionaba allá dentro el mantener todavía aquí este inútil misterio! Y además se moría de curiosidad por saber si el otro hijo era un gordinflón u otra gordinflona, y si también esta segunda, para no tropezar, iba con anteojos.

* * *

Pero aquel misterio se quebrantó por sí mismo de un modo inopinado, pocos días después de la entrada furtiva de aquella niña en la alcoba.

Gritos, llantos, estruendo de sillas derribadas, un gran tumulto, vino de las habitaciones de allá, a la hora del almuerzo. Ella adivinó que alguien era arrastrado con mucho trabajo, sostenido por la cabeza y por los pies, de una habitación a otra, desde el comedor a una cama. ¿El marido? ¿Un ataque de apo-

plegía? Los llantos, los gritos eran desesperados. Debía de haber muerto.

No para ella, que tanto tiempo hacía estaba esperándola, presa suya segura, sino para otro que no la esperaba, había entrado la muerte en la casa. Había entrado, quizás pasando por delante de la puerta abierta de aquella alcoba blanca; quizás se había detenido un momento a mirarla sobre el blanco lecho; luego se había introducido en el comedor para golpear con su garra curva, por detrás, sobre el cráneo reluciente del grueso marido, atento, sin sospecha alguna, a devorar su ración abundante.

¿Debía ella llorar por esta desgracia? Lo era, para aquellos que continuaban en la vida. Las fiestas, los lutos, las alegrías, los dolores de los demás no lo eran ya para ella desde hacía mucho tiempo: desde su lecho los consideraba sólo como aspectos bufos de cosas que no le pertenecían. También ella era de la muerte. Aquel tenue hilo de vida, que conservaba aún, servía para conducirla fuera, lejos, al pasado, entre las cosas muertas, en las cuales sólo su espíritu vivía aún, no pidiendo de lo de ahora, a la vida de los demás, sino una gota de agua, una gota de leche; no podía, pues, ligarla otra cosa a esta vida de los otros, desde hace tiempo extraña a ella, como un sueño sin sentido.

Cerró los ojos y esperó que a la parte de allá aquel tumulto se calmara poco a poco.

Al cabo de algunos días vió entrar en la

alcoba, vestida de negro, entre las dos niñas, ellas también de negro, la gruesa prima con los anteojos, deshecha en llanto. Se le plantó como una pesadilla allí delante de la cama; después tuvo movimientos y sacudidas de rabia; y al fin, estimó de justicia gritarle en la cara su desesperación, mostrándole las dos pequeñas huérfanas, y el daño irreparable que la enferma les había hecho no muriéndose antes. ¿Cómo, cómo se verían desde ahora aquellos dos angelitos? ¿Y ella? ¿Ella?

La enferma escuchó primero asustada; pero después, trasportándose lejos del espectáculo un poco teatral de aquella desesperación, sin embargo, sincera, no escuchó más; miró fijamente a la otra niña que aún no conocía y notó con placer que ésta no usaba anteojos. Le pareció un gran consuelo sentirse ella tan tenue, casi impalpable, entre el frescor de las sábanas blancas, blanca también, en frente de toda aquella negrura angustiosa, tempestuosa, bañada de lágrimas, que envolvía y trastornaba a la gruesa prima; y bien bufo le pareció que ésta le hubiese quitado, así, el luto de su marido, y lo hubiese impuesto a aquellas dos pobres criaturitas que afortunadamente tenían el aire de no acordarse ya de nada y un gran asombro pintado en los ojos desencajados, por haber entrado, al fin, en aquella alcoba prohibida y por verla a ella sobre la cama mirándoles con curiosidad afectuosa.

No comprendían en verdad aquellas dos niñas que la enferma les hubiera hecho un daño tan grande como gritaba su mamá desesperadamente. Pero, ¿es que aquéllas no tenía remedio? ¿Ningún remedio? Lo pedía a nombre de las pequeñas para ahorrarles el susto de todo aquel llanto y de todos aquellos gritos. ¿Qué era aquéllas? Y, en fin, ¿por qué aquel llanto y aquellos gritos? ¿De qué se trataba? ¿De dejar todo lo que poseía a aquellas dos pequeñas? ¡Pues, en seguida, pronto! Verdaderamente, la enferma, creía no poseer más que aquel tenue hilo de vida, sin otra necesidad que algún sorbito de agua, alguna gota de leche. ¿Qué le importaba de todo lo demás? ¿Qué le importaba dejar a los otros aquéllas que no era ya suyo desde hacía tanto tiempo? ¿Era labor difícil y muy complicada? ¿Ah, sí? ¿Y cómo? ¿Por qué? Entonces, si que era una torpeza insostenible la vida, si una cosa tan sencilla podía volverse difícil y complicada.

Y le pareció ver entrar en su alcoba, algunos días después, la grosería de la vida en la persona de un notario, el cual, a presencia de dos testigos, se puso a leer un acta interminable, de la cual no comprendió nada. Al final, con mucha delicadeza, vió que le presentaban un objeto que no veía hacía mucho tiempo. ¡Oh, una pluma, para que pusiera su firma en aquel documento, no sólo a la terminación,

sino muchas veces en las márgenes de todos los folios!

¿Su firma?

Tomó la pluma; la observó. Casi no sabía ya cogerla entre los dedos. Y alzó después hasta la faz del notario los límpidos ojos de zafiro con una expresión extraviada y risueña. ¿Su firma? Luego, ¿es que ella soportaba aún el peso de un nombre, de un nombre que tenía que dejar allí sobre aquel documento?

Amina... y después, ¿qué? El nombre de soltera, y después el de casada. ¡Oh!, ¿y también *viuda* había que poner? *Viuda...* ¿ella? Y miró a la prima. Luego escribió: *Amina Berardi, viuda de Francisco Vismara.*

Se quedó contemplando un momento aquella escritura temblona sobre el papel. Y le pareció muy bufo que se pudiera creer que en aquella línea manuscrita estuviera ella verdaderamente, y que los otros no sólo se pudieran contentar, sino creerse muy felices, con aquella firma, como a virtud de un acto de gran generosidad, que constituya una verdadera fortuna para las dos pobrecitas pequeñas vestidas de negro. ¿Sí? Y aún más, aún más firmas... *Amina Berardi, viuda de Francisco Vismara...* Para ella era como un juego agradable ir arrastrando aquel largo nombre tan estúpido por encima de todos aquellos folios de papel sellado, igual que una niña vestida de persona mayor arrastra la larga cola del traje de mamá.



LA REALIDAD DEL SUEÑO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Desde hace seis años, pleitos sin fin. Si no pleitos propiamente, choques, altercados, discordias, enfados durante tres, cuatro días; resoplidos de una parte, lágrimas de la otra. ¿Por qué? En realidad, por nada. Por una terquedad que más necia no se hubiera podido imaginar.

Así, al menos, lo sostenía él. Y lo lamentable era que lo sostenía con una persistencia fría y metódica, que tenía el poder de exasperar la rabia de ella hasta hacerle estallar alguna vez en accesos frenéticos.

Dios, qué voz, qué voz, qué tono de seguridad profunda e inconcusa, que parecía más que nada acusarse en aquella nariz algo gruesa, pero bella; ¡ah!, bella, bellísima como por otra parte todo él. ¿Quién podía negarlo? Bellísimos ojos, bellísima frente, bellísimos cabellos, bellísimas manos: todo bellísimo. ®

Era esta precisamente la desesperación de ella. Porque cuanto él decía y afirmaba tenía el mismo valor incontestable de su belleza; de modo que, no pudiéndose negar de ningún modo que fuese bello en todo, no se podía, igualmente, contradecirle en nada. Este era el caso.

¡Y él no comprendía nada de cuanto le ocurría a ella!

Al escuchar las interpretaciones que tanta seguridad daba de ella, de ciertos impulsos instintivos, de ciertas antipatías, acaso injustas, de ciertos sentimientos suyos, en los cuales ni aún ella misma sabía ver claro, le venía la tentación de arañarlo, de abofetearlo, de morderlo.

Y aún la irritaba más el ver que después toda aquella frialdad, aquella seguridad, aquel orgullo sostenido de joven hermoso, incontestablemente hermoso, venía como a derrumbarse en otros ciertos momentos, en los que se le acercaba, porque tenía necesidad de ella. Entonces, ¡ah!, tímido, humilde, suplicante... demasiado, en verdad, como si en suma en aquellos momentos no lo hubiera ella deseado como él; entonces, por motivo diverso, se sentía también irritada; tanto que, sin embargo, de hallarse inclinada a ceder, se obstinaba en resistir; y el recuerdo de todo abandono, envenenado en su momento más bello por aquella irritación, se le cambiaba en rencor.

* * *

Figuraos que él sostenía que era terquedad en ella la torpeza, la cortedad, la confusión que experimentaba delante de todos los hombres, aunque fuesen los amigos más íntimos de la casa. Confusión, sí, cortedad, torpeza... sin una razón. Porque sí...

¿Pero, le podía probar él que aquello era terquedad? ¿Querría saberlo mejor que ella? Sí, señor, mejor que ella.

—Experimentas esa cortedad porque la piensas—se obstinaba en sostener él.

—¡Pienso en la cortedad porque la experimento!—rebatía ella rabiosamente—. ¿Qué es eso de la auto sugestión? La experimento. Así es. ¡Y debo agradecer a mi padre la buena educación que me ha dado! ¿Quieres poner en duda también esto?

¡Ah!, por lo menos esto, no era de esperar. Él mismo había tenido prueba de ello durante el noviazgo. En los cuatro meses anteriores al matrimonio, allá, en la ciudad natal, no se le había permitido a él, no ya tocarle una mano, pero ni aún siquiera cambiar con ella dos palabras en voz baja. Más celoso que un tigre, el padre había inculcado en ella desde pequeña un verdadero terror hacia los hombres; no había nunca admitido uno, lo que se dice uno, en casa; todas las ventanas cerradas; y las rarísimas veces que la había sacado de paseo, le había impuesto la condición de ir con la cabeza baja como las monjas, casi como

si fuera contando los guijarros del empedrado.

Pues bien, ¿qué extraño era que ahora, ante la presencia de un hombre, experimentase aquella confusión, y no acertase a mirar a ninguno a los ojos, y no supiese ni hablar ni moverse?

Hacia ya seis años, es verdad, se había librado de la pesadilla de aquellos feroces celos paternos: hacía seis años que veía gente, hombres, mujeres, en su casa, por la calle; y sin embargo... No era ciertamente aquel pueril terror de antes; pero sí esta cortedad. En efecto, todo era inútil; por más que ella se esforzase, los ojos no sabían lo que se dice sostener la mirada de ningún hombre; la lengua, al hablar, se le embrollaba; y de improviso, sin saber por qué, se le hacía la cara fuego vivo, con lo cual podían creer que se le pasaba por la imaginación quién sabe qué cosa, siendo así que no pensaba en nada, ella; y en suma, se veía condenada a hacer una triste figura, a pasar por necia, por estúpida, y no quería. ¡Inútil insistir! Gracias a su padre, debía hacer el oso, ella, por fuerza, allá, encerrada, sin ver a nadie, para no experimentar al menos el despecho de aquel estupidísimo, ridículísimo embarazo más fuerte que ella.

—Pero, Silia mfa...

—Pero, Aldo mío...

* * *

Veía él que, cada vez más, se hacía el vacío a su alrededor, por causa de esta terquedad de su mujer. Los amigos, los mejores, aquellos a quienes tenía en más y que hubiera querido conservar como ornamento de su casa, del pequeño mundo que, seis años atrás, al casarse, había esperado formarse en torno, ya se habían alejado uno a uno. ¡Y tenían razón, pobrecillos! ¡Palabra! Venían a la casa; preguntaban:

—¿Y tu mujer?

Su mujer había escapado precipitadamente al primer golpe de la campanilla. Fingía que iba a llamarla; iba de verdad; se presentaba con cara afligida, las manos abiertas, sabiendo, sin embargo, que todo era inútil; que la mujer lo iba a despedir con los ojos encendidos en ira y le iba a gritar entre dientes:—«¡Estúpido!»—; le daba la espalda y volvía, sabe Dios cómo por dentro, pero en apariencia sonriente, para notificar:

—Ten paciencia, querido, no se encuentra bien... se ha metido en la cama...

Y esto una, dos, tres veces; hasta que, al fin, ya se sabe, ellos se cansaban; habían comprendido... ¿No habían de agraviarse?

De ellos quedaban sólo dos o tres, más fieles o más animosos. Y éstos, por lo menos, quería Aldo conservarlos, uno especialmente, el más inteligente de todos, seriamente docto y enemigo de la pedantería, acaso un poco

por darse tono; periodista sagacísimo; en suma, amigo inmejorable: Carlos Viola.

Alguna vez su mujer se había dejado ver de estos pocos amigos que le quedaban, o cogida de sorpresa, o porque, en un momento bueno, había accedido a los ruegos de él. ¡Y, señores míos, señores míos, no era cierto que hubiese hecho una triste figura: todo lo contrario, completamente al revés!

—Porque cuando no lo piensas, ¿lo ves?... cuando te abandonas a tu natural... tú eres despierta...

—¡Gracias!

—Eres inteligente...

—Gracias...

—¡Y estás muy lejos de verte encogida, te lo aseguro yo! Perdona: ¿qué gusto habría yo de tener en que hicieras una triste figura? Hablas con desenvoltura, sí, sí... quizás demasiada... pero graciosísima, ¡te lo juro! ¡Te sonrojas toda, y los ojos... muy al contrario de no saber mirar!... Te centellean, hermosa mía... Y dices, y dices cosas también atrevidas, sí... ¿Te asombras? No digo incorrectas... sino atrevidas para una señora; con ligereza, con desenvoltura, con ingenio, en suma, ¡te lo juro!

Se entusiasmaba con los elogios, notando que ella—no obstante sus protestas de no creerlos—experimentaba con ellos en el fondo un placer, enrojecía: no sabía si sonreír o fruncir las cejas.

—Y por eso, precisamente por eso, créeme, Silia, es una verdadera terquedad la tuya...

El hecho de que Silia no protestase contra aquellas cien aseveraciones de su «terquedad» y acogiera aquellos elogios a su charla franca y desenvuelta y hasta atrevida, con evidente complacencia, debería haber dado qué pensar al marido.

¿Cuándo y con quién había ella hablado así? Pocos días antes, con Carlos Viola.

* * *

A la presente hora, Carlos Viola era, para Silia, el más antipático de todos los amigos, pasados y presentes, de su marido.

Es verdad que ella reconocía la injusticia de ciertas antipatías suyas, y que, sobre todo, llamaba antipáticos a aquellos hombres, ante los cuales se sentía más cohibida.

Pero ahora, la complacencia de haber sabido hablar delante de Carlos Viola, hasta con atrevimientos, provenía del hecho de que este señor, con objeto, sin duda, de estimularla hondamente, en una larga discusión sobre el eterno argumento de la honestidad de las mujeres, había osado sostener que el excesivo pudor acusa, infaliblemente, un temperamento sensual, y, por tanto, que hay que desconfiar de una joven que se ruboriza por nada, que no

se atreve a alzar los ojos porque cree descubrir, desde todas partes, un atentado al propio pudor y, en toda mirada, en toda palabra, una asechanza a la propia honestidad. Quiere decir que esta mujer tiene la obsesión de las imágenes tentadoras; teme verlas, doquiera, y se turba con ellas de sólo pensar. ¿Cómo no? Mientras que otra mujer, libre de sensaciones, no experimenta en absoluto estos pudores; habla fácilmente, ¡oh, Dios!, sí, aún de ciertas intimidades amorosas, sin turbarse nada, y no piensa que pueda haber nada de malo en una... ¿qué sé yo?, en una blusa un poco descotada, en una media calada, en una saya que deja ver apenas... apenas algo más del tobillo.

¡Oh, no! No decía él, ni por asomo, que una mujer, para no parecer sensual, debiera mostrarse descarada, impúdica y dejar ver aquello que no se debe enseñar. Esto, dicho así, podría parecer una paradoja. Él hablaba del pudor. Y el pudor, para él, era la venganza de la insinceridad. No es que el pudor no fuera sincero por sí mismo. Era al contrario: sincérrimo, pero como expresión de la sensualidad. Insincera es la mujer que quiera negar su sensualidad mostrando como prueba, los rubores de su pudor en las mejillas, eso es. Y esta mujer puede ser insincera, aún sin quererlo, aún sin saberlo. Porque nada es más complicado que la sinceridad. Fingimos todos espontáneamente, no tanto delante de los otros

cuanto delante de nosotros mismos; creemos siempre de nosotros aquello que nos place creer, y nos vemos no como somos en realidad, sino como presumimos ser según la construcción ideal que nos hemos hecho de nosotros mismos. Así puede suceder que una joven, aún sin darse cuenta de ello, sensualísima, crea ser casta y experimentar desdén y enojo por la sensualidad, sólo por el hecho de sonrojarse de una pequeñez. Este sonrojarse de nada, que es por sí mismo expresión sincérrima de la sensualidad efectiva de ella, es tomado, a veces, como prueba de la supuesta castidad y, así tomado, resulta, naturalmente, insincero.

—Vamos, señora—había terminado, algunas noches hace, Carlos Viola—, la mujer, por su naturaleza (salvo, se entiende, las excepciones), está toda en los sentidos. Basta saberla coger, encender y dominar. Las demasiado púdicas no tienen ni aun necesidad de ser encendidas: se encienden, se inflaman súbitamente por sí, apenas tocadas.

Silia no había dudado un momento que todo este discurso se había referido a ella; y, apenas en la calle Viola, se había revuelto, feroz, contra su marido, que durante la larga discusión no había hecho otra cosa que sonreír como un tonto y aprobar.

—Me ha insultado en todas las formas durante dos horas, y tú, tú, en vez de defender-

me, has sonreído, has aprobado, dejándole entender así que era verdad lo que decía, porque tú, marido mío, sí, tú, lo podrías saber muy bien...

—¡Pero qué tontería!—había exclamado Aldo, atolondrado.—Tú desatinas... ¿Yo? ¿Qué tú seas sensual? ¿Pero qué dices? Si él hablaba de la mujer en general, ¿qué tienes tú que ver con eso? Si él hubiera sospechado un momento que pudieses referir a tí su discurso, ¿cómo había de haber abierto la boca? Y además, perdona, ¿cómo podía creerlo, si no te has mostrado en realidad ante él como la mujer pudibunda de que hablaba?... No te has ruborizado ni pizca; has defendido con ímpetu, con fervor, tu opinión... Y yo he sonreído porque me complacía de ello, porque veía la prueba de cuanto siempre te he dicho y sostenido, esto es, que cuando tú no piensas en eso, no estás nada cortada ni cohibida; y que todo ese tu presunto empacho no es otra cosa que terquedad. ¿Qué tiene que ver con esto el pudor, de que hablaba Viola?

Silia no había encontrado qué responder a esta justificación de su marido. Se había encerrado en sí misma, disimulando, a escudriñar por qué se había sentido tan profundamente herida del discurso de Viola. ¡No era pudor, no era pudor el suyo, aquel pudor tan asqueroso de que hablaba Viola: era confusión, pero era cierto que una mala persona

como Viola podía interpretar como pudor aquella confusión, y, por lo tanto, creerla una... una cualquier cosa, eso!

Verdaderamente, en esta ocasión, como aseguraba Aldo, no se había ella mostrado confusa... No, no se había mostrado. Pero sin género de duda, ella experimentaba esta confusión; podía alguna vez vencerla, forzarse en no demostrarla, pero la sentía, la sentía dentro de sí, no cabía duda; y provenía todo de la educación que le había dado su padre. Que el marido lo pusiera en duda la irritaba, porque negar este embarazo significaba que él no se enteraba de nada, y no se hubiera enterado tampoco si, en lugar de esta confusión, existiera en ella el impudor de que hablaba Viola.

¿Era posible que ella, sin saberlo, fuese...? ¡Ah, Dios, no! Sólo el pensarlo le causaba asco, horror.

Y sin embargo...

* * *

Fue en el sueño la revelación.

Comenzó como un desafío, aquel sueño, como una prueba, a la cual Carlos Viola la retase, como consecuencia de la discusión habida con ella tres noches antes.

Ella debía demostrarle que no se ruborizaba de nada; que él podía hacer con ella cual-

quier cosa que le pluguiese, y que ella no debería turbarse ni descomponerse.

Y he aquí que él comenzaba con fría audacia la prueba. Le pasaba primero levemente una mano por la cara... Al tacto de aquella mano, ella hacía un esfuerzo violento sobre sí misma para disimular el escalofrío que le corría por toda su persona, y no ocultar la mirada y tener firmes e impasibles los ojos y apenas sonriente la boca. Ahora él le acercaba los dedos a la boca; le bajaba delicadamente el labio inferior y anegaba allí, en la interna humedad, un beso cálido, largo, de infinita dulzura. Ella apretaba los dientes; se hacía toda entereza para dominar el temblor, el estremecimiento del cuerpo; y entonces él se dedicaba tranquilamente a desnudarle el seno, y... ¿Qué había en esto de malo? No, no... nada, mirad, nada de malo... Pero... ¡oh, Dios!, no... él se recreaba prolongando pérfidamente la caricia... no, no... demasiado... y... Vencida, perdida; primero, sin conceder, comenzaba a ceder, no por fuerza de él, no, sino por el desmayo y el espasmo de su propio cuerpo; y, al fin...

¡Ah, saltó del sueño convulsa, deshecha, temblorosa, llena de disgusto y de horror!

Miró al marido, que dormía ignorante a su lado; y la vergüenza que sentía por sí se cambió de súbito en abominación hacia él, como si él fuese la ocasión de la ignominia con la que ella experimentaba aún placer y sacudi-

mientos; él, él por la estúpida obstinación de recibir en casa aquellos amigos.

Y ved; ella lo había engañado en sueños; engañado, y no sentía por ello remordimientos, no, sino rabia hacia sí, por haber sido vencida, y rencor contra él, hasta porque en seis años de matrimonio él no había sabido nunca hacerle probar aquéllo que ahora mismo acababa de probar en sueños con otro hombre.

¡Ah, toda en los sentidos!... Luego, ¿era verdad?

No, no, la culpa era de él, del marido que, no queriendo creer en su turbación, la forzaba a vencerse, a hacer violencia a su naturaleza, la exponía a aquellas pruebas, a aquellos desafíos, de los que había nacido el sueño aquel. ¡Cómo resistir a una tal prueba! La había querido él, el marido. Y este era su castigo. Hubiera ella gozado con este castigo, si de la alegría maligna que experimentaba con él hubiera podido separar la vergüenza que sentía por sí misma.

¿Y ahora?

* * *

El choque sobrevino terrible en la tarde del día siguiente, después del duro, tétrico silencio mantenido durante toda la jornada contra toda insistente demanda del marido, que

quería saber por qué estaba así, qué cosa le había sucedido.

Y ocurrió el choque al anuncio de la visita de Carlos Viola.

Oyendo en el recibimiento la voz de él, Silia dió un salto, de improviso transformada. Una ira furibunda le vibró en los ojos; saltó sobre el marido y, temblando de la cabeza a los pies, le intimó para que no recibiese a aquel hombre.

—¡No quiero! ¡No quiero! ¡Échalo a la calle!

El se quedó al principio estupefacto, casi espantado de aquel arranque furioso. No pudiendo comprender la razón de tanta repugnancia, cuando ya creía que, por el contrario, el amigo Viola, después de lo que él había dicho a Silia con motivo de aquella discusión, había reconquistado un poco la simpatía de ella, se irritó forzosamente con la absurda, peyoratoria intimación.

—¡Pero tú estás loca, o quieres hacerme enloquecer! ¿Por qué? ¿He de perder, por tu estúpida locura, todos mis amigos?

Y desenlazándose de ella, que se le había agarrado con fuerza, ordenó a la criada que hiciera pasar al señor.

Silia escapó a refugiarse en la alcoba de al lado, lanzando al marido, antes de desaparecer detrás de la cortina, una mirada de odio y de desprecio.

Se desplomó sobre la poltrona, como si las

piernas de pronto se le hubieran tronchado; pero toda la sangre le escocía por las venas y todo el sér se le revolvía dentro, en aquel abandono desesperado, oyendo a través de la puerta cerrada las expresiones de festivo acogimiento del marido a aquél con quien ella la noche antes, en el sueño, lo había traicionado. Y la voz de aquel hombre... ¡oh, Dios!... las manos, las manos de aquel hombre...

De improviso, mientras se tendía toda sobre la poltrona, desgarrándose con las uñas los brazos, el seno, lanzó un grito y cayó a tierra, presa de una espantosa crisis de nervios, de un verdadero ataque de locura.

Los dos hombres se precipitaron en la alcoba; quedaron un instante aterrados a la vista de ella, que se retorció en el suelo como una serpiente, gruñendo, aullando. Aldo probó a levantarla; Carlos Viola acudió a ayudarle. ¡Nunca lo hubiera hecho! Sintiéndose tocada de aquellas manos, el cuerpo de ella, en la inconsciencia, en el absoluto dominio de los sentidos, aún despiertos al recuerdo, se puso a temblar toda, con un temblor voluptuoso, y —ante los ojos del marido— se abrazó a aquel hombre, pidiéndole ansiosamente, con horrible urgencia, las caricias frenéticas del sueño.

Horrorizado, Aldo, la arrancó del pecho del amigo; ella gritó, se resistió, y después se le desplomó en los brazos, casi exánime, y fué echada en la cama

Los dos hombres se miraron, aterrorizados, no sabiendo qué pensar, qué decir.

La inocencia era tan evidente en el aturdimiento doloroso de Carlos Viola, que ninguna sospecha fué posible para Aldo. Lo invitó a salir de la alcoba: le dijo que desde la mañana su mujer estaba intranquilizada, en un estado de extraña alteración nerviosa; lo acompañó hasta la puerta, pidiéndole perdón de que lo despidiese por aquel doloroso, imprevisto accidente; y volvió de prisa a la alcoba de ella.

La encontró sobre la cama, ya vuelta en sí, acurrucada como una fiera, con los ojos vidriosos; temblaba con todos sus miembros, como de frío, con saltos violentos, y sacudidas de rato en rato.

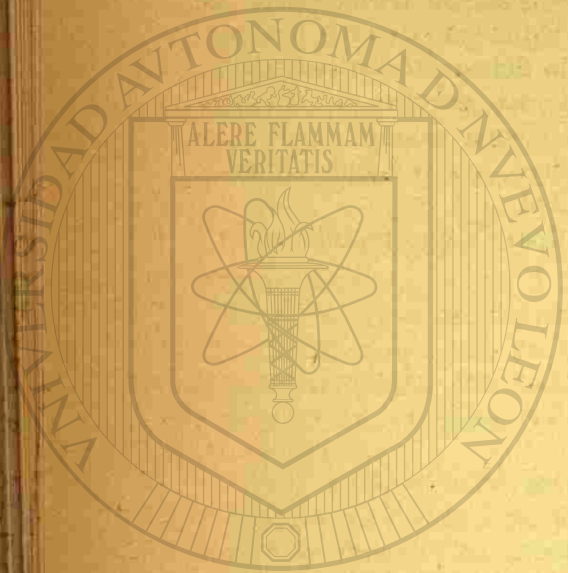
Como él se le echó encima, hosco, para pedirle cuentas de lo acaecido, ella lo rechazó con ambos brazos y con castañeteo de dientes, con deleite dilacerante, le arrojó a la cara la confesión de su adulterio. Decía, con una sonrisa convulsiva, perversa, apretándose contra sí misma y abriendo las manos:

—¡En el sueño!... ¡En el sueño!

Y no le hacía gracia al marido ni del más pequeño pormenor. El beso en el interior de los labios... las caricias sobre el seno... Todo con la pérfida seguridad de que él, aun sintiendo como ella que aquella traición era una realidad y, como tal, irrevocable e irrepara-

ble, porque se había consumado y saboreado hasta lo último, no podía imputar la culpa a su mujer. El cuerpo de ésta—él podía golpearlo, maltratarlo, hacerlo trizas—pero tal como lo veía allí, había sido de otro hombre, en la inconsciencia del sueño. No existía de hecho, para aquel otro hombre, la traición; pero había sido y seguía siendo, aquí, para ella, en el cuerpo suyo, que se había deleitado con ella, una realidad.

¿De quién la culpa? ¿Y qué podía hacer él?



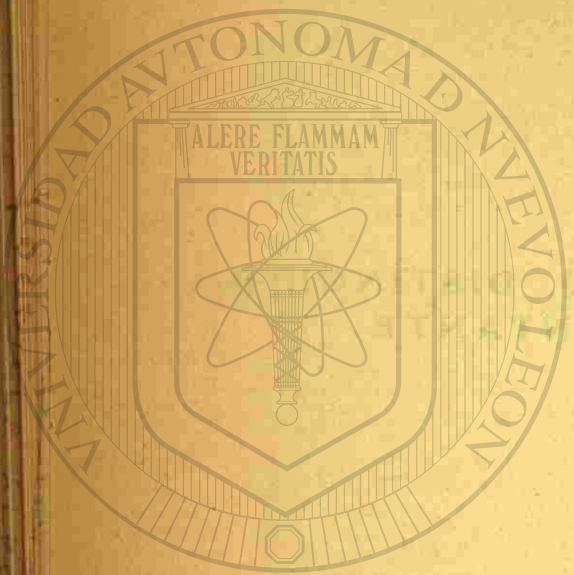
ZUCARELO, DISTINGUIDO
CANTANTE

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Sabíamos que Perazzetti, después de haber desposado a aquella individuo del perro, no tanto por burla, cuanto por librarse del peligro de tomar seriamente mujer, se había entregado desde hacía mucho tiempo con encarnizamiento al estudio de la filosofía.

Los efectos que un tal estudio habían de producir en un cerebro como el suyo eran para nosotros fáciles de imaginar. Pero quiso él mismo la otra tarde darnos a conocer uno de ellos, contándonos, a su modo, la siguiente aventura.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ***

—Estaba yo—comenzó a decir, mirándose las uñas, según su costumbre—, estaba yo, amigos míos, en uno de esos momentos,

infortunadamente no raros, en los cuales la razón (aún me queda, por desgracia, un poco de razón), segura de haber alcanzado al fin aquel «absoluto», que todos afanosamente, *sin darnos cuenta*, andamos buscando en la vida...

—Yo, no }
—Yo, no } lo interrumpimos a coro.
—Yo, no }

—¡Bestias, si os digo *sin darnos cuenta!* La razón, por lo demás, advierte de pronto que tiene apretada en el puño victoriosamente, en vez de lo absoluto, una trenza, ¿me entendéis?, la trenza de peluca, como aquella a que se agarraba el inefable barón de Munchausen para echarse fuera del estanque, en el cual había caído.

Protestamos de que, si seguía hablando tan enrevesadamente, no lo escucharíamos más, y entonces Perazzetti nos explicó, paciente, con los ojos cerrados y tendiendo las manos:

—¡Oid! Más tarde o más pronto, el fin que nos hemos propuesto y al cual tienden todos nuestros afectos, todos nuestros pensamientos (y que, por lo mismo, ha adquirido para nosotros el valor intrínseco de nuestra misma vida, un valor absoluto, ¿comprendéis?, apenas alcanzado, o aun antes de ser alcanzado), se nos aparece como cosa vana.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Pues porque advertimos, santo Dios, que,

igual que este fin, cualquiera otro que hubiéramos podido proponernos, hubiera resultado vano también. Porque lo absoluto, queridos míos, aquel absoluto con el cual únicamente podría aquietarse nuestro espíritu, no se alcanza nunca.

—Razón por la cual es de imbéciles estudiar filosofía—observó uno de nosotros.

—¡Bravo! Eso es lo que digo yo—aprobó Perazzetti—. Y en efecto, yo la estudio porque me he vuelto imbécil.

Pero dejadme hablar, por favor. Todo principio es difícil; lo agradable viene después. Mirad: nuestra vida corre encaminada toda hacia aquel fin, en el cual se forja la ilusión de poder tocar y sentir la propia realidad. Se derrumba o se desvanece aquel fin: se derrumba también o se desvanece de improviso con él nuestra realidad, o más bien, la ilusión de nuestra realidad. Y entonces, nos invade la indecisión, y privados de pronto de la realidad que nos imaginábamos poder tocar, nos vemos delirando en el vacío y por cualquier esquina podríamos ver pasar la locura y, buenamente, ponernos a conversar con ella (que podría muy bien ser la sombra de nuestro mismo cuerpo) y preguntarle, por ejemplo, con muy buena gracia y delicadeza:

—¿Quién es más sombra, querida, de nosotros dos?

* * *

Escuchadme. Estaba yo, pues, en uno de esos deliciosos momentos en que tengo cogida en la mano la coleta bufa de mi razón.

Casi sin darme cuenta de ello, pasaba de noche por una de las calles más populosas de nuestra ciudad. Me parecía que la gente, enloquecida toda como yo, andaba en tumulto, y que los timbres de los tranvías, las bocinas de los autos pedían socorro, cuando, al acaso, fijé la mirada en un rótulo que había entre las dos rejas de un sótano. A través de los barrotes de estas ventanas se descubría en el fondo un mostrador de taberna de laca verde, reluciente de espejos, una decena de mesitas de mármol, en torno a las cuales estaban sentados muchos parroquianos, hombres y mujeres; además, un armonium y otros objetos. Sobre aquel rótulo dos fulgurantes lámparas eléctricas arrojaban temblorosas una violenta dispersión lívida sobre un letrero rojo, que en gruesos caracteres anunciaba:

EL SEÑOR ZUCARELO

DISTINGUIDO CANTANTE

Pues bien, delante de este nombre, con tanta rabia iluminado por aquellas dos lámparas, yo me detuve fascinado. No sé por qué, adquirí inmediatamente la certidumbre de que aquel señor Zucarelo, que se calificaba a sí

mismo con dulce probidad *distinguido cantante*, debía de haber alcanzado lo absoluto, y por tanto, ser nada menos que un dios.

—¿Un dios?

* * *

Si lo pensáis bien, no puede no ser un dios quien haya alcanzado lo absoluto.

Uno de nuestros errores más perniciosos es éste: imaginarnos que, para llegar a ser un dios, se necesita alcanzar con extraordinarios medios alturas inaccesibles.

No, amigos míos. Nada hay fuera de nosotros: ninguna altura. Con los medios más comunes y más sencillos, basta alcanzar un punto dentro de nosotros, el punto preciso, justo, donde se inserte aquel germen pequeñísimo, que poco a poco, por sí mismo, llega a hacerse un mundo.

Todo está en esto. Saber encontrar en nosotros ese punto justo para colocar en él la menuda semilla divina que hay en todo hombre y que nos puede hacer dueños de un mundo.

Nadie lo encuentra, porque lo vamos buscando fuera, imbuídos del error de que debe encontrarse afísimo y de que se nos piden medios extraordinarios. Avasallados por vanas ilusiones, extraviados por ambiciosas y extravagantes esperanzas, distraídos y aún perversos

tidos por artificiosos deseos, aquella nonada, aquel puntito infinitesimal, que es la cosa más común y más sencilla del mundo, se nos escapa y no logramos descubrirlo nunca.

Pero he aquí este señor Zucarelo. «La misma dulzura de su nombre—me dí a pensar—lo habrá llevado un buen día a cantar, así, naturalmente, como cantan los pájaros. Se ha encontrado en la garganta una discreta vocécita, y le ha bastado para *distinguirse* sin esfuerzos de los demás. Un falso dios se hubiera proclamado sin más ni más: *célebre cantante*. Él, no. Al señor Zucarelo, dios verdadero de su mundo como es, como puede ser, como debe ser, le basta proclamarse *distinguido cantante*. Eso, y no más. Es decir, cuanto le basta para ser él, y no otro».

Absolutamente, absolutamente necesario era que yo lo viese, le hablase aquella misma noche. Su presencia y una conversación con él me pondrían, sin duda, el alma en su sitio, me devolverían la calma y la confianza en la vida.

Entré, pues, en aquel café-cantante subterráneo.

* * *

Había que ir más abajo de aquella sala con mostrador de taberna, el armonium y las me-

sitas con parroquianos, etc., que se vislumbraban desde la calle.

—Bastante más abajo.

Pero, en el fondo, no me desagradaba la idea de tener que ir a conocer bajo tierra al hombre que había alcanzado lo absoluto. Me pareció hasta naturalísimo, y que no podía ser de otra manera.

—¿Cuánto, la entrada?—pregunté en la taquilla.

—¿Silla o butaca?

—¿Aquí hay también butacas?

—Butacas, sí, señor. Una lira, comprendidas la entrada y una consumación: a elegir.

Miré, titubeante, al taquillero, como para preguntarle:

—¿Todo esto, comprendido también el señor Zucarelo?

Sabe Dios lo que pensaría el taquillero de mi aire extraviado, porque, evidentemente, el señor Zucarelo era para él un número del programa como otro cualquiera, y...

—Son los precios corrientes—añadió, como para mantenerse firme en un hecho real ante la incertidumbre penosa en qué mi extraño modo de mirarlo lo tenía suspenso.

—Bien, bien—dije para tranquilizarlo.

Le entregué la lira, cogí el billete y bajé dos largos tramos de escalera.

* * *

Mientras bajaba, advertí de pronto que la tierra se rebelaba, indignada ante la violación de su seno. Que este seno fuese rasgado para el reposo ciego y mudo de los muertos, ella lo podía tolerar; pero que fuera abierto, y tan descaradamente, con arcos atrevidos, y la obscuridad fuese aclarada con la desvergüenza de dos gruesas lámparas, y el silencio, tan profanamente ofendido con cantos desagradables, estrépito de instrumentos, tintineo de cacharros, risas escandalosas y aplausos, esto, no: esto le era intolerable.

Y de aquí, su venganza: no obstante los esfuerzos del dueño, la luz eléctrica y la música y los espejos, aquel café-cantante tenía la húmeda y tétrica lividez de una tumba.

Confieso que me hubiera complacido en extremo encontrar allí abajo, en las butacas y en las sillas, serios y compuestos, con su correspondiente consumación delante, intacta, cubierta de polvo y con alguna arañita sobrenadando, una multitud de muertos, llegados por vía subterránea a aquel café-cantante suyo, con los vestidos negros lustrosos de humedad, ajados y salpicados acá y allá de blancas eflorecencias de moho.

Encontré cosa peor. Muertos en antesala, aspirantes a muertos, poquísimos y oprimidos de una desesperada tristeza. Todo estado incierto es peor que cualquier malestar cierto. Se llevaban a los labios la taza de café, el vaso

de cerveza, la copa de menta, con el gesto del que piensa:

—Aún tengo todavía que beberme esto.

Y nadie miraba hacia el minúsculo escenario, donde una esquelética *estrella italiana* maullaba, primero levantando los brazos, como para intentar agarrarse a un agudo que no lograba coger, después bajando las manos con gracia desmañada.

La voz de esta cancionista y el zumbido de la orquesta, hacían un efecto horrible, de indigno atolondramiento, en la trágica, desconsolada soledad de aquellas pocas momias de parroquianos.

* * *

Quedamente, sobre las puntas de los pies, me acerqué a un camarero y le presenté el billete para que me indicase mi puesto.

—Siéntese donde quiera—me respondió el camarero—. ¿No ve que no hay nadie?

—¿Cómo es eso? ¿Sucede igual todas las noches?

—Poco más o menos...

—Que el señor Zucarelo, ¿no trae gente?

—¿Quién?

—El señor Zucarelo.

El camarero miró el programa.

—¡Ah, ya!—dijo—. No señor, ¿quién quiere usted que venga?

* * *

Descorazonado, tomé puesto en una butaca.

La *estrella italiana*, saludando al vacío tres o cuatro veces, se retiró entre bastidores; la orquesta calló; un silencio sepulcral se hizo de pronto en el café subterráneo.

Se me ocurrió entonces, como en un raptó de locura, la tentación de ponerme a chocar fragorosamente mano con mano, para romper, para derribar aquel silencio, para hacer saltar en pie aterrados a aquellos pocos, taciturnos, abrumados parroquianos, aspirantes a muertos. ¿Me habrían de tomar por loco? Pero, ¿qué era yo? A permanecer allí todavía un poco, en aquel vacío subterráneo, en aquel silencio de muerte, ¿no me volvería loco de verdad?

Sofocado, me levanté ruidosamente, con unas ganas desesperadas de hablar fuerte, de gritar, de pelearme con alguien. Y, como el camarero se me acercó para preguntarme:

—¿Qué manda el señor?

—Nada—respondí en alta voz—. ¡No mando nada! ¿Usted me ha dicho que el señor Zucarelo no trae gente? ¡Pues sepa usted que me ha traído a mí!

Ocurrió lo que yo me había figurado. Todos, hasta los músicos de la orquestilla, se volvieron asombrados a mirarme; muchos se levantaron de sus asientos; el camarero, casi desmayado, murmuró:

—Pero yo... no he querido ofenderle en nada, señor...

—No, no—seguí con desdén y con ira—. ¡Es para que usted lo sepa! ¡Es para que diga usted a su jefe o al dueño de este café que es una mala especulación implantar aquí, en un subterráneo, un café para que se vuelvan locos sus parroquianos!

Un señor, en este momento, me salió al encuentro, turbado, palidísimo. Lo miré fijamente para detenerlo a una cierta distancia, y lo interpelé con altivez:

—¿Usted es el dueño?

—El dueño, para servirle.

—¡Ah, muy bien! ¡Le ruego me diga si usted, al contratar al señor Zucarelo, le había dicho que su nombre aparecería arriba en un anuncio alumbrado por dos lámparas eléctricas!

El dueño me miró, y, achicado, comenzó a balbucear:

—¿Yo... en el anuncio... el señor Zucarelo? Sí, señor... es la costumbre...

—¡Ah!, es la costumbre—dije con una sonrisa de triunfo—. ¿Y el señor Zucarelo, por tanto, lo sabía, y se ha calificado a sí mismo de *distinguido cantante*?

—Sí, señor, por sí mismo. Pero, yo no comprendo...

—¡Bien lo veo—grité—, bien lo veo que usted no comprende nada! Perdone, ¿qué es aquello de allá arriba?

Le indiqué, al decir esto, en lo alto, en la

pared de frente al escenario, un reflector para iluminar a los artistas.

Ante la imprevista diversión, todos en la sala rompieron a reír y levantaron la cabeza a mirar donde yo señalaba con fiero ceño. Más que nunca desconcertado, el dueño miró también allí, y respondió:

—Un reflector...

—¡Ah, es un reflector! ¿Y usted no piensa encenderlo para iluminar a un artista como el señor Zucarelo, un artista que se califica a sí mismo de *distinguido cantante*, aun sabiendo que su nombre será expuesto arriba, en la calle, en aquel rótulo fulgurante de luces?

Una nueva explosión de risa acogió estas palabras mías. El dueño se picó por ellas; su primera turbación se cambió en ira; acaso le acometió la sospecha de que yo estuviera pagado por el señor Zucarelo para hacer aquella comedia; se engalló airadamente, y dijo:

—Yo no tengo que dar a usted cuenta de si enciendo o no enciendo...

—No, no, perdóneme usted—, le interrumpí súbitamente, volviéndome afable, cortés—usted debe respetar en mí un parroquiano atraído como una mariposa por la luz de aquel anuncio suyo de la calle, un parroquiano que ha tenido confianza con el señor Zucarelo y se promete de él una distracción tan grata como usted no puede ni aún imaginarse.

—Pero esto...—probó a interrumpirme a su vez el dueño.

No le dí tiempo.

—Esto también en su propio interés de usted, perdone. ¡Señor mío, aquí estamos en un subterráneo, usted lo sabe bien! ¡Esta es una tumba! Dé usted orden de que se encienda el reflector, y haga otra cosa, siempre en su propio interés: invite usted a todos los parroquianos, que están bostezando en la sala de arriba, a que bajen aquí a oír al señor Zucarelo. ¡Gratis, no importa, por una noche! ¡Es una verdadera indignidad que ese hombre vaya a cantar aquí ante las sillas vacías!

Todas aquellas momias de parroquianos, vueltos ya a la vida, ante esta mi inesperada propuesta, batieron palmas festivamente y aprobaron a coro; el dueño me miró todavía cejijunto y perplejo por un momento; luego sonrió también él, abrió los brazos, se inclinó y corrió arriba a dar las órdenes.

Poco después, la sala estaba casi llena, rumorosa, ansiosa por la promesa de un goce inesperado. El reflector de frente al escenario comenzó a brillar y se encendió; la pequeña orquesta atacó el prelude de la primera romanza, y el señor Zucarelo, de frac, corbata blanca y guantes blancos, se adelantó, radiante, acogido con un estrepitoso aplauso.

* * *

¡Ah, queridos amigos, si lo hubieseis visto! Más bien pequeñito, con una cara que parecía cincelada en jabón color de rosa, con un no sé qué de cabrío en los espesos, rizados cabellos negros, en los ojos, en la barbilla y hasta en la voz, cuando comenzó a balar apasionadamente.

Para mí, la mayor prueba, la prueba más resplandeciente de que no me había en efecto engañado en mis juicios de él, fué ésta: que no se esforzó para nada. En una cosa, como en la otra; así en la voz, como en el gesto y en la sonrisa. Daba lo que podía, y perfectamente sabía lo que podía dar. En las pausas, sacaba la lengua, sonriendo para humedecerse los labios, y graciosamente, con dos dedos, se escondía los puños de las mangas.

¡Perfecto!

Pero, naturalmente, ninguno de los espectadores lograba darse cuenta de aquella perfección. Me la daba yo exacta de que todos estaban desilusionados, pero que todavía una cierta expectación, revolviéndose, vacilante, de mí a él y de él a mí, tenía aún indecisa la desilusión del público. Por fortuna, un buen agudo final, apagado con arte, realzó y sostuvo el éxito; yo me apresuré a aplaudir con entusiasmo; todos aplaudieron conmigo, y el señor Zucarelo salió dos o tres veces a saludar, inclinándose, con una mano sobre el pecho.

Un triunfo.

Pero vosotros comprenderéis, amigos míos, que a mí no me importaba tanto aquella noche salvar al señor Zucarelo, como salvar «lo absoluto». ¡Tenía de ello verdadera necesidad! Y, lo salvé, os lo aseguro que lo salvé, a pesar de todo; quiero decir, no obstante, que el señor Zucarelo, después del espectáculo, como podéis imaginaros, me salió al encuentro, enfadadísimo, casi con los puños en mi cara, a pedirme cuentas y razones de cuanto yo había hecho, del peligro a que lo había expuesto de un fracaso clamoroso y también de hacerle perder el contrato, por la incalificable broma dada al dueño del café.

Me costó no poco trabajo calmarlo, pero, al fin, lo conseguí; no sólo esto, sino también hacerlo mi amigo y llevarlo conmigo más de una hora por las calles, ya desiertas, y hacerle entrar en un café nocturno, para que siguiese, bebiendo un vaso de cerveza, hablándome de sí, de su vida, de sus esperanzas, de sus deseos... ¿Os figuráis que me dijo cosas extraordinarias? ¡Sois verdaderamente imbéciles! Me dijo las cosas más obvias, más comunes, más simples del mundo, como pudiera decirlas uno que hubiera sabido encontrar en sí el punto justo, el puntito infinitesimal, donde había introducido la simiente que lo había hecho un dios modesto, dueño de su pequeño mundo. Estaba contento y satisfecho de todo, aún de cantar ante las sillas en aquel lúgubre

y mezquino café subterráneo. Sí, porque en aquel equilibrio perfecto que solamente puede dar la plena satisfacción de sí, había comprendido que a él le convenía ser un diocesillo provinciano, es decir, que condujera a los pueblos de las provincias su modesta divinidad: y le bastaba para esto el poder decir, para acrecer con ello su prestigio, que había cantado en Roma, en un café-cantante de Roma: cuyo nombre no importaba.

Pero la prueba mayor de su divinidad me fué dada por una sombra, que, apenas salidos del café subterráneo, se puso a seguirnos a distancia por más de una hora a lo largo de las calles solitarias; la sombra de una mujer miserable, que pude distinguir bien cuando, abriéndose tímidamente la puerta de cristales del café nocturno, se deslizó, diez minutos después de haber entrado nosotros, y fué a agacharse en un ángulo del fondo, vestida con un traje negro, descolorido y lleno de manchas, con un sombrero usado, adornado de una pluma caída hacia un lado; sobre la espalda jibosa, huesuda, una vieja mantilla deshinchada; en los pies un par de botas de hombre, descosidas y descalcañadas.

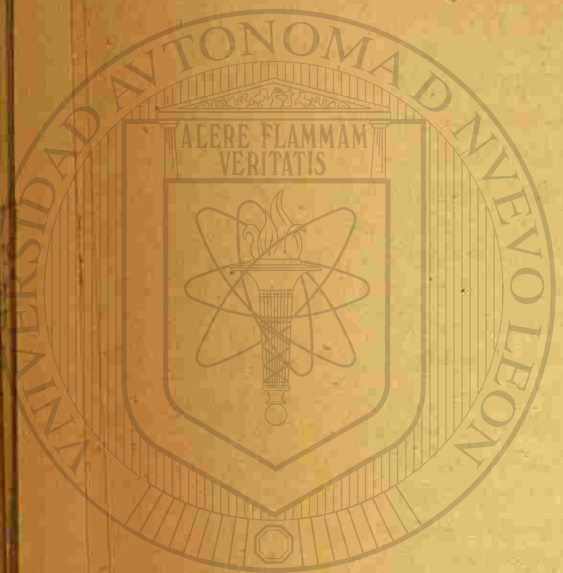
Había notado yo que, yendo por la calle, él, de vez en cuando, disimuladamente y como a escondidas, se volvía a lanzar hacia atrás una mirada inquieta.

— ¡Pero si lo sé! — hubiera yo querido decir-

le, para librarle de aquella inquietud—. Lo sé, y es justo que sea así; no creas que me ofende el hecho de que tú tengas tan a distancia a tu mujer y en un estado tan miserable.

Estaba yo seguro de que él la tenía aún consigo, no sólo para hacerse servir por ella, como por una esclava, sino también para medir por ella el camino que él había sabido recorrer; y al mismo tiempo estaba yo también seguro de que ella, sin lanzar una queja, hacía toda clase de cosas para tenerle tan pulido, tan lustroso, tan radiante.

¿No? ¿Decís que no? Dejadme repetir, amigos míos, que sois verdaderamente imbéciles. Sabed que, después de haber acompañado hasta el portón de su fonducho al señor Zucarelo, al volver hacia atrás, yo recibí por entre las espesas tinieblas de la calle, una profundísima reverencia por parte de aquella sombra. ¿Comprendéis? Y no podéis menos de pensar que era justo que ella se me inclinase así, porque así lo quería en ella aquel mismo dios, a quien yo había rendido tan reciente homenaje.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

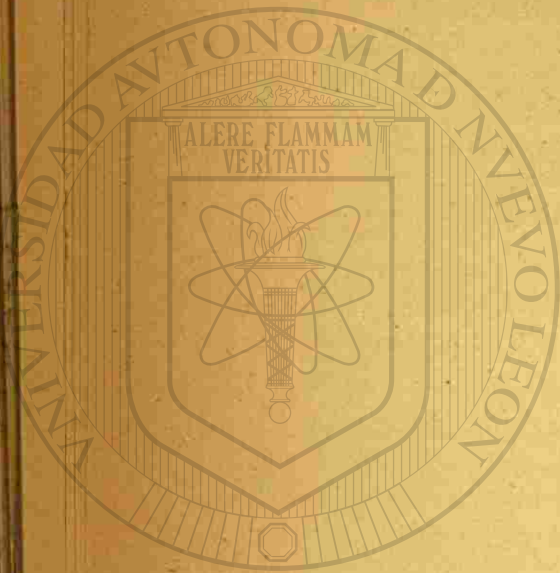
INDICE

Páginas

| | |
|---|-----|
| Uno, que ha muerto en la fonda..... | 5 |
| Rómulo..... | 21 |
| La mano del enfermo pobre..... | 37 |
| La señora Frola y el señor Ponza, su yerno..... | 53 |
| La alcoba en espera..... | 71 |
| Mientras el corazón sufría..... | 91 |
| Un retrato..... | 109 |
| La rosa..... | 125 |
| Candelaria..... | 163 |
| Servidumbre..... | 179 |
| Por su pie..... | 195 |
| Tengo tantas cosas que decir a usted... .. | 211 |
| Pluma..... | 225 |
| La realidad del sueño..... | 245 |
| Zucarelo, distinguido cantante..... | 265 |



®



EDITORIAL SEMPERE

OBRAS PUBLICADAS



LUIS PIRANDELLO

TERCETOS. Traducción de J. Chabás.

SEIS PERSONAJES EN BUSCA DE AUTOR, comedia a escenificar. Traducción y prólogo de F. Azzati.

CARMEN DE BURGOS (Colombine)

LA MALCASADA. Novela.

AMADIS DE GAULA, obra maestra de los libros de Caballerías, vertido al castellano moderno.

TESORO DE BELLEZA, primera de la serie práctica de obras para la mujer.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

EL CHALET DE LAS ROSAS, novela grande.

EL CIRCO, primera obra de la biblioteca LOS GUASONES, que publicará las obras más estimadas de los humoristas contemporáneos españoles y extranjeros.®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A M

DAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA